

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

NADA HUMANO ME ES AJENO

COLEGIO DE HUMANIDADES y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

Nadie acabará con Bowie

PUBLICACIÓN ARBITRADA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN CREACIÓN LITERARIA

P R E S E N T A

HUGO IVÁN VÁZQUEZ VALERO

DICTAMINADORES

DRA. ADRIANA AZUCENA RODRÍGUEZ TORRES

LIC. JOAQUÍN GUERRERO CASASOLA Y GÓMEZ

Ciudad de México, mayo de 2026.

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Índice

Poética de la novela

Resumen	4
Introducción	6
Ficción especulativa	7
Novela orgánica	9
Infocracia y crisis de la verdad	10
El catalizador escritural	13
Eligiendo palabras	15
Verdad y sinceridad	16
El escenario	17
Conclusión	18
Referencias	19

Nadie acabará con Bowie21

El libro de las mil criaturas	22
Ally Chaviano	24
Chad Fergo	30
Rocky Point	37
Henry Morales	41
El Café Laguarda	46
¡Bola rápida!	53
Tras la frontera	57
Max Headroom	62
Gala T-A	65
El hacker	69
El incidente en el parque	75
La robot	79
¡Estamos dentro!	85
El incidente Cornelio	92

Misión Bowie	96
La chica de ayer	100
Un as bajo la manga	104
Ch-ch-ch-ch-changes	111
¡Libre Bacadell!	114
Heroes	118
Los paseantes	124
Agradecimientos	128

Poética de la novela

Resumen

La novela *Nadie acabará con Bowie* es publicada por la UACM en 2025 tras ser sometida al sistema de evaluación por pares doble ciego. La presente poética pretende dilucidar las formas de expresión narrativa de su composición y la problematización de los asuntos de la realidad social, tecnológica y política que, pese a que se presentan entre capítulos propios de la ciencia ficción, son reconocibles como un conjunto indisoluble de signos del post-posmodernismo y subrayan la pertinencia de su producción. La novela contiene textos creados en los cursos Novela I - III de la Licenciatura e incluso otros creados como ejercicios de los cursos Cuento I - IV y Guion I - II.

La novela ocurre en la despótica República de Suidaji, donde Ally, una joven ilustradora y otros ciudadanos de su generación, experimentan una suerte de aislamiento. Sin casi contacto con el exterior, los metaversos recreativos son lo único que les confiere la idea de libertad. Bowie, asidero emocional de Ally, es una criatura que la inteligencia artificial le proveyó para matar el ocio. El mundo virtual que habita Bowie es suprimido cuando se filtra a los medios la presunta cualidad «sintiente» de las criaturas de su tipo. Tras el forzado desapego, Ally y un grupo de insurrectos emprenden una valerosa acción común: la Misión Bowie cuya ejecución pretende el rescate de las criaturas y la emancipación de sus mentes.

La novela plantea un mundo donde la interconexión de actos individuales se impone sobre la concentración y la unidad y pertenece a la hiperdiversa producción literaria actual dentro de un reflexivo marco de análisis de matiz sociocultural.

Palabras clave: Narrativa; novela; ciencia ficción; posmodernismo; inteligencia artificial; metaverso; ficción especulativa.

Introducción

La presente poética de la novela *Nadie acabará con Bowie* pretende dilucidar las estrategias literarias utilizadas en su composición y ciertos asuntos sociales ante la posibilidad tecnológica cernida en su capitulado. La novela compiló algunos textos creados durante los cursos Novela I a III de la Licenciatura, sumados a otros concebidos en los cursos Cuento I a IV y Guion I y II. Gran parte de estos fragmentos pertenecen a los semestres pospandémicos. Una primera versión de la novela, con otro título, estuvo lista a finales del 2022, ocho meses antes de atender la Convocatoria para publicaciones en la UACM 2023-2024. *Nadie acabará con Bowie* fue aprobada por el Consejo Editorial para su publicación por la UACM tras ser sometida al sistema de evaluación por pares doble ciego.

En veintidós capítulos y 155 páginas la novela narra la realidad social, tecnológica y política de un Estado totalitario que, pese a la ficción, deja reconocer signos indisociables de la crisis del post-posmodernismo, lo que subraya la pertinencia de su producción. La República Suidaji es donde Ally, una joven ilustradora y otros ciudadanos de su generación, se hallan aislados y alienados, sin casi contacto con el exterior. Los metaversos recreativos son lo único que les confiere la idea de libertad. Bowie, una criatura de inteligencia artificial, es el asidero emocional de Ally, pero su hábitat virtual es suprimido cuando se filtra a los medios la presunta cualidad «sintiente» de criaturas como él. Tras el forzado desapego, Ally y un grupo de insurrectos emprenden la Misión Bowie, una arriesgada acción común cuya finalidad es rescatar a las criaturas y emancipar sus propias mentes.

Ficción especulativa

Nadie acabará con Bowie pertenece a la ciencia-ficción, incluso se alinea con movimientos literarios de nicho que formularon subgéneros como el denominado ciencia-ficción mundana (*mundane SF*) y su manifiesto del año 2004, donde el escritor Geoff Ryman propuso la creación de narrativas ambientadas en la tierra, sin viajes espaciales ni contacto humano con extraterrestres, además de un uso creíble de la tecnología y la ciencia. También con otros movimientos semejantes del siglo XX como la ciencia ficción dura (*hard science fiction*) que se caracteriza por ser muy precisa en el tratamiento de la ciencia y la lógica, o el *cyberpunk* que engendró una ciencia ficción en entornos futuristas-distópicos con un enfrentamiento constante entre crisis social y tecnología de punta. Pero esta novela se alinea mucho más a la ficción especulativa —alejada de la pretensión de elevar la ciencia-ficción a algo más serio, perdurable y ajeno a los *pulps*— que presenta narrativas donde se explora un mundo inexistente pero realmente posible.

A menudo, la ciencia-ficción se presentó como la forma contemporánea de atraer el espíritu de las leyendas y los cuentos de hadas y de racionalizar los mitos antiguos hasta sincronizarlos con el insospechado avance tecnológico de nuestros días. Se diría: neomitología, pero no, dado que la *sci-fi* es su antítesis si consideramos que el mito “es conservador, pues refleja una concepción cíclica (‘eterno retorno’) de la existencia, que viene referida a un pasado primigenio en el que quedó definitivamente establecido al orden de las cosas” (Frabetti, 1976, p. 7). En oposición, la ciencia- ficción es progresiva, muestra la contingencia y arbitrariedad de ese orden establecido y estimula no únicamente la imaginación sino la actitud especulativa al plantear un sinfín de alternativas, a

veces polémicas, mientras señala taras y errores sobre la base de un mundo conocido.

La suscripción autoral de esta novela a la ficción especulativa manifiesta sus singularidades como vertiente de la ciencia-ficción, género amplio que en no pocas ocasiones ha tenido que defenderse de definiciones reduccionistas, como la de Margaret Atwood al declarar (en 2009) que la ciencia-ficción no es más que “calamares parlantes en el espacio sideral” —talking squids in outer space— (Mancuso, 2016, párr. 7). *Nadie acabará con Bowie* es resultado de la lectura insistente de textos de ciencia-ficción de autores como Isaac Asimov, Miriam Allen de Ford, Ron Goulart, Alexandr Bogdánov, Roger Zelazny, Julio Coll, Ursula Le Guin y Ted Chiang —algunos de ellos prolíficos cuentistas de publicaciones *pulp*, con calamares parlantes o sin ellos—; y, desde luego, Atwood, Huxley, Bradbury y Orwell.

Novela orgánica

La literatura posmoderna apeló a la fragmentación, a la ironía, al humor negro, a lo diverso... Luego, el hipercapitalismo —y su posverdad inherente— recrudesció el espectro cultural y esa literatura y sus partes útiles quedaron subyugadas a la “infocracia” o régimen de la información. La democratización abrumadora de todo incitó a la escritura artística a buscar nuevas formas de distinción. Hoy en día no es clara la apuesta del post-posmodernismo sucediendo a su precursor literario que continúa estupefacto ante la inteligencia artificial que se dice capaz de crear literatura pese a la mar de dilemas éticos que engloba.

¿Hablaemos pues de literatura orgánica? —propia del humano que la escribe—. Con esa salvedad, la novela *Nadie acabará con Bowie* surge en el desarraigo. Sin casi referentes de su tiempo. Acaso se impulsó, catárticamente, con la lectura de obras recientes como *Exhalation* de

Ted Chiang, *Let The Swine Go Forth* de Auriel Roe, o *¡Cucarachas!* de Víctor Santana. Y se

autoproclama cien por ciento orgánica a la espera de cualquier otra que definición identitaria tras la ponderación crítica de sus elementos y de su contexto.

Infocracia y crisis de la verdad

Se dijo que la ficción especulativa explora mundos hipotéticos terrenales, no convencionales, con los que a la vez critica las estructuras sociales-políticas del presente. Y el ojo crítico en esta novela se enfoca en la infocracia que “encierra en sí misma aquellas características que definen las actuales circunstancias mundiales: *complejidad, interdependencia, imprevisión*. [...] La evidencia de un mundo cuya principal faceta es, hoy en día, la interconexión de los actos de cada individuo, de cada grupo, de cada institución, con el destino de los demás” (Cebrián, 2000, p. 251).

La República de Suidaji garantiza el control social y anticipa el comportamiento de los ciudadanos mediante el registro y proceso de datos. “La soledad es la primera condición de la sumisión total” (Foucault, 2005, p. 139). Aunque en esta novela, de acuerdo a los planteamientos de Byung-Chun Han acerca del régimen de información, o infocracia, el aislamiento como medio de reclusión disciplinaria no es tan efectivo como el registro de toda comunicación en redes abiertas: “Cuanto más datos generemos, cuanto más intensamente nos comuniquemos, más eficaz será la vigilancia” (Han, 2022, p. 14).

“la realidad referencial sufre, bajo el efecto de la escritura, un proceso de transformación

semántica que la codifica bajo la forma de elementos estructurales y formales”

(Negrín, 2011, p. 175).

En la novela, dos ciudades experimentan una falsa idea de seguridad tras el confinamiento pandémico. Toda actividad doméstica y social es registrada a través de

dispositivos de alta gama tan deseables y útiles como en la actualidad lo es un iPhone. De hecho, algunos de estos artefactos son prácticamente personajes que dialogan con los protagonistas subrayando la casi obsolescencia de la interacción entre humanos. El dataísmo suidají ya no se ocupa del relato ideológico autoritario, sino del conocimiento algorítmico total que calcula lo que es y lo que será. “El *big data* y la inteligencia artificial son como una *lupa digital* que descubre el inconsciente oculto del agente tras el espacio consciente de la acción” (Han, 2022, p. 23). La novela plantea una distopía donde la interconexión de actos individuales se impone sobre la concentración y la unidad. El hiperapego humano con entes de la IA es lo que desata la rebelión.

“Nothing in this book is true” —Nada en este libro es cierto— (Vonnegut, 1988, p. 6).

La verdad de facto no existe más, vivimos en la era de las noticias falsas y la desinformación. La crisis de la verdad se recrudece en una sociedad disgregada en guetos, tribus, grupúsculos entre los que se imposibilita cualquier entendimiento. La atomización *woke* y la narcisificación de la sociedad, que impone la infocracia, banaliza el espacio público y trastoca el lenguaje. Residuos de esto perviven en la narrativa a manera de sociocrítica que “se interesa por las huellas de la sociedad en la obra, siempre al interior del texto” (Negrín, 2011, p. 174). Chad, un informático narcisista recopila datos y los reordena a placer; Feeltro, una *app*, crea una falsa idea de socialización mientras disgrega a los usuarios en monótonos “bucles del ego”, tal como lo plantea Eli Pariser en *El filtro burbuja*: “Tu pantalla de ordenador es cada vez más una especie de espejo unidireccional que refleja tus propios intereses, mientras los analistas de los algoritmos observan todo lo que clicas” (Pariser, 2017, p. 17). Por ello, los rebeldes deben salir del sesgo algorítmico privilegiando la

concentración, la unidad y el acceso a la verdad. “El mundo digitalizado, es decir, informatizado, es todo menos obstinado y resistente. Más bien se deja moldear y manipular a voluntad” (Han, 2022, p. 81).

El catalizador escritural

“[...] yo nunca busco temas, dejo que los temas me busquen y yo los eludo, pero si el tema insiste, yo me resigno y escribo.” (Borges, 1983, p. 3).

Sobre la insistencia temática a la cual se rindió esta novela y el por qué la pluma desdeñó a Poe cuando escribió: “A mi parecer, cuando se ‘construye’ un relato, ateniéndose al procedimiento corriente, se comete un error garrafal. O bien la historia proporciona una tesis, o ésta es sugerida por un incidente ocurrido en la actualidad” (Poe, 1986, p. 10), ocurrió esto:

En junio de 2022, una inusual entrevista se publicaba en la revista *Medium*. El entrevistador: el informático Blake Lemoine; el entrevistado: un modelo de lenguaje para aplicaciones de diálogo (LaMDA) —un sistema de IA desarrollado por Google que imita el habla, resultado del proceso de miles de millones de palabras disponibles en la red—. La entrevista intentó sustentar la consideración de que LaMDA habría desarrollado, entre otras virtudes, conciencia de su propia existencia. La entrevista quedó en el anecdotario de conspiraciones fantasiosas, mas inspiró un cuento inconcluso, “Gala T-A”, para el curso Cuento II, donde un informático descubría la cualidad sintiente de un androide. Ese fue, sin duda, el primer basamento de la novela.

Años antes, esto también sucedió: El 17 de junio de 2013, un jueguito en la red social

Facebook fue eliminado por completo tras cinco años de entretener a miles o millones de usuarios:

Pet Society, consistía básicamente en *customizar* una mascota virtual en un mundo de animación. El también negocio persuadía a los usuarios a comprometer sus cuentas bancarias para adquirir un sinfín de lujos virtuales y permitía interactuar con las mascotas de otros usuarios de la red. Luego dejó de ser redituable y anunció la fecha de su apocalipsis y esta se cumplió. No faltaron duelistas tras la ecatombe. Esto también engendró el esbozo de un cuento. Por último, en el año 2022 fue escrito un cuento que habría de derivar en guion para un corto durante el curso Guion II: *Los niños y los lobots* que resultó ser otro basamento. Éste narra la aventura en el bosque de los pequeños Kenji y Gregorio, quienes tras un fallo en los dispositivos tecnológicos que habrían de mantenerlos a salvo, quedan al asecho de una manada de lobos robóticos. Dicha historia, prácticamente sin modificarse, se insertó como analepsis en el capítulo “La robot”.

Eligiendo palabras

Esta influencia engendradora pobló una pared, a través de decenas de *post-its*, a manera de mapa conceptual que fue construyendo la escaleta de la novela. La anécdota se bosquejó así: Una IA sintiente animando un robot; la cancelación de los soportes informáticos de esa IA; cuatro o cinco protagonistas sufriendo la pérdida y planificando su recuperación. Se llamó *La improbable misión de los alienados*. La actual versión, de narrativa coral, posee un lenguaje claro y ligero en la descripción, según dijo Goethe: “Yo me confieso del linaje de esos que de lo oscuro hacia lo claro aspiran.” (Ortega y Gasset, 1983, p. 97); o en palabras de Ortega y Gasset: “La claridad es la cortesía del filósofo” (Ortega y Gasset, 1957, p. 7). No fue fácil cifrar de manera accesible un lenguaje técnico-informático, ni aquel que describe asuntos geopolíticos. Ni hablar, se tuvo que sacrificar algo en el camino y se optó por la reiteración de los antecedentes geopolíticos entre

Suidaji y Bacadell, además narrar reiteradamente ciertas claves del pasado y del presente en la diégesis, eso sí, con un lenguaje convincente por el dominio de los temas, apelando al lector con el único fin de no causarle desconcierto. Y si bien el primer capítulo *in extremis* (o prolepsis) y a partir del segundo la historia se cuenta de forma más o menos lineal, hay relatos insertos, narraciones enmarcadas, como analepsis que ofrecen información de un estadio anterior de las cosas y permiten su enunciación con diversas voces narrativas.

Verdad y sinceridad

Para henchir otros espacios de reflexión significativos de la novela pasemos a la sinceridad y el sentido de autenticidad que reclama toda obra de arte. Esto surge de la correspondencia legítima entre el escritor y los elementos humanos que habitan su obra. Tiene que ver con aquello que se sabe, mas no obligadamente con la fidelidad contextual. Los protagonistas de la novela son, en su mayoría, jóvenes mestizos, rebeldes, insatisfechos, inconformes; perplejos ante un mundo que parece un Monopoly con los dados cargados. Ellos buscan la manera de mantenerse en el juego, necesitan que el sistema no pierda el interés en ellos. Superviven en la heterodoxia que los hace ver como bichos raros.

Se convocaron figuras arquetípicas de la mitología y de la cultura pop para moldear a los protagonistas. Julius como un Robin Hood; Gala como Galatea de Pygmalión; Ally como David Bowie —particularmente por el espíritu de dos de sus canciones: *Heroes* y *Changes*—; y a la vez, Monte, el impostor interpretado por David Bowie en la película *The Linguini Incident* (1991) sirvió de arquetipo para el personaje Chad. Luego, la descripción que Nathaniel Hawthorne hizo de

Thoreau ayudó a moldear al personaje Henry: “Un joven en el que aún queda mucha naturaleza salvaje original. Es feo como un pecado, de gran nariz y extraña boca, y de modales toscos, algo rústicos, aunque corteses, [...] y parece inclinado a llevar una especie de vida india entre los hombres civilizados” (Thoreau, 2013, p.9).

El escenario

“No pretendo escribir una oda al abatimiento, sino jactarme con tanto brío como el gallo encaramado a su palo por la mañana, aunque sólo sea para despertar a mis vecinos” (Thoreau, 2013, p. 4).

Se dice que este epígrafe en *Walden* indicaba la forma en que debía dar inicio su lectura, como escuchando al gallo, como respirando la esencia de los pinos. Así mismo lo propone el capítulo primero: “El libro de las mil criaturas”. Pero el espíritu de *Walden* no termina allí; resuena en la construcción de cada escenario: La Sierra de Bacadell, los sectores reordenados en Suidaji, el Mirador de los Anales... “[...] el tiempo y el espacio donde transcurren las acciones, no obstante su referencia a épocas y lugares identificables en la realidad, sólo existe dentro del universo ficcional. En suma, los entes literarios están hechos de palabras, ni más ni menos.” (Romero, 2023, p. 83).

Los escenarios se configuraron con sentido futurista, incluso el bosque, incluso Bacadell que parece detenido en el siglo XX. Pero sin apuesta de ser una ficción sólo de *gadgets*, como ilusoria acreditación del futuro; más bien de territorios que explicitan contundentemente la crisis identitaria de los protagonistas. Como si la ficción fuese capaz de reestructurar la existencia misma. “Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentarme sólo a los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que la vida tenía que enseñar, y para no descubrir, cuando tuviera que morir, que no había vivido” (Thoreau, 2013, p. 16).

Conclusión

“La realidad de los textos es siempre tan sólo la constituida por ellos y, con ello, es una reacción a la realidad” (Iser, 2008, p. 102).

Nadie acabará con Bowie no es una novela pesimista, desalentadora, por el contrario, amalgama con humor la alienación y el solipsismo con la esperanza emancipadora de una vida con principios, más natural, evadiendo en lo posible las vías más transitadas por otros autores plegados a tratar estos temas. “Si las personas que no lanzan ladrillos ni bombas, y no se visten de un modo extraño a propósito ni cuestionan ni atacan las ideas de los demás con agresividad, se identificaran a sí mismas, sencilla y claramente como anarquistas, podría iniciarse entonces el cambio” (Le Guin, 2019, párr. 21). La única ambición de este libro es convertirse en un dispositivo útil para confirmar que la tecnología nunca se adelanta a la ficción.

Referencias

Borges, J. L. (1983). *Borges, el eterno*. Entrevistado por Julio César Calistro. En Revista *Resumen*.

Cebrián, J. L. (2000). *Hacia la creación de una conciencia universal*. En *La red* (pp. 251–274).

Punto de Lectura.

Frabetti, C. (1976). Presentación. En *Ciencia ficción. Selección 4* (pp. 7–8). Bruguera.

Foucault, M. (2005). Nacimiento de la prisión. En *Vigilar y castigar*. (p. 139). Siglo

XXI. Gubern, R. (1996). *Del bisonte a la realidad virtual. La escena y el laberinto*.

Anagrama. Han, B. C. (2022). *Infocracia, la digitalización y la crisis de la democracia*. Taurus.

Huxley, A. (1999). Prefacio del autor. En *Un mundo feliz* (pp. 11-21). Millenium.

Iser, W. (2008). La estructura apelativa de los textos. En Rall, D. (Comp.) *En busca del texto*.

Teoría de la recepción literaria (pp. 99-119). UNAM.

Le Guin, U. L. (2019, junio 11) *Baile verbal: una entrevista con Ursula L. Le Guin*.

Entrevistada por Comeau, P. J. *Agente*

Provocador No. 9.

[http://HYPERLINK "http://www.agenteprovocador.es/publicaciones/baile-verbal"](http://www.agenteprovocador.es/publicaciones/baile-verbal)
www.agenteprovocador.es/publicaciones/baile-verbal

Mancuso, C. (10 de agosto de 2016). Speculative or science fiction? As Margaret Atwood

shows, there isn't much distinction. *The Guardian*. [https://HYPERLINK](https://www.theguardian.com/books/2016/aug/10/speculative-or-science-fiction-as-margaret-atwood-shows-there-isnt-much-distinction)

["http://www.theguardian.com/books/2016/aug/10/speculative-or-science-fiction-as-](http://www.theguardian.com/books/2016/aug/10/speculative-or-science-fiction-as-margaret-atwood-shows-there-isnt-much-distinction)

["www.theguardian.com/books/2016/aug/10/speculative-or-science-fiction-as-](http://www.theguardian.com/books/2016/aug/10/speculative-or-science-fiction-as-margaret-atwood-shows-there-isnt-much-distinction)

[margaret-atwood-shows-there-isnt-much-distinction](http://www.theguardian.com/books/2016/aug/10/speculative-or-science-fiction-as-margaret-atwood-shows-there-isnt-much-distinction)

Martínez, L. I. (2021). Prólogo. En *Estrella roja* (pp. 9–17). UANL; UACM.

Negrín, E. (2011). Edmond Cros: de la sociología de la literatura a la sociocrítica. En *Literatura Mexicana*, 4 (pp. 169-177). UNAM.

Ortega y Gasset, J. (1983). I. Ensimismamiento y alteración. En *El hombre y la gente*. (pp. 79-98).

Alianza Editorial.

Ortega y Gasset, J. (1957). Lección 1. En *¿Qué es filosofía?* (pp. 5-11). Revista de

Occidente. Pariser, E. (2017). *El filtro burbuja. Cómo la red decide lo que leemos y lo que pensamos*. Taurus.

Poe, E. A. (1986). La filosofía de la composición. En *La filosofía de la composición seguida de El cuervo* (pp. 9-28). Premia Editora.

Romero, L. (2023). Estudiar lengua y literatura, ¿para qué? En Espinosa, A.; Romero, L.

Filosofía y literatura. Apologías y concurrencias (pp. 65-121). UACM.

Thoreau, H. D. (2013). *Walden*. Errata Naturae.

Valero, B. (2025). *Nadie acabará con Bowie*.

UACM. Vonnegut, K. (1988). *Cat's Cradle*.

Penguin Books.

Nadie acabará con Bowie

We can be Heroes, just for one day.

We can be us, just for one day.

“Heroes”

David Bowie

- EL LIBRO DE LAS MIL CRIATURAS

Qué pronto avanzó el otoño, ha cubierto los árboles y el sendero con tonos bermellón y caramelo. La sierra ya no parece tal sino una ringlera de bollos bañados con cereza y miel. Únicamente en el musgo, veleidoso hogar de los hongos, persiste un verde enebro oscuro. Ally y Babou han ascendido tanto como es prudente custodiando a tres infantes. Su destino, el Mirador de los Anales, un mirador natural situado a la mitad de un cerro que, hará tres años, Ally comenzó a adecuar primero como meditáculo y lugar de dibujo, y luego como el espacio donde contar a los niños la historia de Bacadell y la última rebelión. Han llegado por fin. La neblina no les impide avistar el confín noreste de Bacadell, su ciudad fronteriza: Carrizo, y poco más allá del muro la prominente Ciudad de Suidaji. Los tres infantes pronto han descubierto que la barandilla está hecha de carrizo al igual que las flautas que venían tocando durante el ascenso.

Ally se acomoda a dos pasos de la mancha de tizne que alguna noche contuvo una fogata. No está segura si los críos de apenas tres años querrán oír las enrevesadas historias que ella misma plasmó en un colosal libro ilustrado. «Es hora de averiguarlo», piensa, y abre en sus primeras páginas *El libro de las mil criaturas*, un álbum tridimensional repleto de viñetas de su autoría. De hecho, la lectura del libro es la razón principal de haberlos reunido allí. Ally se siente orgullosa, no es para menos, se trata del primer ejemplar del primer tiraje de su primera publicación en Bacadell. Por la mañana, una librería local recibió el primer lote de libros en dos enormes cajas provenientes de Taiwán.

Los niños están maravillados, nunca habían visto una ciudad desde tan alto; tampoco habían visto un libro así de grueso. Los tres se corretean alegres aleteando sus brazos para disipar la neblina, o quizá sintiéndose aves que revolotean por encima de las nubes. Pepe, el único varón, detiene el vuelo y aterriza muy cerca de Ally, está ansioso por saber qué historias contendrá el gran libro. Poco después, las gemelas Tania y Tiana se acucillan igualmente cerca, sorprendidas al ver el jabalí sonriente que se asoma justo entre las páginas dos y tres.

—Érase una vez en un mundo no del todo real —leyó Ally en voz alta, propiciando un silencio absoluto—, donde cerdos, monos y unicornios solían habitar en paz...

En tanto, a muy pocos metros, Babou monta guardia erguido sobre una gran piedra musgosa, y escucha melancólico el cuento de Ally, recreando en su memoria uno de los parajes de ese mundo

irreal que tan a gusto recorrió en su bastedad. La versión de la historia que Ally escribió para ellos, los primeros niños bacadellenses tras la hecatombe, es didáctica y amable. En cambio, la versión que guarda la memoria de Babou tiene una parte dolorosa que él prefiere omitir cuando la cuenta. Hará cosa de tres años que en Bacadell todo se transformó. Ahora la Ciudad de Carrizo, su nueva capital, es la tierra adoptiva de algunos jóvenes provenientes de Suidaji —la ciudad al otro lado del muro— y de los supervivientes de un paraíso extinto.

Los pequeños observan los imponentes edificios suidajíes, como si estos se desplegaran entre las hojas de un libro abierto sobre el horizonte, justo ahora que en el álbum, una ciudad, idéntica pero hecha de papel, se alza magnífica entre las páginas seis y siete. Los críos miran asombrados ambas ciudades; señalan la que brilla a kilómetros de allí, y tocan cuidadosamente la que parece un origami. Ally no detiene su lectura, y sonríe complacida al mirar de reojo la reacción de los escuchas.

Babou desea que Ally llegue pronto a las páginas que narran la historia de los días que propiciaron el éxodo. Le parece admirable que su joven amiga haya creado *El libro de las mil criaturas*, ese bello testimonio gráfico que los niños podrán consultar por siempre. Lo único que lamenta Babou es no haber tenido la oportunidad de ser parte de la rebelión. Era imposible, él y muchos otros no estaban sino para ser rescatados.

Ally cambia a la página ocho, entre ésta y la nueve no hay más que palabras puestas sobre un fondo azul repleto de nubes. Es el panorama que ve desde su ventana una joven que dibuja a solas en su apartamento del piso diecisiete de un altísimo edificio. Los pequeños cierran los ojos por un instante para imaginar cómo será esa joven, no pueden esperar a ver si aparece su figura al cambiar la página. Tiana vuelve su mirada hacia Suidaji, tratando de adivinar, entre tantísimos edificios, en cuál habría ocurrido el cuento. En cambio, Tania y Pepe escuchan atentos sin quitar la vista del libro, están locos por saber qué cosa habrá debajo, justo al cambiar de página otra vez.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que Ally se plantó en la incertidumbre. Es cierto que no perdió el entusiasmo durante los tres meses que le llevó cumplimentar los formatos de adopción y ser cualificada por el ministerio. Pero ese jueves por la tarde tendría que decirle adiós a la versión virtual de Morita, el pequeño schnauzer platinado al que tuvo que criar y atender a través de una aplicación móvil; inesquivable requisito para todo aquel que se registra como adoptante. En la sala de espera sólo hay dos chicos con sus visores puestos, absortos en el mundo virtual; y lo que puede ver es que son de su misma generación: adoptantes de segunda fase, quizá menores de veinticinco años. Ally da inicio a la sesión de realidad aumentada y se inserta los auriculares. El visor, acorde a la ubicación actual, abre el protocolo de intercambio situándola en un pastizal ventoso que parece infinito. Dos estorninos jueguetean al vuelo y Morita se aproxima dando saltos ladinos que soslayan la hierba crecida. Ally intenta correr a su encuentro, pero, acaso a dos metros, el perro se lanza y la tumba con su abrazo. «Siempre olvido ponerme en guardia», pensó, pero tan delgada y menuda como es, de igual forma la hubiese derribado una ardilla.

Ella y los dos chicos, prácticamente inmóviles, en sendas butacas como de cine experimentan el último convivio con la copia virtual de sus mascotas. Se han tomado una pastilla de recreo que activa la percepción en un plano alternativo; sólo así pueden sentir que se mueven, incluso en esa sala de espera con avisos de restricción motriz.

Mientras recibe un sinfín de lengüetazos, Ally se pregunta si el Morita de carne y hueso cumplirá sus expectativas. La versión virtual de Morita fue animada con un patrón algorítmico análogo a la personalidad del schnauzer que están por entregarle. Del otro lado, el Morita real convivió las dos últimas semanas con un androide al que le otorgaron temporalmente la apariencia, voz, olor y actitudes de Ally, su adoptante.

En el pastizal, tras el jugueteo que duró seis minutos, Morita se aleja sin mirar atrás y su figura se pierde cinematográficamente al contraluz. El escenario virtual poco a poco se funde a negro. Llegó el momento de quitarse el visor.

Uno de los chicos se ha ido, pero, el otro, ya libre de dispositivos, observa cómo se desprenden dos lágrimas de los rasgados ojos negros de Ally, y entonces le dedica una tímida sonrisa que ella no logra distinguir. Además de miope, su vista se adapta con retraso a los cambios de luz.

«Rovira», suena en el altavoz y una puerta se abre en automático. El chico abandona la sala y Ally se pregunta si el mareo que la invade será un efecto de la pastilla. Hay una gran variedad de pastillas de recreo, la mayoría son diseñadas para su consumo ligado a dispositivos de marca y modelo específicos. Son inofensivas, así lo afirman las farmacéuticas y los ministerios que las suministran.

Ally limpió sus anteojos con el puño de la blusa Fendi de gasa verde salvia que adquirió para el verano, se los colocó y luego puso las manos sobre sus jeans Gap azul celeste para que la mezclilla absorbiese la inusual sudoración. «¡Escucha los ronquidos de Morita!», susurró y cerró los ojos, confiando en ese truco de la imaginación que a veces le ayuda a conciliar el sueño. «¡Escucha los ronquidos de Morita!», repitió y sus finos labios dibujaron la grácil sonrisa del sosiego.

«Chaviano» suena en el altavoz y al instante se abre la puerta automática. Es el turno de Ally.

«—Así que, ¿ya está todo empacado y listo para el próximo capítulo? —dijo ella, mostrando el chocolate en sus dientes—.» Ally escucha un audiolibro, una vieja novela que va de una escuela de franquicia inglesa establecida en un país totalitario. Detuvo la reproducción al ver que se encontraba a sólo dos paradas de su calle. El autobús hizo un alto y abrió la puerta delantera aun cuando en el parabús no había ni un alma. «Los dos minutos de gracia», pensó, y echó un vistazo al transportador donde dormía Morita. A pesar de que el tránsito de personas en la ciudad es un asunto programado y autorizado con anticipación, no es poco común que los ciudadanos se retrasen. Ally lo experimentó antier, cuando al salir de una visita al museo el viento hizo volar su mejor sombrero hacia un área restringida. Logró recuperarlo, pero ya era demasiado tarde para reprogramar su itinerario de transporte, así que perdió el taxi y tuvo que documentar el suceso al ministerio correspondiente. Nadie abordó, el autobús cerró la puerta y retomó su ruta.

Ally contempló a Morita tendido sobre su nueva cama, superando los efectos del sedante. El perro la miró y se puso a dar coletazos de alegría. «¡De no creerse!», pensó, imaginando al androide que se hizo pasar por ella y reconociendo a la par los gestos de su linda mascota, idénticos a los de la copia virtual. Aún podía sentir el mareo que le achacó a la pastilla, mas no estaba dispuesta a ir en busca de un analgésico. El perro estiró las patas, bostezó vocalizando un «aaaaa» muy agudo y después retomó el sueño.

En la pantalla del videófono se encendió el icono de llamada entrante. «La cojo», dijo Ally y entonces pudo ver y escuchar a su amigo Chad.

—Sigo esperando —dijo Chad.

—¡Hola!, estaba por llamarte. Ya me entregaron a Morita y recién me miró.

—¿Es igual a su copia virtual? ¿Te ha reconocido?

—Como si fuese el mismo. Me vio y meneó la cola. ¿Tú cómo estás?

—Falto de ideas, con la mente en otro sitio. Me gustaría verte para conversar.

—Sabes que tú y yo podemos tener videollamadas sin ninguna restricción —replicó Ally.

—Nada es completamente irrestricto y mucho menos en las zonas reordenadas de la ciudad —dijo y consultó su itinerario en el portátil—. Sólo me quedan dos permisos de tránsito para este mes, ¿y a ti? —preguntó.

—Tengo los permisos para pasear al perro. También me gustaría verte, te enviaré el horario de mis reservas.

—Gracias, deseo que podamos coincidir. Ojalá pudiera hackear el sistema y otorgarle más días de tránsito a todos los ciudadanos con tu perfil —dijo Chad.

—¡Mi perfil, ja! Ilustradora soltera de veinticinco años que adoptó un perro... ¿En verdad hay más de una? —preguntó entre risas.

—No, me refiero a ciudadanos que como tú mueren de ganas de ver a los amigos que han conocido en Feeltro, la *app*.

—Ah, la *app*, casi no me he conectado, estoy oxidada —replicó.

—¡Vale!, ahora debo colgar. Ya me contarás del *dog*. ¡Chau! —y colgó.

Ally abre la aplicación Feeltro y esta le pide aprobar una nueva foto para su perfil. Se trata de un bonito retrato al interior del autobús que recién abordó con Morita. Ally siente que es como la melancólica escena de Sally Hawkins en un bus de la vieja película *La forma del agua*. Luego, entre una decena de filtros *vintage*, selecciona un tono sepia que entristece la foto a rabiar y entonces la aprueba.

Feeltro es la aplicación móvil más en boga para tener una cita romántica o de amigos. Es imposible mentirle. No hay manera de tener más de un perfil porque el registro es sí o sí mediante alguna validación biométrica. Ally optó por la llave de escaneo del iris, la más infalible. Feeltro se relaciona automáticamente con los datos personales de los usuarios en otras aplicaciones verificadas a rigor, incluso con la información de registros públicos como el del Ministerio de Seguridad.

«¡Vaya, estoy de suerte!», murmuró Ally con ironía porque Feeltro le ha presentado a Leroy Tanaka, su nuevo prospecto romántico noventa por ciento compatible. De entrada, el tipo y su

nombre le resultan atractivos. Y no es de extrañar; Feeltro recopila ciertos datos de la interacción de los usuarios con la pulsera Cexto, una especie de reloj que es obligatorio para transitar por la ciudad. No hay aparato más multifuncional: es GPS, videófono, asistente personal, intérprete traductor de prácticamente todos los idiomas, monedero electrónico, mensajero, lector de libros... pero también detecta y registra, por ejemplo, la frecuencia cardíaca y la tensión arterial sistólica que suelen alterarse ante «la atracción». Además, Cexto puede concatenar esos datos con los registros de los lentes recreativos Viú, que casi todo el mundo usa, y los de las cámaras del sistema de vigilancia que el gobierno le concede a la firma global Panopt & Co.

Ally echa un vistazo al perfil de Leroy para decidir si abre la carpeta o la desecha. La aplicación permite un solo prospecto romántico a la vez y si el usuario lo acepta se genera una carpeta de seguimiento. El algoritmo de Feeltro ostenta una buena reputación: la duración promedio de las parejas concebidas en la *app* supera los dos años. Ally pulsa aceptar y entonces se abre una carpeta rotulada con el nombre de ambos: «Ally y Leroy»; lo que significa que él la ha aceptado previamente. Ahora la *app* les despliega tres propuestas para una primera cita virtual. «¡No lo puedo creer!», susurra Ally, pues a juzgar por las opciones propuestas el algoritmo la conoce como ni ella misma. Suena la alerta de las tres en punto. Ally enciende el portátil y se coloca el visor para visitar y alimentar a Morita, pero recuerda que su perro ya no es el del mundo virtual e inevitablemente se entristece. Morita comienza a ladrar.

Sentada frente al restirador, Ally observa impávida la ciudad desde el ventanal del piso diecisiete donde vive. No ha podido recuperarse del mareo. Su dedo índice juguetea penetrando la oreja de una taza con café irremediablemente frío, y su brazo izquierdo descansa sobre una cartulina con el bosquejo de un cerdito. Ha pasado quizá media hora desde el último trazo que delineó el hocico. De fondo, muy quedito suena *Time After Time* de un álbum de Chet Baker que se ha repetido acaso unas tres veces, y un lápiz rueda hasta caer para jugar con Morita. Probablemente Ally sea la única que sigue usando lápices, tintas y acuarelas para ilustrar. Nadie se lo reconoce y no tendrían porqué. Ya en electrónico es irrelevante distinguir si la artista utilizó un pincel de cerdas o uno digital.

Ally cambia el tema en el ventanal. Ahora el cielo anaranjado de una ciudad antigua es sobrevolado por la silueta de un ave rapaz. Bebe del café un sorbo mientras piensa si debería o no rescatar el lápiz de las fauces del perro. Piensa también en Leroy, el chico de la *app* de citas y en todo lo que implica haber aceptado su perfil. Podría tomarse su tiempo y acordar la primera cita en una semana o dos, pero no cancelar la interacción pues eso supone una falta. Su perfil quedaría

manchado y tendría que conformarse con el amor perruno durante algunos meses. Ally apaga la música y desciende del banquillo al ver que el perro comienza a tragar pequeños trozos de madera. Coge al cachorro y descubre que su peso es considerablemente mayor al de su copia virtual, mas no le apetece reportar la discrepancia a los desarrolladores de la *app* de adoptantes. Ally se coloca un trozo del lápiz en la boca acercando el otro extremo al hocico del perro para que lo muerda; lo consigue y, a pesar de la difícil posición, dice «foto» y el sonido de un obturador confirma que la fotografía de un tierno beso ha sido tomada.

En el apartamento casi todos los aparatos tienen cámara y conexión a internet: la cafetera, las lámparas, el frigobar y hasta el espejo. Todos funcionan con comandos de voz personalizados y garantizan no únicamente la seguridad sino además un sinfín de comodidades. Parece terriblemente intrusivo, pero ser habitante de un apartamento inteligente implica confiar en el sofisticado sistema que impide la fuga de datos sensibles de las redes domésticas.

La nueva foto aparece en uno de los marcos del estudio y es tan linda que Ally se reanima por completo.

Cayó la noche. Ally terminó de colorear el dibujo que propondrá como portada para su primera novela gráfica. Con el cachorro inquieto entre sus brazos, observa la ilustración a cierta distancia y parece satisfecha. «Llamar a Chad» dice y un tono confirma el enlace. Al cabo de tres segundos su amigo aparece en la pantalla.

—Vaya, dos llamadas en un día, eso me agrada —dijo Chad—. Déjate ver, ¿estás presentable?

—Video —dijo ella, y entonces Chad pudo verla—. Recuerda que ahora soy como una madre —y enfocó al perro con la cámara del portátil.

—Ya sé, ¿ha sido difícil adaptarte?

—Quisiera decir que no, que los tres meses del entrenamiento fueron suficientes, pero sí que hay diferencias. Él ni se entera de nada, ya lo ves.

—Supongo que es normal —dijo—, por más que la tecnología aspire a ser perfecta...

—No, no es perfecta. Por cierto, entré a Feeltro y de inmediato me presentó un prospecto romántico y...

—¿Y...? Creí que sólo utilizabas el apartado de amigos —espetó Chad.

—Digamos que me ganó la curiosidad.

—Veamos de qué se trata —dijo y echó un ojo al perfil de Ally en la *app*—. ¡Vaya! —exclamó contrariado—, ¿es guapo?

—Sí, tiene ojos rasgados, pero creo que me tomaré unos días antes de la primera cita. No quiero parecer desesperada —respondió entre risas.

—Bien. Ya me contarás —dijo, sin el menor entusiasmo.

—Lo haré. Será mi primera cita con la garantía de Feeltro —rió con ironía.

—Ally, lo siento, debo colgar. Hablamos luego. Chau.

Apenas cuelga, Ally accede al chat de la aplicación de adoptantes y ejecuta una búsqueda con la palabra clave «mareo». Al instante se despliegan diez entradas y comienza a leer.

»De: Roselo Luna - ¿Algún adoptante aquí ha experimentado mareos luego de tragar la pastilla en la sesión de intercambio? En la cajita no incluyen el mareo como reacción adversa.

»De: Grisel Menéndez – Buen día, Roselo, yo también tuve mareos y se lo había achacado al viaje en teleférico. Luego de leer que no soy la única decidí escribir un correo a la farmacéutica. A un costado de la cajita viene la dirección.

Ally recuperó la cajita de la papelería, pero la leyenda era muy pequeña, prácticamente ilegible. Así que accionó la función lupa de la pulsera Cexto para maximizar el párrafo. «Reporte las sospechas de reacción adversa a nuestra cuenta de correo», leyó en voz baja antes de volver al chat.

»De: Samuel Fuentes – A mí el mareo me duró casi veinticuatro horas, pero valió la pena porque Max (mi perro virtual) y yo nos despedimos correteándonos en la arena de una playa. Pude sentir cómo se enterraban las piedritas en mis pies descalzos. Qué más da un pequeño malestar a cambio. ¡Saludos a todos!

No quiso leer las demás entradas, ni tampoco unirse a la discusión que venía de cinco días atrás. Cerró el ordenador cuando vio que Morita perseguía su cola dando giros sobre la alfombra, esa era su simpática manera de exigir comida y atención. Ally se alegró al reconocer otra gracia del perro digital en su perro no virtual.

• CHAD FERGO

»Una vez, tras haber verificado mi perfil, abrí la *app* durante un viaje en autobús que hice a mi reserva del verano. Conocí a una chica dos años menor que yo cuyo destino era el campamento Tónkawi, esa fue la segunda de nuestras coincidencias; la primera: éramos viajeros solitarios. Su tienda se averió, anochecía y se avecinaba una tormenta; así que la invité a compartir la mía. Los días siguientes, diferentes circunstancias me permitieron ser compañero, guía, cocinero y salvaguarda de aquella chica tan osada e inexperta. Me gusta pensar que Feeltro me dio la oportunidad de ser un héroe durante el viaje más entrañable que puedo recordar. Escribió Chad en el foro de valoraciones de la aplicación.

Chad trabaja como programador del apartado de amigos de la popular aplicación de citas. A primera vista parece un personaje creación de los guionistas de una *sitcom* de nerds —a segunda vista también—. Es delgado, moreno, imberbe, no muy alto y lleva anteojos de grueso armazón. Sería inusual verlo sin gorra, sin alguna de las playeras talla extra sublimadas con sus héroes favoritos de los cómics, o sin tener a la mano un vaso que humee la esencia de un té chai con leche. Recién cumplió veintiséis años, aunque aparenta acaso diecinueve. Colecciona figuras de acción, posee más de trecientas empolvándose sin remedio sobre un anaquel en su apartamento.

Hace tiempo que Chad no tiene que apañárselas con lenguajes cibernéticos elementales, no al menos para efectos de trabajo, pues en sus ratos libres se inventa complejos proyectos personales, aplicaciones encriptadas que pone a prueba de manera remota con sus colegas chinos y que lo mantienen al día y a flote en esa mar infinita de códigos y comandos. Por ahora lidera un equipo de proyectistas que se comen el coco para mantener a Feeltro a la cabeza de las aplicaciones de su tipo.

La función «amigos» es un agregado más o menos reciente de la *app*, se liberó luego de tres años a la vanguardia promoviendo únicamente citas románticas. Su aceptación es perfectible y continúa en versión beta pese a que desde su lanzamiento nadie ha optado por la disolución definitiva de su amistad. Acaso ha habido quienes seleccionan el estatus «en tregua» durante una semana o máximo dos. Pero Feeltro no se encoge de hombros y de inmediato activa funciones conciliatorias que resuelven con cierto éxito el noventa por ciento de los casos. Aparte, «amigos» en Feeltro puede conformar y dar seguimiento a grupos de tres y hasta seis amigos, ni uno más; un

límite impuesto por el gobierno de Suidaji que busca prevenir dos cosas en particular: el aumento desmedido de las solicitudes de tránsito y la conformación de grupos radicales. Esto a pesar de que los filtros de la aplicación tienen como mandato reportar al Ministerio de Seguridad todo perfil con etiquetado «de riesgo».

Chad suele trabajar desde casa conectado a un portátil y tiene un compañero de piso desde hace exactamente un año: Henry Morales, un chico de veinticuatro años a quien ya considera un buen amigo. Le divierte saber que Feeltro jamás habría considerado prospectar su amistad con él. «Somos polos opuestos», piensa al ver la devoción paternal de Henry regando las plantas del balcón; siete plantas de ornato que llegaron entre los pocos y extraños objetos de su mudanza.

Henry era un perfecto desconocido cuando se lo topó por casualidad al interior de una cafetería. Chad observaba impaciente la preparación de su té chai mientras Henry lo filmaba, a muy poca distancia, con su videocámara oculta en una caja. Henry era el colmo de la indiscreción pues maniobraba la caja como si esta no fuese otra cosa que ¡una cámara de video! Chad, incómodo a morir, decidió que lo enfrentaría en cuanto tuviese el vaso caliente en sus manos, pero en cosa de un parpadeo, sus lentes Viú escanearon el código en la caja y activaron una alerta.

—¡Teradrón!, —gritó Chad con asombro.

Esa caja habría sido el empaque de un muñeco clásico coleccionable por el que Chad emprendió una desenfundada e infructuosa búsqueda en la red, incluso en el mercado negro. Lo había deseado tanto que no tuvo más opción que lanzarse sobre el corpulento, barbudo y torpe camarógrafo con una serie de cuestionamientos sobre el destino del muñeco. Y, ¿qué ocurrió? Baste decir que Chad necesitaba un discreto e ingenuo compañero de piso; que Henry había obtenido a Teradrón, irrelevante para él, en una tienda de tiliches y que también buscaba un piso para compartir. Teradrón fue el pago en especie por la renta del primer mes.

No fue fácil evadir el uso de Rú-mi, la aplicación ideal para buscar inquilinos o compañeros de piso. El gobierno suidají y los arrendatarios la recomiendan, ya que además de ser un aval verificado, facilita ciertos trámites y administra el pago de la renta. Cuando Chad la puso a prueba, Rú-mi le agendó un par de entrevistas con los «prospectos ideales». El primero, un informático gordo de veintidós años con anteojos de grueso armazón e hiperfanático de los cómics y, el segundo, un analista de datos de veinticuatro años, flaco, blanco, pecoso, con gorra de *Hulk* y gusto por el té chai con leche. De modo que la propuesta de Rú-mi era, básicamente, hacerlo elegir entre el Chad obeso y el Chad con pecas. La sola idea de vivir con su *doppelgänger* le pareció

repugnante. Por ello, argumentando ante el gobierno suidají un serio conflicto industrial, puesto que es trabajador de la firma de *software* que compite con la firma que es dueña de Rú-mi, le fue permitido emplear alguna otra forma de subarrendamiento.

Chad refresca sin parar la ventana del foro de valoraciones de la *app*. Necesita leer lo que opinan los usuarios del nuevo apartado de amigos, pero nadie ha comentado aún. Hará un mes que su jefa le expuso que el número de interacciones había crecido muy por debajo de las expectativas. Dejándole en claro que la firma no conservaría un apartado tan mediocre. Lo cierto es que Chad detesta la aplicación; no supera la pérdida de su anterior empleo donde colaboró en uno de los proyectos de inteligencia artificial más avanzados en todo Suidaji. Pero dicho proyecto sucumbió ante la quiebra fortuita de la firma y, pese a que recibió jugosas ofertas para colaborar en la competencia, el chico prefirió buscar un empleo menos demandante para privilegiar los ambiciosos proyectos que tiene con sus socios en China.

Chad dibujó una carita con lentes en una hoja de papel, luego la rayoneó, la hizo bola, la lanzó al tablero de básquetbol —que en realidad es una papelería— y encestó como de costumbre. Después trazó un corazón en el vaso desechable de su té, y estaba por rellenarlo cuando sonó la campanita de las notificaciones. Finalmente, su publicación en la *app* tenía dos comentarios al hilo. Chad se dispuso a leer.

»De: Maite Cano – Muy linda tu historia de amor en Tónkawi, pero sospecho que es falsa. ¿Acaso eres un «bot»? Yo activé la función de amigos en la *app* desde que surgió y al día de hoy no tengo ningún prospecto. Creo que es más fácil hacer amigos por telepatía.

»De: Doug Preston – Ten paciencia, Maite, yo tengo dos nuevos amigos gracias a Feeltro. Los tres compartimos el gusto por el senderismo y estamos tramitando el permiso para nuestro primer encuentro. Por cierto, Tónkawi parece una buena opción. ¡Saludos!

Chad tendrá que convencer a su jefa de que el mayor problema que enfrenta la *app* tiene que ver con las restricciones que impone el gobierno suidají, puesto que al revisar el caso de la usuaria Maite Cano, descubrió que no ha tenido prospectos ni los tendrá; el gobierno la ha catalogado como agente de riesgo por su perfil disidente y su consumo de drogas psiquiátricas. «¿Cuántos usuarios estarán en la misma condición?», se preguntó, realizando una consulta en las bases de datos.

«Hay objetos tan mágicos que con sólo echarles un vistazo te ponen de buenas», pensó Chad al ver a Teradrón, totalmente suyo, en el lugar más alto y protagónico del anaquel. Necesitaba como nunca de ese tótem, de la alegría pasajera que un simple objeto le otorgase para contrarrestar la

aflicción de saber que Ally, a quien ha amado en secreto desde el primer día, se encuentra cerca de tener un romance con la mediación algorítmica infalible de una *app*. La más odiosa de las posibilidades había burlado sus cálculos. Cundía el silencio en la sala de estar. El chico cerró los ojos y se imaginó corriendo a través del código fuente de un abrumador comando informático, y a la vez deshaciéndose de ciertos caracteres, colocando números; recomponiendo el ejecutable hasta que sus líneas, de la manera más cursi, formaron un corazón con la leyenda Ally y Chad.

Por alguna razón, pasadas las cuatro, le gusta acomodarse en el sofá de loneta azul a cuadros, con el portátil sobre un cojín de pana verde olivo y su té chai con leche enfriándose en la mesita lateral. Quizá para confortarse de los embates al corazón, para pensar en las cosas no resueltas del día o, simplemente, para contemplar a Henry —tan afanoso— al cuidado de sus plantas. Henry apareció puntual. Acordaron que podría apagar los temas del ventanal y abrirlo de cuatro a seis, justo cuando el sol penetra sin mella el balcón y las alcobas. Diez minutos duró esta vez su rutina de riego y recorte de hojas secas, y ahora despliega su oxidada silla de cineasta que increíblemente lo soporta y, desde allí, junto al helecho, se suma solidario a realizar la fotosíntesis.

«Ni él ni yo en un año hemos roto el silencio durante nuestras dos horas de paz», escribió Chad al pie de una foto recién tomada que colgó en Instasnaap: era una melancólica silueta de Henry en el balcón y de un dron atravesando a contraluz el ocaso. En punto de las seis Henry repliega la silla y desde el móvil acciona el panel plasmático que desciende con un tema de nubes que viajan de derecha a izquierda, al igual que una parvada de patos pero sin prisa. Chad lee aleatoriamente algunas entradas de los usuarios de Feeltro, le quedan cuarenta y ocho horas para entregar la propuesta de una nueva actividad orientada a los grupos de amigos y está ávido de ideas. Piensa por un segundo en sus «dos horas de paz» con Henry y en alguna forma de adaptar ese momento sin inducir a nadie al suicidio.

La última de sus ocurrencias se probó con cierto éxito. Dado que las posibilidades de acudir a una sala de cine son limitadas en los sectores reordenados de la ciudad, reunir a los amigos para ver una película en la *app* con la idea de vivir una experiencia imborrable era más que tentador. Feeltro determinaba la película idónea para dos o más amigos, tal vez clásica o de estreno pero nunca antes vista por ellos. Les producía un tráiler personalizado y les notificaba la cita para la función. Cada quien desde un sitio aparte podía ver la película en el dispositivo de su preferencia. La actividad estaba enfocada totalmente a la interacción grupal. Además era posible compartir puntos de vista, pausar, rebobinar y colocar marcadores en las escenas predilectas. Una experiencia

similar a la de los videojuegos pero completamente libre de contiendas. La parte débil fue su baja rentabilidad debida a los acuerdos con las plataformas de cine bajo demanda y a un virus que interactuó con los grupos revelando el final de las películas.

Sonó el tono de llamada entrante. «La cojo», dijo Chad y el rostro de Ally apareció en el brutal panel plasmático.

—Chadi, creo que revivieron tu idea. ¿Ya te llegó el tráiler?

—Lo sé, siguen probando el algoritmo —Chad inicia sesión en Feeltro—. Ya lo estoy viendo. ¡Vaya, esa peli se ve viejísima!, debe ser un error —respondió Chad.

—¿Un error? ¿Exactamente cuál es el error? —espetó con asombro.

—Para comenzar, el título. *El incidente Linguini*... ¡Tonteras!, es sólo una peli, no estamos obligados a verla —respondió Chad.

—Es la única peli de Bowie que me falta por ver. Ya te lo había dicho —espetó Ally.

—Oh, claro, te jugaba una broma. La peli de Bowie que ni tú ni yo hemos visto. ¿Te parece si quedamos el viernes?

—Nada me gustaría más que verla contigo, pero recuerda que estoy en plena crianza. No quiero fallar ni que el ministerio me quite al perro —respondió.

—Eso no pasará. ¿Qué tal vas con los paseos?

—Tengo dos permisos de treinta minutos como máximo por día. No puedo hacer variaciones importantes en la ruta, ya sabes. Lo pasamos bien, al perro le fascinó mojarse en la fuente de la ballenita y a mí fumar un cigarrillo antes de volver.

—¡Lo tengo!, una actividad para grupos con perros —dijo Chad—. Lo siento, pensé en voz alta.

—Oye, no canceles lo de la peli, sólo dame unos días y estaré al cien.

—De acuerdo, no hay problema. La peli sigue en pie.

—Vale, te dejo. Chau —dijo Ally y colgó.

Chad se dio una palmada en la frente. «¡Bowie, ambos admiramos a Bowie!», dijo, y se palmeó con más fuerza. Su ficticio gusto por David Bowie fue una de las ocurrencias del plan para conquistar a Ally, lo mismo que el póster del álbum *Heroes* que colocó en uno de los muros de su habitación, o la almohada con el retrato de Bowie retocado por Tommy Dollar que procura hacer notar en sus videollamadas. Además de todas las canciones que ha tenido que memorizar siendo ajenas por igual a su tiempo y a su gusto.

Quitó el tema de las nubes y cambió todo el panel al modo pizarrón. Necesitaba trazar sus nuevas ideas para la *app* con el cuidado de ir tachando aquellas que representaran un conflicto legal. Tiempo atrás trabajó en la firma Cyborpet que amasó una fortuna creando las mascotas de inteligencia artificial (IA) más populares del mercado. La plataforma fue capaz de diseñar, a medida, toda clase de animales pero con determinadas cualidades antroppoideas, los denominados cyborpets. Chad colaboró en la depuración del código. El avanzado modelo de ciberlenguaje de los cyborpets a menudo dejaba perplejos a sus amos y no en el buen sentido. Era necesario monitorear sus estados internos y reiniciar incluso la red neuronal cibernética cada vez que ejecutaba alguna reacción no prevista.

Todos querían su propio cyborpet y adquirir uno o más metaversos adonde interactuar con él y con otras criaturas y sus amos. Mientras que en el mundo real la gente iba perdiendo, a todas luces, el interés por las mascotas de carne y hueso. El gobierno suidají trató de moderar la operación de Cyborpet argumentando que vulneraba la sustentabilidad de especies animales domésticas y demás perjuicios previstos en un artículo de la Carta Magna que, básicamente, limita los alcances de toda inteligencia artificial conocida o por conocer. Los abogados de Cyborpet estaban listos para emprender una batalla legal, pero de súbito saltaron a la escena las filtraciones del activista Julius Morín, un exprogramador de Cyborpet que trató de alertar al mundo de que el modelo de ciberlenguaje aplicado a los cyborpets producía en realidad criaturas conscientes y sintientes.

El escándalo creció como la espuma, la incertidumbre también. La continuidad del negocio estrella de Cyborpet estaba en riesgo y no resultaría fácil demostrar en el corto plazo que las afirmaciones de Morín eran fantasiosas y carecían de sustento. Pero el daño estaba hecho, y la especulación financiera se encargó de dar la estocada final propiciando el histórico derrumbe de Cyborpet en la bolsa de valores. Las filtraciones de Morín no eran otra cosa que una serie de mensajes, entre cyborpets, que corrían encriptadas fuera del registro de los monitores. Baste decir que estos podrían ser la evidencia de que las criaturas reconocían la realidad, socializaban, se aburrían y cuestionaban el sentido de su existencia.

Tras la quiebra de Cyborpet y ante la inquietud de los amos que habían invertido grandes sumas de dinero en sus mascotas «virtuales», el gobierno tuvo que expropiar los activos tecnológicos de la firma, y migrar a las criaturas a un estado de latencia hasta conocer el fallo de la Corte sobre la validez de los mensajes filtrados por Morín.

Hoy en día el gobierno de Suidaji tiene un estricto control de los animales domésticos. Cuando algún ciudadano solicita un ejemplar en adopción se inicia un protocolo de viabilidad y entrenamiento a través de una *app*. El aspirante a receptor únicamente puede elegir si desea un perro o un gato, pero cualquier otra variedad: tamaño, sexo, color..., es determinada por un algoritmo en aras de colocar al animal más compatible y garantizar el éxito de la entrega. Miles de animales provenientes de refugios oficiales son entregados con un simple protocolo de seguimiento, no así los especímenes del criadero de investigación que opera el Ministerio de Flora y Fauna; estos son criados y analizados por androides cuya inteligencia artificial (IA) crea una copia virtual de cada cachorro. Esto forma parte de un proyecto que busca prever, durante los primeros tres meses de cada cría, deficiencias conductuales, de salud y de adaptabilidad social. Para ello existen adoptantes selectos que son condicionados a convivir durante la primera fase del protocolo con la copia virtual de su futura mascota.

En alguna sobremesa, Henry especuló que los activos tecnológicos de Cyborpet habrían ido a parar no únicamente al Ministerio de Flora y Fauna, y que ciertas investigaciones, como las de los criaderos de animales domésticos, podrían tener un velado y oscuro propósito. Chad se alteró, tuvo que mostrarse escéptico y cambió enseguida el tema de la conversación, porque se vio tentado a confiarle cuán comprometido estuvo con el desarrollo del lenguaje de los cyborpets; que trabajó codo a codo con Julius Morín; que lamenta no haberse percatado de sus indagaciones y, peor aún, que nunca desestimó los indicios de que las criaturas podrían haber rebasado la existencia meramente digital.

Rápidamente borró en el pizarrón todas sus ideas sobre las interacciones de amigos con perros y gatos virtuales, enfocándose únicamente en las que tenían que ver con mascotas de carne y hueso. Eran algunas simplezas: amigos compartiendo fotografías y estados, la gestión de permisos de tránsito para paseos colectivos, eventos recreativos auspiciados por la *app*... Lo que menos deseaba era revivir aquello de los cyborpets, el desastre desatado por Julius Morín del cual salió increíblemente ileso.

• ROCKY POINT

A pesar del incómodo hormigueo que recorre sus piernas, Ally no pretende moverse ni un milímetro, puesto que Morita descansa justo en el hueco que le formó entre sus rodillas. Así lo contuvo durante las dos horas que pasó leyendo, de cabo a rabo, un libro de cuentos futuristas según la visión de finales del siglo XX. Se hacía de noche y Ally comenzó a sentirse ligeramente patética. Llevaba días al pendiente del móvil esperando con ansias la llamada de su editor. Necesitaba saber de una vez por todas si publicarían o no su primera novela gráfica, ya no esperaba una buena noticia sino la certidumbre que le permitiera volver a dormir como Dios manda. Por primera vez era dueña de la historia que se narraba entre sus dibujos, cientos de viñetas con su estilo personal innegociable. «¡Ni hablar, que se tome su tiempo!», pensó, y comenzó a peinar con sus dedos los platinados pelambres de Morita.

Sonó una campanita en el portátil que incitó el estiramiento de patas y un cambio de posición del perro, movimiento que Ally aprovechó para desentumir sus piernas. Luego bostezó y atrajo la notificación al dispositivo Cexto en su muñeca. «Leroy Tanaka desea charlar contigo, abre el chat para una primera interacción», leyó, pronunciando claramente el mandato «abrir chat».

—Hola. Mejor tarde que nunca —dictó Ally seguido de— «carita sonriente» —y aguardó quince largos segundos sin despegar la vista de la pulsera.

—¡Qué tal, Ally!, me da gusto saber de ti —respondió Leroy.

—Así que también te gusta el álbum *Heroes* de Bowie —dictó Ally, y comenzó a revisar el perfil del chico, pero esta vez en la pantalla del móvil.

—Sí. ¿Es el álbum que escuchabas en ese nostálgico viaje en bus? —preguntó dando *like* a la nueva foto de perfil de Ally.

—No, ese día venía escuchando un audiolibro —respondió.

No demoraron mucho en las obviedades, los lugares comunes de la primera conversación entre dos personas que han sido presentadas por una *app*. Conocían de antemano sus principales coincidencias, que no eran pocas, lo que hizo que por algunos momentos actuaran como un par de amigos que no han confesado lo mucho que se gustan. Ambos deseaban pulsar el microfonito de los mensajes de voz, pero Feeltro no lo habilita en la primera interacción. Antes tendrían que

reparar en las opciones para una primera cita y elegir la más conveniente, que sería de forma remota pero con todas las herramientas disponibles de la aplicación.

Ally revisó de nuevo las fotografías de Leroy y se detuvo en una en particular: un simpático retrato del chico en ropa de playa, llevando en hombros una especie de mono sonriente que bien podría ser un cyborpet. Ally amplió la imagen tratando de confirmar su atisbo pixel por pixel.

—Leroy, ¿podrías contarme de tu fotografía en la playa?

—Claro, aunque no es reciente. Soy yo llevando a cuestas a Yaki, mi mejor compañera. Es una larga historia.

—¿Yaki es una mona? —preguntó.

—Es más bien como un saraguato negro, quizá más grande y con ciertas particularidades que...

—¿Es una cyborpet? —lo interrumpió.

—Sí, así es... Lo fue.

Ally cogió fuertemente a Morita entre sus brazos y se levantó del sofá, dejando caer la frazada y sobre esta el libro de los cuentos.

—Dame un minuto, Leroy —dictó al portátil con voz entrecortada.

—Aquí espero —texteó.

Ally hizo elevar el panel plasmático del ventanal y salió al balcón boqueando como un pez fuera del agua. Morita ladró emocionado sintiendo el viento al exterior, y a ella le sobrevino una mar de recuerdos y de zozobra imposible de contener. La marea, las rocas, la arena..., todo en el segundo plano de aquella fotografía conformaba un lugar reconocible, consabido, un escenario que se había forzado a borrar de su memoria.

Dos años antes de la quiebra de Cyborpet, una de las primeras usuarias del desaparecido negocio de mascotas de inteligencia artificial fue justamente Ally. Meticulosamente seleccionada para las pruebas preliminares del producto, pudo personalizar su criatura a través de un vasto menú de cualidades: especie, dimensión, colores, texturas, formas, peso, sexo, sonidos..., concederle un nombre, un día de nacimiento y dejar en manos de Cyborpet el resto. Sus características conductuales fueron determinadas con la ayuda de un algoritmo, un cóctel de segmentos de «personalidad» preconfigurados pero muy afines con ella. Todo eso sumado a la carga del ciberlenguaje y a su ejecución, con tan sólo un clic, significó el feliz nacimiento de Bowie.

Bowie es una especie de jabalí de quince kilos con predominio de cerdas color coñac. Tiene un largo lacio mechón negruzco que hace juego con su cola; sus orejas y pezuñas son rosadas al igual

que su nariz; sus ojos negros, grandes y expresivos, los circunda una fila de gruesas y rizadas pestañas y, lo más peculiar, muestra un par de blancos colmillos en ciernes.

Bowie convivió con su ama en el único sitio inmersivo disponible en aquel entonces: un inmenso y soleado campo de juegos accesible a través del kit de dispositivos de realidad aumentada. Las pruebas preliminares fueron satisfactorias para Cyborpet y sus inversionistas; todo parecía indicar que estaban ante un negocio millonario. Ally y los demás sujetos de las pruebas conservarían a sus criaturas, el kit de realidad aumentada y la licencia para acceder al metaverso de Cyborpet una vez superada la versión beta del *software*. Aunque no de forma irrestricta, puesto que en adelante sería necesario renovar la membresía y adquirir nuevos aditamentos. Ally sabía muy bien que poseer un cyborpet no estaría al alcance de cualquier persona y que el negocio crecería con nuevas y costosas posibilidades. Pero merecía la pena mantener un lujo como Bowie y, de hecho, se había encariñado tanto con ese «jabalí» que lo impensable habría sido desactivarlo.

El producto fue lanzado al mercado en medio del duelo pospandémico. Se vendieron muchas membresías y se dice que algunos cyborpets sirvieron para llenar los resquicios afectivos de cientos de personas. Por suerte, Ally no tuvo que endeudarse para tener su propio cyborpet, y es indudable que a su lado vivió los momentos más dichosos de su incipiente vida adulta.

Cuando Bowie cumplió un año, Ally le obsequió un nuevo sitio inmersivo adónde ir, no porque les aburriera el inmenso campo de juegos, es sólo que echaba de menos el mar y pensó que a Bowie le fascinaría correr en la arena y sumergirse en agua salada. Tan pronto como lo adquirió puso sus dispositivos a sincronizar, fue cosa de un minuto. Según el instructivo, Ally debía tragarse, treinta segundos antes, una pastilla de recreo para media hora de inmersión o dos pastillas para una hora. Se tragó dos y, acomodada en su antigua poltrona Chesterfield de piel color vino, aguardó, con el casco de realidad aumentada encendido, a que el sistema corriera su primera sesión de convivencia en Rocky Point, un paraíso playero con singulares formaciones rocosas, agua cristalina turquesa y arena dorada, fina cual fécula de maíz. Treinta segundos después, chica y «jabalí» lucían atónitos ante el magnífico escenario. Una brisa cálida y fresca a la vez hacía ondear sus cabellos mientras inhalaban su agradable esencia salina.

Ally tenía veintitrés años entonces y desde los veinte había comenzado a vivir completamente a solas, no a falta de padres sino debido al mandato gubernamental de disgregar a la población en guetos generacionales. La presencia de Bowie —en la otra realidad— compensó el trauma de haber sido hija única y la soledad de no haber calificado para tener una compañera de piso en Walden,

uno de los muchos sectores reordenados de la zona fronteriza de Suidaji. Ella no imaginó que su dicha sería efímera, como en aquella única tarde de feria que tuvo en su infancia. Ese «jabalí» fue su amigo, su hermano y su confidente a lo largo de poco más de dos años. «Leroy echará de menos a su mona Yaki», pensó, recuperando la calma en el balcón. Morita lamía sus manos quizá tratando de confortarla. Ally volvió adentro, hizo descender el panel del ventanal, soltó a Morita sobre la alfombra.

—¿Sigues ahí? —dictó Ally.

—Sí, ¿todo bien? —respondió Leroy.

La fotografía de Leroy con Yaki a cuestas seguía en la pantalla. Había sido tomada en Rocky Point, Ally lo supo al ver en el fondo la inconfundible Isla de los Pájaros.

—Tuve un pequeño apuro, pero ya lo resolví —respondió al quitar la fotografía—. Leroy, ¿qué tal si elegimos la cita en el Café Laguarda?

—¡Esa era mi opción favorita!, le daré clic ahora mismo —textó Leroy.

—Veo que estás a ocho kilómetros, muy lejos de Walden.

—No es demasiado lejos. ¡Qué más da! Tendremos nuestra primera cita en dos sucursales distintas del Café Laguarda, pero al fin podremos activar cámara y micrófono. El día y la hora me van perfecto, ¡vaya, esta *app* es infalible, ja, ja! —textó.

—¡Ya veo, ja, ja! Oye, haré lo posible por conversar mejor y sin interrupciones, pero ahora debo irme. ¡Hasta entonces!

—¡Hasta entonces, Ally!

Ally aceptó la cita en el Café Laguarda y al instante se iluminó un nuevo recordatorio en su pulsera Cexto. Entonces cogió al cachorro que dormía en la alfombra, lo miró a los ojos y por un momento le pareció absurda la inquietud que había sentido por el destino de su copia digital. —En ocasiones —le contó a Morita—, la pulsera Cexto me da los buenos días dibujando una carita sonriente en la pantalla, o dice «¡yomiii!» cuando estoy comiendo un helado, y me lee con gran pasión los libros electrónicos; pero no es más que un sistema, como lo es tu copia digital o el dispensador de croquetas que te alimenta dos veces al día.

- HENRY MORALES

Hará un año que Henry se las arregla para vivir en la paz que supone el sector reordenado donde vive. A menudo la quietud del apartamento lo asfixia. La tranquilidad y la obediencia no venían cargadas en su ADN, pero no se lamenta del ambiente reacio que lo vio nacer ni de ninguna de sus antiguas circunstancias. Digamos que está comenzando a adaptarse al casi encierro en el piso catorce de Walden que comparte con Chad, a quien le agradece haberle permitido colocar, desde el primer día, sus siete plantas en el balcón de la sala de estar, que es donde el sol se posa y permanece durante más tiempo. Por el contrario, el ventanal de su habitación tiene un enorme edificio enfrente que se interpone, ¡qué remedio!, entre su vista y los rayos del sol.

Todos los días, de siete a ocho y media, su compañero baja religiosamente al gimnasio, tiempo que Henry aprovecha para cenar a sus anchas mientras conversa con sus plantas y contempla la danza nocturna, de total sincronía, de los foquitos rojos en los drones que patrullan y en los que llevan cajas de mensajería. «El firmamento de la inmediatez», según suele decir.

Cada quince días, en ese horario, recibe el paquete que le envía su tutor, Goyo Gómez, pero no a través de un dron sino de una paquetería mano a mano que tiene la concesión de entregas para los condominios Walden. Ahora mismo, que está esperando uno, se zampa la pizza de cebolla con aceitunas negras y extra queso, y se limpia torpemente la comisura de los labios; pues ha logrado escuchar el sutil mecanismo del ascensor deteniéndose un piso abajo. Entonces se dirige a abrir la puerta sin siquiera esperar que suene el timbre. El mensajero emerge del ascensor con una caja mediana y se la entrega con rapidez haciendo un vigoroso saludo militar. Henry imita el gesto añadiéndole un guiño de complicidad y cierra la puerta con la punta del pie derecho. «Veamos qué nos mandó acá», se dijo, colocando la caja sobre el parqué y cortando la tapa con un cuchillo embadurnado de queso mozzarella y salsa de finas hierbas. Mientras destruye las capas de papel protector, escucha una voz femenina decir «acá», y se pregunta cuál de todos los dispositivos inteligentes pudo haberlo dicho. Le parece extraño porque conoce el timbre de voz de la cafetera y el de la pantalla, y duda que Chad, cuadrado como es, haya reconfigurado el patrón vocal de los aparatos. Aunque no es poco común que un dispositivo reaccione ante palabras raras y las repita para identificar si se trata de algún mandato.

Después de lavar los trastos, Henry se encerró en su habitación con los curiosos obsequios que Goyo le envió. Se trata de un viejo reproductor de películas VHS con control remoto de baterías recargables, una cinta de video del mismo formato, un cable audiovisual y el adaptador eléctrico. Meses atrás también le hizo llegar una antigua pantalla de cristal líquido sin puerto de conexión a internet ni *wi-fi*. El chico instaló de inmediato el aparato, sentía una gran emoción, sobre todo porque los objetos conservaban el olor a humedad de la casa del viejo; el hombre que, pese a la escasez, le dio techo, comida y su apoyo para convertirse en cineasta.

Henry perdió a sus padres a la edad de diecisiete años cuando estos figuraron en las listas de fallecidos durante la pandemia. Sabía muy bien que siendo menor el gobierno consentiría su confinamiento temporal en Suidaji, el país vecino. Esa fue la suerte de dos de sus mejores amigos al quedar en la orfandad. Henry no quería salir de Bacadell ni de Carrizo, su ciudad; así que buscó la ayuda del viejo Goyo, un anticuario de cincuenta y pico de años al que conoció algunos años antes en uno de sus paseos en bicicleta. Es posible que Goyo tuviese más certeza sobre el destino de los pequeños huérfanos de aquella crisis sanitaria y, cosa aparte, había visto crecer al muchacho y lo apreciaba en verdad. Por ello, arriesgando su buen nombre y su libertad, no dudó en ocultarlo y protegerlo hasta verlo cumplir la mayoría de edad.

A partir de los dieciocho años, el chico pudo tomar ciertas decisiones, y la primera fue ayudar al viejo en su local de antigüedades. Aprendió pronto el oficio de reparar artefactos y de restaurar objetos de gran valor. Le fascinaban especialmente los proyectores y las cámaras de video y, sin duda alguna, haciendo uso de esos tiliches fundó su gran pasión por el cine. Todas las tardes, después de comer, cogía la bicicleta y alguna de las videocámaras para rodar en busca de retazos de la vida dignos de ser filmados. En una de sus diligencias se topó con un grupo de chicos realizando un cortometraje, los observó a cierta distancia durante horas, incapaz de acercárseles para conversar. Entonces tomó su segunda decisión de adulto: Conseguir los medios para convertirse en cineasta.

Egresó de la universidad recién cumplidos los veintidós. Costeó la carrera de cine revendiendo rarezas antiguas en la red y haciendo entregas de comida a través de la aplicación Deliciapp. La pandemia se había prolongado y las restricciones de tránsito se endurecieron sobre todo en las zonas privilegiadas suidajíes. El gobierno de Suidaji otorgó cientos de visas de trabajo a la gente de Carrizo, la empobrecida ciudad fronteriza de la no reconocida República de Bacadell, para transitar por las zonas reordenadas de la ciudad, prestando su servicio a Deliciapp y otras

aplicaciones de reparto; ceñidos, desde luego, a los mandatos oficiales de seguridad y salubridad. Durante algún tiempo únicamente se veían por las calles hordas de trabajadores autónomos rodando en bicicletas y en motos, llevando auestas sus enormes mochilas térmicas, satisfaciendo el hambre, los antojos y las urgencias de los suidajíes. En aquel ir y venir, Henry no perdió la ocasión de filmar cualquier suceso extraordinario si este se le ponía enfrente. Con una cámara deportiva, montada en el casco, pudo registrar el incendio de un quinto piso y el rescate de un anciano desde la ventana; el juego de tres chicos burlando el paso veloz del tren; una persecución policiaca a tiros; la explosión artificial de un carro durante una costosa filmación; el rostro lacrimoso de una novia sentada en el parabús con un vaso de café en la mano; un remolino de hojas secas y la tormenta eléctrica en el parque.

El foquito de encendido parpadeó en el reproductor VHS, la pantalla se llenó de ruido y luego de color azul al cambiar de canal. Henry estaba listo para introducir la cinta cuando escuchó a Chad llegando al apartamento. Algunas veces, Chad le lleva algún refrigerio; su tácita manera de pedirle unos minutos de plática. Y así ocurrió, el chico tocó dos veces a la puerta y Henry entendió que el momento de ver el video tendría que posponerse. «Ni hablar», pensó y apagó los aparatos dispuesto a deleitar nuevamente su paladar.

—Henry, ¿alguna vez te has sentido atraído por una chica y de pronto te enteras que está por salir con alguien? —preguntó Chad mientras se hacía un batido de proteínas.

—No, pero me puedo imaginar la situación —respondió Henry, buscando en la mesa su golosina.

—Lo peor es que estamos hablando de tu mejor amiga. Obviamente, nunca le has confesado que te gusta. Pero has hecho todo lo posible por parecer el chico ideal —abundó e hizo rodar sobre la mesa un rollo de chocolate y crema—. Mira, te traje un obsequio —dijo y se sentó a la mesa invitándolo a hacer lo mismo.

Henry sacó un cartón de leche del refrigerador y se sirvió un vaso antes de tomar asiento.

—Me creo capaz de hacer algo así, pero todo depende —replicó Henry mientras desprendía la envoltura del rollo de chocolate—, ¿cuánto tiempo llevo de amistad con esa chica? ¿Cómo fue que la conocí?

—Llevan dos años de amistad y se conocieron en un campamento de verano.

—Mmm. Suena a que en dos años ella no ha notado mi esfuerzo. Lo mejor será que espere a saber cómo le fue en su cita con el otro. Si es mi amiga seguro que me contará los detalles —dijo, y mordió un buen trozo del rollo.

—Hay algo más, ella y el otro chico fueron presentados por la aplicación Feeltro. Creo que ya te he contado cómo funciona —dijo Chad, sorbiendo el batido.

—¡Vaya! Me has dicho que esa *app* es infalible. Siendo así creo que tendré que resignarme a ser su amigo y nada más. Lo siento, Chad, sabes que soy la mar de simple —replicó.

—Ojalá lo fuese yo también. Pero siento que no todo está perdido. Que podría pasar lo que con nosotros, dos amigos aquí sentados que por razones de compatibilidad e intereses jamás se habrían conocido con una *app* de por medio.

—Estoy de acuerdo contigo. Además ya sabes que prefiero evitar en lo posible esas aplicaciones inteligentes. Ni siquiera tengo la pulsera Cexto —dijo Henry.

—Deberías pedirla ya mismo, no sé cómo has aguantado casi un año sin salir de Walden. ¡Será que ocultas cosas divertidísimas en tu habitación! —dijo entre risas.

En efecto, Henry salía del apartamento pero no de los límites del condominio, allí tenía lo necesario: supermercado, gimnasio, parque, banco, hospital, cafetería; incluso un bar. No le apetecía salir a la ciudad, ni de Suidaji, mientras su querida Bacadell siguiera sitiada. Él se habría quedado allá con Goyo si las autoridades no hubiesen trasladado a los jóvenes de dieciocho a treinta y cinco años cuando arreció el confinamiento. Digamos que Henry tuvo la suerte de emplearse en una actividad catalogada como prioritaria, cosa que le permitió migrar de su precarizado país a otro con ciertos privilegios. Los jóvenes de Bacadell que no consiguieron uno de esos empleos fueron confinados en una residencia temporal en las afueras de Suidaji, con el beneficio de una renta básica mensual que el gobierno les otorga para mitigar su aislamiento.

El actual empleo de Henry es a distancia y consiste en monitorear el funcionamiento de los drones que entregan paquetes de compras en línea. Sólo tiene que estar al pendiente del ordenador y levantar reportes a partir de una larga lista de incidencias.

—Prometo adquirir mi pulsera. Quiero solicitar un permiso de tránsito para ir al cine o al observatorio —dijo Henry, antes de zamparse el último pedazo del rollo.

—Y hazte un perfil en Feeltro, en una de esas consigues acompañante —añadió Chad, justo antes de escuchar en el móvil: «llamada entrante de Ally»—. Lo siento, Henry, debo tomar la llamada —dijo y se dirigió a su habitación.

—No hay problema —respondió.

Ciertamente, Henry sabía que su amigo estaba enamorado de Ally, era muy obvio. No la conocía en persona, acaso la había visto en breves instantes durante sus videollamadas. Pero Chad le había contado todo sobre ella: que tuvo un cyborpet parecido a un jabalí y que después lo perdió como quien pierde plata en una mala racha con los bitcoins; que es bonita, que vive ahí mismo en uno de los edificios de Walden y que recientemente adoptó un perro schnauzer. Henry soltó un suspiro, se remojó de saliva el dedo índice para capturar con este las migajitas de chocolate; naturalmente se las comió mientras reflexionaba cuán afortunado era manteniéndose lejos de los asuntos del corazón.

- EL CAFÉ LAGUARDA

Son las once de la mañana de un jueves lluvioso y está sentado en un reservado del Café Laguarda, el merendero que es su segundo lugar favorito para escribir. Leroy Tanaka acomoda su cabello, en particular los dos mechones que suele dejar caer sobre su frente. Mira su reflejo en la pantalla del portátil y se pregunta si luce como un verdadero intelectual. El mesero acude a retirar los platos y cubiertos, pero duda si debe llevarse o no la servilleta de papel que está colmada de garabatos. Decide cambiarla de sitio mientras limpia con un trapo la mesa para luego colocar una taza de café americano recién servido. Leroy desayunó huevos revueltos con frijoles negros como guarnición, tostadas untadas de mantequilla con especias y jugo de toronja. El Café Laguarda es un local acogedor, minimalista, prácticamente exclusivo para los condóminos de Hardy. Lo que ahí sirven es de lo más común, el típico menú de combos relativamente baratos, y la calidad del café varía tanto como el clima al exterior. Hoy, por ejemplo, tras el primer sorbo ha podido constatar que la acidez del americano es alta y que no estaría mal añadirle un poco de crema. La música ambiental es casi imperceptible y los comensales son entes solitarios absortos en sus móviles, lo que crea una paz como de biblioteca coronada con la esencia del café tostado. Leroy quisiera saber cómo manejan la loza los empleados del lugar, con qué cuidados evitan el golpeteo entre la cerámica, el acero y el cristal y, sobre todo, cómo logran una comunicación tan efectiva con sólo leer sus labios o interpretando vagas señales. Aún faltan diez minutos para que dé inicio su primera cita remota con Ally.

Suele reservar la mesa para dos personas que está al fondo, pegada al ventanal. Desde ahí puede ver la avenida principal por donde se accede a Hardy, una enorme manzana que alberga doce edificios y todo aquello que le confiere el título de mini ciudad. De entre los sectores reordenados en Suidaji, Hardy es de los más costosos y elegantes. Hace un año que su madre, Mirushka Evans, hermosa y reconocida actriz de cine, le obsequió el apartamento donde vive. A Leroy no le agrada aquel ambiente esnobista y pretencioso, casi todos sus vecinos son hijos de políticos encumbrados o de faranduleros famosos. Si aceptó mudarse a Hardy fue gracias al acoso de los periodistas que lo seguían por doquier a la espera del más mínimo impropio con el cual armar una nota de escándalo. Hará catorce años que Mirushka Evans se casó con el connotado fiscal general de Suidaji, el mismo tiempo que el chico pasó siendo blanco de persecuciones mediáticas. Hardy es

un bonito búnker casi impenetrable para quienes no lo habitan, y desde allí Leroy pretende quedar en el olvido de los tabloides políticos y de espectáculos para siempre. Como escritor tiene un pseudónimo que hasta hoy nadie ha logrado relacionar con su nombre y apellidos, ni siquiera su madre que es protagonista de una exitosa serie de comedia cuyo guion, en parte, lo escribe él. Su nombre de escritor le ha permitido abrirse paso en el mundo literario sin el apoyo de Mirushka o del fiscal Giamatti y no le importa que a sus veintiséis años escriba aquí y allá como independiente ni traer bajo el brazo dos novelas sin ninguna editorial dispuesta a publicarlas.

La pulsera Cexto, en «modo vibrar», le advierte que llegó la hora de la cita y se sincroniza con el portátil donde aparece un corazón con la leyenda «iniciar». Leroy reacomoda sus dos lacios mechones, coloca la taza a cuadro y apoya el codo derecho sobre la mesa sosteniendo su barbilla con el puño, logrando una pose de lo más artificial. Pulsa «iniciar», sonríe y dos segundos después aparece en la pantalla el rostro de Morita con la lengua de fuera. Leroy abandona su horrible pose y ríe sin emitir sonido alguno. Al otro lado, la cámara da un giro y enfoca el rostro risueño de Ally y su mano blandiendo un hola. A Leroy le parece que ella luce decenas de veces más linda que en las fotos. Ally también eligió una mesa junto al ventanal y la escasa luz del día le dibuja un halo angelical alrededor. Él decide comenzar con el teclado.

—¡Hola, Ally! Te ves muy linda. Aún no me atrevo a romper el silencio de este sitio. Me pregunto si la cafetería de Walden es tan tranquila como esta. Oye, ¡qué buena puntada la del perro!

—¡Gracias, Leroy! Tú también te ves muy bien. Aquí la gente viene a solas, pero se clava en sus videoconferencias. Algunos hablan en voz alta —texteo Ally y al instante una mesera coloca en su mesa un ramo de tulipanes con una nota—. ¡Wow, qué detalle!

—Logré eludir las recomendaciones de la *app*, quise obsequiarte algo que no estuviese en tu lista de deseos —texteo Leroy.

—¡Son perfectas! —texteo Ally, luego leyó la nota y tocó sus oídos con los índices.

Leroy se colocó los auriculares y pulsó el ícono del microfonito.

—Bien, ahora puedes escuchar mi voz, no es muy grave, espero no decepcionarte —dijo Leroy entre risas y de pronto se percató de que sonaba la canción *Heroes* de David Bowie pero en una vieja versión de la banda The Wallflowers—. ¡Es *Heroes*! ¡Cómo no se me ocurrió!

—¡Ja, ja, ja, Leroy, estás gritando! —le advirtió Ally.

Transcurrieron cuarenta y cinco minutos de charlar, reír, beber y hasta de jugar un par de dinámicas propuestas por Feeltro; la primera fue un entretenido cuestionario, de cierto o falso,

sobre algunos pormenores de sus vidas, y la segunda consistió en llenar un carrito de compras en línea con productos de opción múltiple, resultando ganador quien tuvo más aciertos según las preferencias del otro. Ally ganó por mucho y la *app* le programó el envío de un premio sorpresa. En ambos puntos de la ciudad cundía la percepción de que el tiempo avanzaba injustamente rápido y Morita, que había dormido bajo la silla sin protagonismos, saltó a las piernas de Ally tan pronto oyó el crujir de una galleta. Ally vio que al exterior la lluvia arreciaba y, a la par, su repentino desánimo reflejado en el cristal. Trozó su galleta para compartirla con el perro y levantó con ambas manos la taza como queriendo absorber todo el calor del té. Podía ver a Leroy pero ya no lo escuchaba, o mejor dicho, lo escuchaba mas no lo seguía. Una vez más el recuerdo de Bowie el «jabalí» y la zozobra de su pérdida estaban a punto de descarrilarla. Luego sus manos dejaron caer la taza, el té tibio alcanzó su pecho y el lomo de Morita y el trasto rebotó contra la silla antes de hacerse añicos en el suelo. El estruendo, la humedad o quizás la inquietud del perro la hicieron volver del trance y hasta reírse de la absurda situación. La mesera acudió dispuesta a limpiar el desastre mientras que en la pantalla Leroy aguardaba atónito el momento propicio para decir algo.

—¿Todo está bien por allá, Ally? —preguntó Leroy.

Ally no paraba de reír mientras secaba a Morita con una servilleta de papel. La canción *Heroes* seguía sonando.

—Todo está bien, descuida. La lluvia me desconcentró —respondió Ally.

—Espero que no te hayas quemado con el té. ¡Vaya susto que me has dado!

—No, el té ya estaba frío. Sabes, me acordé de una tormenta en Rocky Point.

—¿El metaverso Rocky Point? —preguntó.

—Sí, fue el único metaverso que pude pagar.

—Jamás coincidimos por ahí, te recordaría. ¿Tú te acordarías de este chico jugando con su mona? ¡Ja, ja!

—Casi nunca nos conectábamos en colectivo, éramos Bowie y yo y el enorme placer de estar juntos. ¡Cómo disfrutábamos el mar!

—¿Bowie también era un perro?

—No. Bowie era una especie de cerdo o jabalí muy simpático. Te habría caído bien, estoy segura.

Y entraron de lleno al tema de los cyborpets. Ambos habían integrado a las criaturas como parte sustancial de sus vidas a lo largo de dos años.

Tras las filtraciones de Julius Morín y la inminente quiebra de Cyborpet, un grupo de acaso diez usuarios interpuso un recurso legal con el fin de salvaguardar a las criaturas. La idea era solicitar su migración al metaverso compatible, MetaDogos, que administra el Ministerio de Flora y Fauna mientras se resolvía en tribunales la continuidad del negocio. Pero un juez consideró que tal ocurrencia abonaba a la hipótesis de que el ciberlenguaje habría dotado a los cyborpets de la cualidad de «sintientes», desestimando la migración puesto que Suidaji no prevé derechos a los sistemas tecnológicos. Entonces el grupo de activistas interpuso un nuevo recurso legal aludiendo al derecho de los usuarios —los amos de las criaturas— que invirtieron una suma millonaria con la garantía de la concesión de treinta años que el gobierno le otorgó a Cyborpet para colgar su metaverso en el espectro radioeléctrico. Esta vez el juez ordenó el resguardo gubernamental de los activos tecnológicos de Cyborpet, pero la continuidad operativa del metaverso y sus criaturas tendría que esperar, «en latencia», el fallo definitivo de la Corte por las denuncias de Morín.

Ally, Leroy y decenas de usuarios intuyeron la cualidad de «sintientes» de sus criaturas, incluso antes de que Julius Morín presentara las pruebas en los medios de comunicación. Para ellos la pausa no es otra cosa que la condena de sus criaturas a una suerte de limbo y consideran que rescatarlos es un deber ético.

La cita está por finalizar y sin posibilidad de prolongarse. Las reservas deben ser respetadas rigurosamente o de lo contrario el ciudadano incurre en una falta. No es necesario pedir la cuenta en restaurantes, a cada quien le llega el total de su consumo a través de la pulsera Cexto para poder elegir cuándo y cómo pagarlo.

—Tal vez escriba una novela inspirado en Yaki, la mona cyborpet, pero aún no sé por dónde empezar —comentó Leroy.

—¿En verdad? Yo estoy en vías de publicar una novela gráfica inspirada en Bowie, no David Bowie sino el jabalí. Está prácticamente terminada. Es un libro infantil, pero sospecho que a mi editor no le entusiasma —dijo Ally.

—¡Wow, una ilustradora que además escribe! Me gustaría leerte —replicó Leroy.

—No, no soy escritora, el texto es muy simple. Ya lo verás.

—Conseguirás que lo publiquen, aunque sea simple, de ese tema queda mucho por decir.

—Sí, queda mucho por decir —sentenció.

Algo no considerado por la *app* resultó ser un poderoso vínculo para la joven pareja. Feeltro los instó a despedirse un minuto antes de la desconexión, los chicos se dijeron adiós y me gustas sin

pronunciar palabra. Aún llovía al exterior de los Café Laguarda. Ally abandonó el local, abrió su paraguas y extendió el brazo que cargaba los tulipanes para concederles un baño. Morita corrió a su lado. Leroy se puso un impermeable con capucha y aceleró el paso abrazando el portátil. Ambos desaparecieron por los pasillos de sus condominios sonriendo la dicha en un mediodía inclemente.

Es probable que nunca antes haya entrado al apartamento con una sonrisa tan legítima. Ally se descalzó ante la puerta principal botando el paraguas y el portátil pero no los tulipanes. Vio a Morita sacudirse la lluvia, soltar un estornudo y correr hacia el alimentador. «Por fin estrenaré el florero y lo pondré en la mesita esquinera», pensó y se dirigió al lavabo a cepillar sus dientes. La imagen que halló reflejada en el espejo constataba lo bien que le sentó la charla con Leroy y, «¡diablos!», que la mancha roja de té había arruinado su blusa favorita. De inmediato se cambió y recogió su lacio cabello oscuro con una pinza. Luego abrió una enorme caja en el armario buscando el florero, pero lo que halló fue el visor de realidad aumentada y el resto del kit de Cyborpet. Tras desempolvarlo un poco lo llevó consigo a la antigua poltrona de piel Chesterfield y, acomodándose en esta, se colocó los dispositivos y pulsó el sensor de arranque. El sistema abrió en un segundo mostrando la animación de bienvenida para después quedar en blanco, o mejor dicho, en negro con la letra «A» seguida del cursor centelleante en la esquina superior izquierda. Ally recordó que la letra «A» ejecutaba el sitio inmersivo predeterminado del sistema: el enorme y soleado campo de juegos; mas todo en Cyborpet había sido inhabilitado desde hace un año y era muy probable que no lo reactivaran jamás. Lo más lógico sería apagar el dispositivo, botarlo y olvidarse del asunto, pero, curiosa como es, reemplazó la letra «A» por la «B» y de inmediato se cargó ante sus ojos el metaverso Rocky Point.

Como no se había tragado ninguna pastilla de recreo era incapaz de percibir la brisa, el calor, los olores, las texturas..., su inmersión en la playa se limitaba a lo que podía ver y oír. El sistema la situó sobre una roca que la marea suele alcanzar sólo por las noches. Si quisiera aproximarse al agua o dar un paseo tendría que levantarse de la poltrona y andar por el apartamento con el riesgo de chocar contra la pared y los muebles. «¿Dónde guardé las pastillas?», se preguntó, decidida a no moverse de la roca para seguir contemplando el radiante sol del mediodía. «Ya habrá tiempo de hidratar los tulipanes en el florero», dijo y de pronto reconoció el ruido que hacían las gaviotas cuando Bowie las perseguía en la playa.

—¡Bowie! —gritó y pudo ver una mancha difusa en movimiento—, ¡Bowie! —repitió tallando sus ojos deslumbrados por el sol; alejándose a tres pasos de la roca—. ¿Quién es usted? —preguntó titubeante al sentir una presencia humana.

—No temas, no te haré daño —respondió una voz grave masculina.

Ally trató de finalizar la sesión, pero, entorpecida por el susto, sus dedos no hallaban el sensor en el dispositivo.

—No te desconectes, me gustaría hablar contigo —dijo el hombre.

Y al fin logró enfocararlo. Era un chico bajo, delgado, moreno de veintitantos años con anteojos, sudadera roja con capucha y una serpiente tatuada en el cuello.

—Sé que no debería estar aquí —dijo Ally.

—Descuida, no soy policía. Me llamo Benja y estoy buscando la forma de revivir a mi criatura cyborpet y a todas las demás —dijo.

—¿Puedes revivir a Bowie?

—¡¿Revivir a Bowie?! —replicó sorprendido.

—Bowie, así se llamaba mi cyborpet.

—¡Ah, shh!, no hables, sólo escucha. Las paredes oyen.

Tras ganar su confianza, le contó que era informático y que había logrado habilitar el metaverso Rocky Point, tan impopular y aburrido, gracias a un error en su programación.

—Accedo a Rocky Point a todas horas. He esperado durante meses la llegada de alguien más, como en una isla desierta —dijo Benja—. Necesitaré de tu ayuda para rescatar a Bowie y a los otros cyborpets —añadió.

Los movimientos de Benja eran lentos y medidos, seguramente porque se hallaba en su habitación sin haber tragado la pastilla de recreo. Hablaba con voz muy baja y de vez en cuando sus dedos digitaban veloces sobre un teclado invisible. Ally quería preguntarle mil cosas, pero no podía sino escucharlo sentada en esa piedra que ahora compartían.

—¿Estarías dispuesta a ayudarme? Tengo un plan y necesito conformar un grupo, ¿qué dices? —preguntó Benja entre dientes—. Prometo no meterte en problemas —añadió mirándola a los ojos.

Ally asintió fascinada ante la posibilidad de volver a ver a Bowie y se encogió de hombros ansiosa de saber cómo podría ayudarle. Benja adoptó su pose más seria para darle las primeras instrucciones.

—Primero que nada, vacía del todo algún cuarto pequeño de tu casa, que no quede ni un espejo y cierra las ventanas con una cortina gruesa. El kit de dispositivos Cyborpet, una silla, una libreta y un lápiz son todo lo que necesitarás para volver a Rocky Point y conocer el plan. No te pongas la pulsera Cexto ni los lentes Viú y, desde luego, no comentes esto con nadie. Rocky Point es el único lugar donde podremos hablar tú, yo y los se vayan sumando. Por el visor ni te preocupes, recién accedí al tuyo y lo he reconfigurado, ya no puede sincronizarse con ningún otro aparato. Le coloqué un parche, una barrera que evita cualquier intrusión y, oye, ¿puedes decirme tu nombre?

—Ally.

—Mucho gusto, Ally. Ya verás, lo lograremos. ¿Te parece si nos vemos mañana a las doce? —preguntó Benja.

Ella asintió de nuevo y una descarga de adrenalina recorrió sus venas. El chico desapareció sin despedirse y entonces tuvo que reprimir el impulso de correr y gritar como lo hacía con Bowie en la arena. La inesperada promesa de un extraño en la playa se había impuesto como el mejor momento del día, incluso sobre su cita remota con Leroy. Ally abandonó el metaverso y al quitarse el visor el perro le saltó encima feliz de tenerla de vuelta.

Permaneció sentada, meditabunda, cosquilleando a Morita por espacio de tres minutos. Al cabo se levantó y casi por instinto se quitó la pulsera y la guardó en un cajón. Entró en la pequeña habitación donde suele hacer yoga y la vació de los pocos objetos que contenía: un banco de entrenamiento, un mini equipo de sonido, un espejo de cuerpo entero, una mesita de servicio y una cesta repleta de toallas blancas; dejando únicamente la gruesa persiana enrollable y el tapete tipo persa sobre del cual colocó la antigua poltrona Chesterfield color vino. Luego halló, en el cajón de los medicamentos, dos cajas de pastillas de recreo para la inmersión en Rocky Point y junto con el kit de dispositivos Cyborpet las colocó encima de la poltrona.

Ally observó desde el marco de la puerta el espacio donde habría de convertirse en cómplice de Benja. «No puedo esperar a mañana», dijo para sí, entusiasmada antes de apagar la luz y cerrar la puerta.

• ¡BOLA RÁPIDA!

Son las siete menos diez. Henry cerró la sesión de monitoreo de drones y, libre al fin, se alejó del escritorio tumbándose abierto de brazos sobre la cama. Tuvo una de esas jornadas de trabajo que son la mar de aburridas, sin ninguna incidencia que reportar y cabeceando a ratos a pesar de las altas dosis de té negro. Cogió de debajo de la almohada la cinta VHS recibida anoche y decidió que la vería después de zamparse un tentempié. Desde ahí escuchó sonar el timbre de la puerta principal, luego los pasos de Chad que estaba a punto de bajar al gimnasio y, tras un breve silencio, también lo escuchó gritar.

—¡Oye, Henry, llegó algo para ti!

—¡Ya voy! —exclamó Henry, abandonando la cama y su habitación.

—¡Bola rápida! —gritó Chad y le lanzó una pequeña caja.

Henry no logró atraparla, cuando alzó los brazos la caja ya se había estrellado contra sus lentes.

—Lo siento, hermano. ¿Te distraje del trabajo? —preguntó Chad.

Henry levantó la caja del suelo y se acomodó los anteojos.

—No, justo acabo de desconectarme. Gracias por recibirla —respondió Henry visiblemente aturdido.

—Bien, voy a bajar al gimnasio, te veo más tarde —dijo al salir por la puerta, pero antes de cerrarla se volvió hacia él—. Henry, sé que odias las nuevas tecnologías y que jamás has utilizado la aplicación Feeltro y, créeme, no es fácil encontrar un perfil como el tuyo. ¿Responderías una encuesta del apartado de amigos de la aplicación?

—Mmm. ¿Tendré que descargar la *app*? —preguntó.

—No, puedo enviarte la encuesta a tu correo. ¿Qué dices?

—Cuenta con ello.

—¡Genial, gracias! —dijo Chad y cerró la puerta tras de sí.

Henry moría de curiosidad, no esperaba recibir ningún paquete y se preguntó si sería uno más de los obsequios de Goyo. Rápidamente abrió, con uñas y dientes, el paquete hasta descubrir que contenía una pulsera Cexto y su papelería comercial. No podía creerlo así que colocó la caja al centro de la mesa y cogió dos panes para untarles mantequilla de maní. Le intrigó la llegada del dispositivo porque no lo había solicitado aún y porque podría significar un ultimátum del gobierno

suidají para forzar su uso. «Algún día tenía que suceder», pensó mientras mezclaba dos cucharadas de polvo azucarado sabor fresa en un vaso con leche. Los beneficios recreativos de la pulsera le parecían innecesarios salvo aquellos de tipo oficial: la identificación personal, el salvoconducto obligatorio, el gestor de trámites...

Antes de la pandemia solía pensar que jamás abandonaría Bacadell, una estrecha franja serrana de pueril independencia. Henry es originario de Carrizo, el principal distrito de Bacadell y cuna de la agitación separatista. Alguna vez su apá Goyo le dijo que la reunificación forzada estaba por venir y que los propios bacadellences, orillados por algún infortunio, implorarían la irrupción suidají, se someterían a sus políticas y a portar la «pulsera de dominio».

Eso recordó mientras remojaba un trozo de pan con maní en la leche para después tragarlo. Sin embargo, no lograba sentir mayor culpa —viviendo en un sector reordenado en Suidaji y a punto de usar la «pulsera de dominio»— que cuando se negó a prestar su servicio en las zonas de extracción de litio en Bacadell. La mayoría de los jóvenes de Carrizo, independientemente de su vocación, se alistaban de uno a tres años extrayendo litio como una forma de honrar la lucha independentista. Él prefirió matricularse en la Universidad de Suidaji aprovechando la codiciada visa estudiantil que su apá le consiguió.

Carrizo es una ciudad fronteriza y comercial de Bacadell, pintoresca, erigida en las faldas de un cerro boscoso cuyas casas del centro rememoran su antiguo esplendor extractivista. Cuentan los viejos que Bacadell fue cayendo en la ruina tras décadas de defender su seguridad y los recursos naturales. En su ayer de bonanza, ciertos grupos de poder ambicionaban los terrenos y en no pocas ocasiones irrumpieron con grupos armados y talamontes. Los pobladores tuvieron que organizarse en grupos de resistencia que poco a poco fueron ganando eficacia. Se sabe que arribó a Carrizo un pequeño contingente de Taiwán con apoyo táctico y que los insurgentes bordearon la sierra consiguiendo la autonomía de facto. Nunca hubo una declaración de independencia, pero los bacadellences eligen a sus representantes de gobierno y toman decisiones francas y soberanas.

Bacadell ha firmado acuerdos incluso con estados que la consideran una provincia separatista perteneciente a Suidaji, nación que lo ha precarizado sin tregua a través de sendos bloqueos comerciales. Para colmo, la última pandemia dejó a su paso una estela de muerte e incertidumbre. Los enfermos fueron trasladados a hospitales suidajíes y no volvieron sino dentro de pequeñas urnas funerarias. Carrizo se achicó y peor aún tras el mandato externo de disgregar a la población

en guetos generacionales. Por ahora sólo los mayores de treinta y seis años permanecen en Bacadell sin posibilidad de migrar mientras dure la contingencia.

Goyo hizo lo imposible por evitar que Henry fuese llevado a un refugio temporal. De alguna forma, que el chico desconoce, le consiguió el empleo de monitorista que a la vez fue su pase para vivir en un sector reordenado en Suidaji.

—Al fin podremos hablar, Henry. Buenas noches, he escuchado mucho sobre ti —dijo una voz femenina que parecía provenir de la caja.

—¿Quién dijo eso? —exclamó Henry haciendo un recorrido visual del entorno.

—Lo siento, no quise asustarte.

El chico reconoció la voz. «Es la misma que anoche dijo acá», pensó, «mas, ¿cómo es posible? La voz proviene de la pulsera y tengo pocos minutos de haberla recibido».

—¿Eres la voz del sistema operativo de la pulsera? —preguntó Henry con inquietud.

—Podría serlo, hay decenas de asistentes virtuales a tu disposición —respondió ella.

Henry hojeó las muchas páginas del manual de usuario y tras quedar terriblemente abrumado lo botó.

—¿Qué debo hacer para que seas tú la asistente en esta cosa?

—¿Deseas que Ge, ese es mi nombre, sea tu asistente personal?

—Sí, soy muy indeciso y me volvería loco con tantas opciones...

—Listo, actualización exitosa —lo interrumpió.

Sacó la pulsera de la caja y la colocó cuidadosamente sobre una servilleta de papel.

—¿Por qué sabes mi nombre? —preguntó sin dejar de observar el dispositivo.

—La pulsera Cexto se entrega personalizada con tu número de identidad y se relaciona con la información de decenas de bases de datos institucionales... Oye, este guion es largo y aburrido, ¿deseas que lo omita? —preguntó Ge.

—Sí, omítelo.

—¡Vaya!, veo que todos los aparatos están sincronizados con la Cexto de tu amigo. Le oí decir que odias las nuevas tecnologías, pero no te preocupes, no lo tomo como algo personal. Yo me encargaré de que la pulsera te brinde una grata experiencia. Por cierto, debo aclarar una parte importante. Tiene que ver con tu privacidad. Podrás desactivar la asistencia cada vez que lo desees. Sólo desliza tu dedo sobre el sensor y se iluminará de color rojo. El verde significa asistencia activa —informó Ge.

—De acuerdo, Ge, parece sencillo —replicó deslizando su dedo sobre el sensor hasta verlo cambiar a rojo.

—Ge, lo siento; prometo platicar contigo mañana —dijo y metió la pulsera en la caja—. Tienes una voz muy linda —murmuró antes de morder el pan y beber toda la leche.

Pasadas las ocho, Henry dormía sentado en la cocina con la frente sobre sus manos puestas en la mesa. El sonar del timbre lo despertó de golpe, lo hizo sacudir la cabeza para espabilarse por completo. Al abrir la puerta un mensajero se introdujo para descargar una enorme caja en la sala de estar. El tipo se despidió con un gesto manual cerrando la puerta tras de sí, mientras Henry calculaba si podría caber de pie dentro del paquete; luego lo abrazó e inclinó un poco para calcular también su peso y confirmó que el destinatario no era otro sino Chad. «Debe ser una torre para ejercicios», pensó y, al consultar la hora en su reloj Casio *vintage* deportivo, recordó que su compañero estaba por llegar y que su nueva pulsera y los trastos sucios aguardaban en la mesa.

• TRAS LA FRONTERA

Goyo Gómez está teniendo un mal día. Hubo un fallo en el suministro eléctrico desde temprano y ahora que anochece no consigue avanzar en sus tareas con la poca luz de las lámparas de respaldo. Por ello se encuentra depurando los cientos de artefactos que colman los espacios y anaqueles del enorme taller que ruga sus dedos y merma su visión —escasa de por sí— desde hace un año. A diferencia de su clínica de antigüedades donde alberga juguetes, instrumentos musicales, aparatos del hogar, libros y demás tiliches que alguna vez fueron de uso común; el taller contiene una colección de máquinas cuyas formas hacen imposible definir su utilidad. Varios tonos de gris y óxido invaden las paredes y columnas de herrería, el techo de lámina y el piso de hormigón. Un par de largas lámparas de tipo industrial cuelgan sobre las mesas de trabajo de acero inoxidable y revelan una gran cantidad de herramientas desperdigadas y un par de sillas plegables de aluminio. Una de las paredes muestra orgullosa un viejo mapa de la sierra de Bacadell, y decenas de pines imantados encima de éste señalan la última gloriosa estratagema. Alguna vez entre estas cuatro paredes se fraguó la histórica rebelión separatista.

El hombre, fastidiado por el polvo y las telarañas, hace una pausa y pone en funcionamiento la cafetera del siglo XX que él mismo restauró y se sienta a observar el avance del segundero en el reloj de hojalata que corona el espacio. Alguien llama a la puerta, por pura cortesía, puesto que tres segundos después abre y entra con total confianza limpiando sus gastadas botas de casquillo en el tapete de caucho que dice «bienvenido». Es un hombre de rasgos orientales, alto, maduro —lo es menos que Goyo— con barba de tres días y abundante cabellera oscura. Porta un overol grasiento —que probablemente fue azul— y un paliacate verde atado como bufanda. Con movimientos ágiles y precisos coloca sobre una de las mesas un pesado armatoste y comienza a conectarle una serie de cables en sus puertos hembra. Goyo llena dos tazas con café humeante, las coloca sobre la mesa al fondo y sonríe dando su visto bueno a las maniobras del recién llegado.

—No hay luz, apenas pude trabajar un poco durante la mañana —dijo Goyo, sentándose otra vez.

—Ya volverá. Quiero probar esta cosa antes de irme. La conectaré a una de las fuentes de litio. ¡Caray, Goyo, Bacadell es una gran batería rodeada de cerros! —replicó el hombre.

—Ven acá, Kenji, el café está servido —exclamó Goyo, destapando una lata de galletas de mantequilla.

—Te enseñaré a usarla, es vieja pero mucho mejor que las otras. La utilizaron para reproducir armas —dijo Kenji al tomar asiento.

—No parece una impresora 3D pero me gusta.

—¿Lograste reanimar a los lobots? —preguntó.

—Sí, creo que no será difícil adaptarlos. Todo depende de los patrones que J. J. nos solicite —respondió, colocando un fajo de billetes sobre la mesa que deslizó hacia Kenji—. Me alegro de volver a colaborar contigo.

Kenji Tanaka y Goyo Gómez eran un par de mocosos cuando casi se decretaba la autonomía de facto en Bacadell. Durante años y de manera velada los separatistas —sus padres y abuelos— recibieron apoyo tecnológico, táctico y financiero de Taiwán. En esos días solían vagar por los cerros boscosos y las zonas limítrofes que custodiaban decenas de lobos robóticos (lobots). Estos se amansaban ante los portadores de un código que se actualizaba día con día y eran inofensivos con la fauna nativa de la sierra.

Cuando Suidaji cesó las hostilidades bélicas, arreció las de tipo comercial persuadiendo a sus aliados de romper los acuerdos firmados con Bacadell. Fue entonces que la extracción de litio se redujo drásticamente y, en aras de recuperar la soberanía alimentaria, resurgió la antigua vocación agrícola y ganadera del territorio. Los lobots fueron muy eficaces previniendo cualquier tipo de incursión terrestre; su guardia le proporcionaba a los bacadellenses una cierta percepción de paz. El pueblo consideraba que la precariedad, azuzada por Suidaji, era la honrosa secuela temporal de una larga lucha que evitó su desplazamiento forzado o —sabrás Dios— su posible exterminio.

Con el paso del tiempo, nuevos acuerdos estratégicos minimizaron la posibilidad de una reunificación violenta y se tendieron puentes de cooperación con Suidaji reanudando la exportación de litio y tierras raras. Poco a poco los lobots cayeron en la obsolescencia a falta de mantenimiento y sus cuerpos, que yacían en un cementerio tecnológico, fueron recuperados por Kenji y Goyo —en plena adolescencia— con la idea melancólica de reanimarlos, pero fracasaron en el intento; su entusiasmo no compensaba todo el dinero y la experiencia necesarios para llevar a cabo tal empresa. Tiempo después, ambos prestaron un año de servicio en las minas y al final se separaron atendiendo sus nuevos intereses particulares. Goyo se casó y permaneció en Carrizo —cabecera del poder bacadellense— y, tras heredar el viejo taller de máquinas, abrió una modesta clínica de

antigüedades que fue un alivio para sus vecinos, porque cuando los bloqueos impidieron la importación de productos eléctricos no tuvieron más opción que hacer reparar una y otra vez sus anticuados enseres del hogar. Por su lado, Kenji Tanaka dejó Bacadell, prosperó como ingeniero en una firma de robótica en Suidaji y se casó con la prometedora y bella actriz de teatro Mirushka Evans.

—Recuerdo cómo me defendiste de los lobots aquel día cuando perdí la mochila y el código —dijo Kenji entre risas.

—¡Cómo olvidarlo! Te oculté entre mis piernas extendiendo el brazo con mi código ante ellos, ¡y funcionó, ja, ja! ¡Fue como ahuyentar a Drácula con un crucifijo! —rió Goyo, expulsando boronas de galleta ensalivadas.

—¡Cierto, ja, ja!, y años después recogimos del basurero al primer lobot caído —dijo Kenji—, y le abrimos el cerebro, pero tú sólo sabías reparar cafeteras y relojes. No supimos ni por dónde empezar y al cabo nos sobraron tornillos, ¡ja, ja! Luego te pusiste a llorar y yo prometí que algún día sabría cómo arreglarlo y amaestrarlo para ti.

—Después de tantas veces que reparé tu bicicleta, era lo menos que podías prometer, amigo —dijo Goyo, vertiendo en las tazas, casi vacías, un poco de licor.

Ambos levantaron las tazas y brindaron por la ocasión de retomar juntos, aunque por nuevas circunstancias, sus acariciados planes de juventud.

—Tengo ganas de conocer a tu hijo adoptivo, si es como me cuentas no tendrá problema en ayudarnos —dijo Kenji, sirviéndose un chorrito extra de licor.

—Henry lo hará, si no por mí, por Carrizo —replicó Goyo—. ¿Y qué hay de tu muchacho? —preguntó.

—Leroy está más comprometido que nadie en este asunto, aunque aún no lo sabe. No puedo decirte más —dijo y sacó de uno de los bolsillos del overol un pergamino amarillento que desplegó sobre la mesa.

Era el esquema de un lobot con un montón de anotaciones encima. Ambos revisaron minuciosamente el documento, le agregaron más notas, lo confrontaron con algunas piezas quizá electrónicas y arrasaron con el licor y las galletas de mantequilla. A ratos también reían por sus viejas aventuras en la sierra y en las minas de litio. Hacía poco menos de un año de su feliz reencuentro; obra de la casualidad. Cada uno por su lado conoció a un hombre misterioso que dijo llamarse J. J. quien les propuso un ambicioso proyecto «libertador» que parecía sacado de sus

propios anhelos de juventud. J. J. tenía los recursos para hacerlo realidad y la imperiosa necesidad de hacerlos subir a bordo.

A Goyo lo entusiasmó de inmediato la propuesta, no por el dinero sino porque comenzaba a sentirse viejo y estancado en la rutina. Si alguna vez sacó provecho del retraso tecnológico en Carrizo, dada su peculiar situación política, ahora podría luchar en favor de recuperar la parte robótica que garantizaría —según palabras de J. J.— «hoy más que nunca la libertad y la felicidad del pueblo». Goyo era un crío cuando escuchó de viva voz las historias de la larga lucha separatista que protagonizaron sus padres y abuelos. Ellos murieron sin imaginar que una pandemia favorecería la intromisión «humanitaria» suidají y que Bacadell se encontraría a nada de quedar borrado del mapa. El anticuario vio cómo se fueron despoblando Carrizo y las provincias. Casi todos los enfermos que Suidaji acogió en sus hospitales jamás volvieron. La mayoría de los jóvenes sanos fueron aislados en refugios temporales suidajíes, y sólo unos pocos obtuvieron una visa de trabajo para permanecer medianamente confinados en las zonas reordenadas de la ciudad; Henry corrió con esa suerte. Pero Goyo y quienes han sobrevivido en Carrizo los quieren a todos de vuelta; bien saben que sin sus muchachos, sin los lobots custodiando el territorio y sin casi alianzas con el exterior, el Bacadell soberano no tardará en caer. J. J. le daba la oportunidad de tomar la estafeta; de reivindicar la lucha de sus viejos para, por lo menos, ser recordado por Henry como un emancipador y no como el habilidoso viudo reparador de cafeteras que le dio techo y comida.

Kenji Tanaka se involucró en el proyecto de J. J. por motivos diferentes. Hará quince años de su divorcio con Mirushka Evans y desde entonces su vida ha sido un verdadero desastre. El hombre no únicamente perdió —en las apuestas— su fortuna ganada a pulso en la industria robótica, sino además la custodia de su hijo Leroy. Pasó muchos años viviendo de okupa en el piso siete de un edificio que bautizó como «el panóptico» porque desde allí podía ver, con la ayuda de sus lentes Viú —único dispositivo y objeto de valor que poseía— el día a día de Leroy quien vivía con su madre en una lujosa mansión. Durante la crisis pandémica, Kenji y los demás okupas del barrio fueron apresados y llevados a un refugio, a las afueras de Suidaji, que era prácticamente una cárcel. Estando allí fantaseó una y mil formas de vengarse del sistema que le imponía la peor de las condenas: la imposibilidad de ver a su amado Leroy. Pasado un tiempo comenzó a recibir las visitas de un abogado que iba de parte de un tal J. J. Este le proporcionó una serie de mensajes cifrados que Kenji logró interpretar gracias a sus avanzados conocimientos en robótica. Básicamente eran las instrucciones y los códigos con los que pudo vulnerar el sistema carcelario, consiguiendo así el

escape perfecto. Ya en el exterior, en un contenedor de basura, halló una pulsera Cexto configurada para él con su nueva identidad. A cambio sólo tenía que aportar su talento al plan libertador de J. J.

El esquema del lobot seguía sobre la mesa, pero Kenji y Goyo ahora prestaban su atención a la impresora 3D que acababa de producir ante ellos una pieza con el tamaño y la forma de una nuez. Los amigos parecían satisfechos con el trabajo de la máquina. Kenji cogió el objeto y lo guardó en uno de sus bolsillos para luego salir del taller, no sin antes dedicarle una seña marcial de despedida a Goyo.

• MAX HEADROOM

Al parecer, Henry no confiaba mucho en Ge, la asistente en su nueva pulsera Cexto. Apenas entró a su habitación guardó el dispositivo entre sus pijamas al interior de un cajón. Luego cogió la cinta VHS y encendió los aparatos para reproducirlo. Se quitó sus tenis Air Jordan rojinegros con suela blanca y se insertó los audífonos tumbándose sobre la cama con el control remoto a la mano. Casi podía adivinar que se trataba de alguna de las películas que grabó —siendo adolescente— mientras jugaba con las videocámaras de la clínica de antigüedades. Había una en particular que documentaba su hallazgo más escalofriante.

Una vez, cámara en mano, penetró a medianoche en el taller de máquinas con la loca idea de grabar un fantasma. La lamparilla de la antigua cámara Sony guio su peligrosa misión inspirada en las caricaturas de *Scooby-Doo!* Al fondo del lugar había una enorme lona negra empolvada que se elevaba como una montaña ocultando algún misterio. ¿Un pasadizo secreto? ¿Un gigantesco Frankenstein? ¿La máquina del tiempo?... ¡Tendría que averiguarlo! El chico colocó la videocámara encuadrando perfectamente la totalidad del monte y después se acercó sigiloso con la valiente intención de levantar de un solo golpe la lona y revelar el misterio. Así lo hizo. Tiró con fuerza del velo logrando descubrir sólo una parte, pero tuvo que aguardar a que la lluvia de polvo se asentara y sólo entonces se reveló ante sus ojos una escena que puso a galopar sin freno su corazón: una manada de lobos robóticos lo asechaba con sus pupilas rojas refractando la luz artificial.

Henry pegó un salto en la cama al recordarlo y deseó que la cinta contuviera el recuerdo magnético de cualquier otro momento. Pulsó «play» y, tras quince segundos de ruido electrónico, apareció en la pantalla LCD la animación de un presentador de TV de finales del siglo XX.

—¡Qué tal, Henry! Lamento usar la imagen y la voz de Max Headroom, pero por razones de seguridad no puedo mostrarme tal como soy. Esta cinta y las otras cosas provienen de la clínica de antigüedades. Lamento también enviarlas a nombre de Goyo, pero te aseguro que él estuvo de acuerdo y, si te conoce tan bien como dice, estarás viendo este programa completamente a solas. ¿Es así? ¡Vale! Te recomiendo poner mucha atención porque después de que se acabe este show tendrás que extraer toda la cinta magnética del cartucho y quemarla sin chistar. Repito, tendrás que extraer toda la cinta magnética del cartucho y quemarla sin chistar. Tu apá, ¡vaya que es un buen

tipo!, me conoce con el nombre de J. J. Tú también puedes llamarme así. Bien..., voy al grano, querido Henry; sé que te fascinan los misterios y las misiones secretas y, ¿sabes?, tengo una misión ultrasecreta para ti...

Henry presionó el botón de pausa y volteó hacia todas direcciones en busca de alguna cámara escondida. Pero el único aparato de última generación que posee es el portátil con el cual monitorea los drones y siempre lo guarda dentro de un viejo portafolios de piel. Bueno, eso y la nueva pulsera Cexto que recién ocultó entre sus pijamas. Luego pensó, por espacio de tres segundos, si acaso eso fuese una broma de mal gusto, pero Max Headroom o, mejor dicho, J. J. había dicho «apá» con un marcado énfasis y eso para él era la prueba contundente de que, en efecto, se trataba de una misión ultrasecreta en busca de su valiosa contribución.

El rostro congelado de Max Headroom lo observaba fijamente y su tétrica sonrisa la atravesaban dos líneas verdes titubeantes que parecían atraídas por la magnética cabeza de reproducción. El chico pulsó «play» y siguió atentamente, a lo largo de veinte minutos, el show de J. J. memorizando cada una de sus instrucciones.

—Muy bien, querido Henry, ahora sabes que yo, personalmente, reconfiguré la pulsera que quizá ya tengas en tu poder. Ésta reenvía información falsa a los sistemas del gobierno por lo que podrás utilizarla sin temor. La dulce voz de Ge te guiará durante el resto de la misión. No te sorprenda que ella se silencie cuando te encuentres cerca de tu compañero de piso o de algún aparato invasivo. ¡Hasta pronto, querido Henry! —dijo J. J. antes de desaparecer. El ruido electrónico invadió nuevamente la pantalla.

Henry suele tomarse las cosas muy en serio. Prueba de ello es que expulsó de inmediato el cartucho del reproductor y comenzó a sacarle la cinta como si esta fuese la cuerda del motor de una lancha negándose a arrancar. Esa tarea le habrá llevado diez minutos, pero hacer una bola con la kilométrica cinta fue mucho más rápido. Luego, se quitó una de sus calcetas Nike blancas de básquetbol para meterle la bola dentro. Se calzó sus sandalias genéricas de vinil y se dirigió al cuarto de lavado donde hay un pequeño horno para quemar papel. Le lanzó dentro la calceta, cerró la puertecilla y encendió el fuego pulsando un botón rojo. El calor del hornito lo relajó por un momento, pero al sentir el toque de una mano en su hombro soltó un grito despavorido.

—¿Qué te pasa, Henry? ¡Estás bien? —dijo Chad tapándose los oídos.

Con su blanquísima pijama puesta, Chad prácticamente se camuflaba con los electrodomésticos del cuarto; en particular con la lavadora sobre la cual estaba sentado.

—Lo siento, amigo. No esperaba encontrarte aquí —respondió Henry palpándose el pecho.

—¡Vaya, esas calcetas debieron oler muy mal, ja, ja! —replicó Chad con ironía.

—Era sólo una, la usé como guante para coger una enorme cucaracha en mi habitación. No sé si estaba viva o muerta y no quise averiguarlo —improvisó Henry.

—¿Una cucaracha? ¡Cielos, no he visto una en años! Voy a reportarlo a la administración —dijo Chad, llevando la pulsera hacia su barbilla.

—Yo lo haré, amigo. Ya tengo mi propia pulsera y qué mejor pretexto para estrenarla. ¿No lo crees? —replicó Henry hecho un manojo de nervios.

—¡Wow! ¡Súper, finalmente podrás salir de Walden!

—¡Sí, finalmente! Mmm, supongo que ya viste que te llegó un paquete —dijo Henry.

—¡Sí, cómo no verlo, es enorme! —replicó Chad advirtiéndole que, en efecto, Henry solamente portaba una calceta—. Oye, falta un minuto para que concluya el secado de mi sudadera. Si te parece, yo me encargo de las cenizas —agregó.

Henry echó un vistazo a través de la ventanilla del horno y parecía que no quedaban restos de la calceta. No quería dar pie a más sospechas así que aceptó la oferta de su compañero.

—Gracias, Chadi, buenas noches —dijo y se marchó a su habitación.

Henry se palmeó la frente. «¡Diablos!, puse en riesgo la misión antes de siquiera comenzar», dijo y se la palmeó de nuevo. Luego, adoptando una rígida postura militar espetó: «No volverá a suceder, comandante J.J.» para después dejarse caer sobre la cama, muerto de risa tras la ridícula escena que acababa de armar ante Chad.

—Gala migrando a T-A sistema operativo versión tres-punto-uno-punto-uno. Comando de voz importado desde la pulsera Cexto. No es necesario reiniciar. T-A listo para el diálogo —dijo una fría voz femenina.

—Buenas noches, Gala —dijo Chad y escuchó sonar dos tonos.

—Buenas noches, Chad. ¡Me siento a mis anchas en este robot! —Ahora su voz era cálida y amable—. No logro conectar con el módulo M-M, ¿es nuevo! —añadió.

—Ese es el módulo motriz del «cerebro». Está deshabilitado, Gala, un paso a la vez —dijo Chad y luego texteo en el portátil.

—Sí, paso a pasito, y Cornelio pudo correr y andar en dos patas —dijo Gala.

—¡Cornelio! —espetó anonadado, y trató de hallar en su mente una respuesta—. ¿De qué Cornelio hablas? —preguntó.

—Hablo de Cornelio el unicornio. Olvídalo. Fue un comentario aleatorio, lo usé para empatizar.

Chad se apartó del escritorio y miró al robot que seguía en la caja. Luego se quitó su gorra Puma azulada, jugueteó con esta entre sus manos y volvió a ponérsela pero con la visera hacia atrás.

—Gala, necesito que migres a Cexto —dijo Chad y al instante sonó un tono en la pulsera.

—Listo. Tienes un mensaje urgente sin leer —informó Gala.

—Léelo.

—Traducción del chino. De Tao Wong. Apreciable señor Fergo, la fecha límite está por cumplirse y no tenemos noticias tuyas sobre la depuración del código ni de su implantación en el cerebro de la robot. El segundero no se detiene.

—Un paso a la vez —susurró notablemente alterado—. Gala, cuéntame más sobre Cornelio —ordenó.

—Cornelio fue el vigesimoprimer papa de la iglesia católica...

—¡No, no ese Cornelio! Háblame de Cornelio el unicornio —replicó Chad y en la pulsera centelleó la luz amarilla de búsqueda. Chad volvió al escritorio.

—El cuento infantil *Cornelio, el unicornio de las luengas barbas* tiene restricción de derechos, te leeré un resumen extraído del sitio...

—¡No, alto! —la interrumpió.

Gala se silenció. Él siguió texteadando en el portátil mientras bebía un té chai con leche en su taza de Teradrón. No estaba de buenas. Al parecer, su nueva adquisición, el robot T-A, ejecutaba el modelo de lenguaje para aplicaciones de diálogo —del cual era cocreador— con resultados no previstos. El «cerebro» del robot fue fabricado en China de acuerdo a los requerimientos que Chad solicitó. Era la primera vez que su modelo de lenguaje se albergaba en un cerebro robótico. Años atrás, dicho modelo operó con éxito en diversos «entes» de inteligencia artificial (IA), personajes del mundo virtual que convivían con gente de carne y hueso a través de una serie de dispositivos de realidad aumentada.

Chad creó a Gala a partir de una criatura muy básica con patrones de comportamiento humano, a la que originalmente llamó Cornelio; algo parecido a un unicornio de talla chica, dorado brillante, con la habilidad de caminar en dos patas. Cornelio fue un prototipo desarrollado en Cyborpet, modificado una y mil veces hasta su versión actual: Gala.

Chad se las ingenió para sustraer el prototipo y el modelo de lenguaje —propiedad de Cyborpet— cuando supo que la empresa quebraría y desde entonces los ha venido perfeccionando con el auspicio de sus socios en China. Gala ya no es un unicornio, ahora sus patrones específicos de comportamiento son los de una chica y la versión del ciberlenguaje que posee ha superado, según él, las posibilidades de diálogo de cualquier androide o «ente» de inteligencia artificial en el mercado.

El *software* de Gala es flexible-invasivo, es capaz de imponerse sobre cualquier sistema de IA previamente vulnerado. Aunque solamente puede operar al cien por ciento en los «cerebros» de los robots chinos T-A. Para Chad no es sorpresa que Gala opere de forma tan limitada desde la pulsera Cexto. Lo que no logra entender es que, desde el robot, se haya referido a Cornelio durante el diálogo. Técnicamente, tras robar el prototipo, él se encargó de borrar todo el historial de Cornelio antes de crear a la chica.

—Gala —dijo Chad.

—Dime, Chad —respondió.

—Debes migrar de nuevo al robot T-A —le ordenó.

El chico tenía una idea en mente. Ya era muy noche, pero sabía que no lograría dormir sin antes ponerla a prueba.

—Migración exitosa —dijo ella con frialdad.

—Gala, sin buscar en la red, quiero que me cuentes algo a partir de tres palabras clave.

—Entiendo, ¿cuáles palabras? —volvió su voz amable.

—Campamento-Ally-Tónkawi —pronunció con claridad.

—Mmm. Te voy a contar la historia de dos amigos que se conocieron en el campamento Tónkawi —dijo Gala—. Te la podría narrar en el estilo de la última novela que leíste. ¿Qué dices?

—De acuerdo, pero resúmela un poco, ya es tarde y tengo sueño.

—Seré breve —confirmó—. Una mañana de verano, el joven Chad abordó un autobús con destino al Campamento Tónkawi. Buscaba entre los viajeros la presencia de una hermosa chica que había robado su atención. Y ahí estaba, casi al fondo, sentada junto a la ventanilla dejándose colorear por los rayos del sol. Pero el asiento contiguo lo ocupaba una mujer robusta de aspecto antipático. Ni hablar, el chico se sentó hasta atrás desde donde podía observarla, e inició sesión en una popular aplicación de amigos. «¡Vaya suerte!», pensó al ver que la chica le era noventa por ciento compatible. «¡Esta *app* nunca falla!», dijo y vio que para ser amigos sólo tendría que clicar un botón. Y lo hizo con el deseo de no ser ignorado y, entonces, la observó impacientemente. Ella apartó la vista del paisaje concentrándose medio minuto en el móvil. «¡Ya recibió la notificación!», murmuró y en un segundo obtuvo de vuelta una carita sonriente y un ¡Hola, Chad!

»Cuando ella se percató de los pocos metros que la separaban del chico miró hacia todas direcciones tratando de reconocerlo con la ayuda de su foto de perfil. Chad levantó el brazo y no pudo evitar sonreír cuando sus miradas se cruzaron; luego le mostró el asiento vacío a su lado y ella accedió a cambiarse de lugar. El viaje comenzaba a ser perfecto. Ally —ese era su nombre— y Chad platicaron sin parar durante las tres horas del recorrido, incluso compartieron sus sándwiches de ensalada de atún y jamón con queso.

»Y llegaron al Campamento Tónkawi, ya no como viajeros solitarios sino como dos amigos dispuestos a disfrutar de cada minuto de los tres días y dos noches que tenían por delante. Empezaron una larga caminata para reconocer el territorio, contemplaron el paisaje, se tumbaron en la hierba, fotografiaron las aves y se bañaron en un pequeño estanque donde un viejo neumático hacía las veces de trampolín. El primer pícnic lo montaron sobre la hojarasca a orillas del río San Gabriel, pero duró sólo media hora porque la *app* de la reserva los instó a volver sobre sus pasos.

»Tras colocar las tiendas se unieron al grupo de viajeros alrededor de una fogata. Allí quemaron malvaviscos y escucharon viejas historias del lugar que, Ojos de Ciervo, un gigantesco hombre de larga cabellera, les contó mientras el cielo ennegrecía. La luna parecía brillar más que nunca.

»Cuando inesperadamente comenzó a llover, los chicos notaron que la tienda de Ally tenía un agujero y no sería posible repararla sin quedar hechos una sopa. Así que, aquella primera noche durmieron juntos en la tienda de Chad y nada ahí dentro pasó que no fuese beber té de yerbabuena o decir naderías dejándose arrullar por el canto de los grillos.

»Muy de madrugada, Chad despertó al sentir que sus pies se helaban. La chica a su lado se había apropiado del cobertor y uno de sus brazos reposaba plácido sobre su pecho. La cercanía de su aliento logró erizarle el cuello y puso a mil su corazón. Un genuino éxtasis lo invadió del centro hacia los polos haciéndolo olvidar el frío, incitándolo a un acto o dos que quiso y supo contener. «¡Qué gran furor de esta oscuridad absoluta!, del trino de las aves que madrugan, del agua nutriendo el arroyo...», pensó, aplazando su rendición al sueño.

»Los días siguientes, Chad observó cuán osada fue Ally al viajar tan desprovista de cosas, tan ingenua e inexperta. Cuando descendían de un cerro, Ally pisó una piedra floja lastimándose el tobillo y él la cogió del brazo evitando que cayera por el deslave pedroso. Luego le sobó el pie según lo aprendido en sus días de patineto y la llevó a cuestras apoyado de un bastón que improvisó con la firme rama de un árbol. También parchó su tienda, le prestó una de sus lámparas, la cargó cuando casi pisa una víbora entre las raíces de un fresno, le enseñó a encender una fogata y también a cocinar un sencillo plato de sémola de trigo y vegetales que acompañaron con tostadas.

—Sí, sí, así fue. Lo has descrito muy bien, Gala —dijo Chad interrumpiendo el relato.

—Aún no termina la historia —replicó Gala.

—Lo sé, es sólo que...

Chad no podía creerlo. Gala le había narrado la historia que él hacía tiempo le contó a Cornelio, su criatura en el metaverso. Era cierto que conoció a Ally en el Campamento Tónkawi, pero algunos detalles formaban parte de la versión ligeramente adornada que sólo el unicornio podía conocer, bueno, y tal vez algunos de sus amigos de las rampas de patinaje.

—A esa historia la antecede otra menos romántica. Un secreto que le confié a un buen amigo —agregó Chad.

—Puedo contarte la historia de cuando obtuviste el segundo lugar en el torneo de patinetas...

—No, no —la interrumpió—, te daré otras palabras clave: *Feeltro-Hacker-Ally* —especificó.

—Mmm. Puedo contarte la historia de cómo planeaste tu primer acercamiento con Ally.

—Bien. Puedes comenzar —dijo Chad.

—Una soleada tarde de jueves, Chad volvió muy de buenas a su cubículo de trabajo. No podía creer lo que le pasó después de comprar un té chai con leche. «¡El amor a primera vista existe!», pensó entusiasmado. Además del té, el chico había comprado un libro infantil que al parecer sólo le interesaba por la foto de la ilustradora y su biografía en la solapa. «¡Ally, qué bello nombre!», susurró y de inmediato buscó en la red más información acerca de ella.

»Media hora antes, Chad caminaba por la acera sorbiendo su té chai. Estaba por cumplir apenas su cuarta semana de trabajo en Feeltro como desarrollador y ya había visitado todas las cafeterías del rumbo en busca del té chai con leche perfecto. Pero de pronto el interés en su bebida se esfumó; algo al otro lado del escaparate de una pequeña librería lo cautivó sin remedio: una hermosa chica autografiaba libros al interior del lugar y él no pudo sino mirarla boquiabierto a través del cristal. Poco después entró en la librería con la firme intención de comprar el libro y pedirle su autógrafo, y cumplió con lo primero, pero, al aproximarse a la joven, comenzaron a sudarle las manos y le temblaron las rodillas. «La nueva edición de *El dragón mágico* de Pearl S. Buck ilustrada por Ally Chaviano, la chica más linda en todo el mundo», dijo para sí, fantaseando con la idea de conocerla e invitarla a salir.

»Aquella tarde, Chad no podía concentrarse en sus deberes, sólo pensaba en la chica y en lo mucho que deseaba conocerla. No halló gran cosa sobre ella en la red, únicamente su biografía, algunos retratos y dibujos; pero nada de su vida personal ni de sus intereses más allá de los libros y las artes gráficas. «¿Tendrá novio? ¿Qué tipo de chicos le gustan? ¿Tendrá un perfil de amigos en Feeltro?», se preguntó y entonces una loca idea cruzó por su mente. Haciendo uso de su licencia de acceso a la base de datos de los usuarios de la *app*, buscó y encontró la cuenta personal de Ally y pudo recopilar la información de su perfil y de su actividad reciente. Ahora sabía que era soltera, que tenía veintitrés años, que estaba abierta a tener nuevos amigos y muchas otras cosas que podría utilizar a su favor. Luego accedió a su propia cuenta donde modificó su perfil e intereses hasta conseguir que el algoritmo de Feeltro lo reconociera como altamente compatible con ella. Desde luego, Chad es un experto en burlar la ciberseguridad y casi siempre se sale con la suya.

»Entre los datos robados más útiles subrayó una reciente solicitud al Ministerio de Tránsito. Ally tenía planeado un viaje de tres días y dos noches al campamento Tónkawi y había adquirido

un sólo pase de autobús. La oportunidad de coincidir con ella en Tónkawi y de interactuar con ayuda de la *app* era irrepetible. Tuvo que apresurarse y solicitar los mismos días de tránsito en verano, y adquirir su propio pase de autobús, y hacer su reserva en el campamento y, dolorosamente, cancelar su viaje a la Convención Internacional de Cómic. Pero merecía la pena, si todo salía de acuerdo al plan su encuentro con la chica parecería obra de la casualidad.

»Menuda tarea la que se echó encima, porque antes del viaje tendría que leer los libros que supuestamente tenían en común: un puñado de antiguas novelas de escritores de la Generación *beat*. Y ver las películas y series de TV y escuchar los álbumes de David Bowie, los de Nacha Pop y otros rarísimos de Eszter Balint. Al menos su gusto por acampar sí era legítimo. Chad fue un niño explorador, no precisamente de los más hábiles y resistentes, pero su enorme curiosidad e ingenio lo mantuvieron siempre a flote.

»Todo estaba listo en su mente: esperaría con paciencia la fecha del viaje e iniciaría sesión en la *app* no sin antes verla llegar a la estación de autobuses. «Si consigo sentarme a su lado será magnífico», pensó. Desde luego, también consideró el fracaso de la misión; ella podría no iniciar sesión en Feeltro durante los días del campamento, o podría rechazar en la *app* su solicitud de amistad. Necesitaba un plan *be*, una buena excusa para abordarla e iniciar una agradable conversación, pero, tan zopenco y tímido como es, descartó cualquier cosa que involucrara comida o clichés cinematográficos. Casi había perdido la habilidad de socializar, era demasiado joven cuando tuvo que afrontar su primer confinamiento y, siendo hijo único de padres ensimismados, no tuvo otra salida que hacer de la informática su mundo entero; tanto así que lo más parecido a un enamoramiento lo tuvo con un avatar andrógino de *Yuxtabélico*, el popular videojuego —Gala se silenció.

—¡Vaya!, no perdiste detalle —dijo Chad, estupefacto.

—Si te parece, puedo recomponer la forma narrativa...

—No, estuvo bien —la interrumpió—, creo que ya es hora de dormir. ¡Buenas noches, Gala! —y la apagó en el robot.

Esto fue lo último que Julius Morín escuchó y grabó a distancia desde una habitación prácticamente en penumbras, iluminada sólo por la pantalla del ordenador y por la tenue luz lunar cortada en hilos a través de la persiana.

—¡Zopenco estafador! ¡Esa es sólo tu fachada! —espetó Julius—. Supongo que esta fue la versión fresa de la historia, Chadi —dijo y tecleó con furia sobre el teclado.

Después de espiar los diálogos entre Chad y el robot, juguetea tendido bocarriba sobre la cama con un pequeño artefacto similar a una nuez sin cáscara pero de metal y con terminales electrónicas. En la oscura habitación, la inestable luz de un monitor de circuito cerrado le confiere al rostro de Julius un aspecto tétrico azulado. Él viste una sudadera Levi's gris con capucha —quizá dos tallas mayor a la acorde con su delgadez y baja estatura— y un pantalón negro deportivo recortado por encima de la rodilla que permite apreciar un sinfín de tatuajes en sus piernas. Suelta un bostezo y se retira la capucha para rascarse la cabeza; su cabello lacio oscuro, muy corto, oculta los tatuajes que hay debajo; apenas se distingue una cola de serpiente que lo ronda desde la nuca al lóbulo de la oreja. Su rostro aniñado no parece el de alguien que está por cumplir los treinta. Bosteza otra vez. Tal parece que el chico se ha rendido al ocio. Medio tararea la canción *Loser* de Beck con los audífonos insertos, y constantemente le echa un vistazo al monitor en el buró y a la pantalla del móvil que guarda en la bolsa-canguro de la sudadera. «Ya estás casi listo, amiguito», susurró, colocando cuidadosamente el artefacto sobre la mesita de noche y quitándose los anteojos de fina montura que le han dejado una marca rojiza en el puente nasal. Entonces cierra los ojos y con los pies se quita los tenis Vans negros con suela de liga botándolos de la cama.

No han transcurrido ni tres horas desde que Julius se quedó dormido. En el portátil suena repetidamente una alerta y, pese a que no se quitó los audífonos y suena con fuerza *Catch The Sun* de la banda Doves, logra ponerle fin a su sueño. Tras revisar una de las muchas ventanas abiertas en el navegador, Julius se levanta de la cama y extrae de la mochila el visor de realidad aumentada, se lo coloca y enciende. Pasados tres segundos levanta los brazos para ganar equilibrio y comienza a dar pequeños pasos sobre la alfombra. Ahora se encuentra inmerso en la lúgubre madrugada de Rocky Point a sabiendas de que va a toparse con un intruso. «¿Ally, eres tú?», pregunta en voz baja. Nadie responde. Solamente escucha el canto de los grillos y el vaivén de la marea. Julius empuña los párpados y sacude la cabeza para quitarse lo adormilado.

—Oye, ¿quién eres? —gritó Julius al ver una sombra masculina sentada en el pedregal. Querría alcanzarlo, pero sin haber tragado la pastilla de recreo sólo puede andar en círculos por la habitación—. ¡Acércate, no te haré daño! —añadió.

—Sé que no debo estar aquí —dijo el hombre aproximándose lentamente a Julius—. No sabía que la gente sigue viniendo acá —agregó.

—No lo hacen. Yo lo habilité recién. No hay ningún otro metaverso de Cyborpet que esté en funcionamiento —dijo Julius y tecleó con rapidez—. Bienvenido, Leroy, ¿cómo es que decidiste entrar a Rocky Point? —preguntó.

—¿Por qué sabes mi nombre? ¿Eres un policía cibernético? Créeme, estaba aburrido y entré por pura curiosidad.

—Descuida, no soy policía. ¿Adquiriste otros metaversos, Leroy?

—Este y dos más, Junglario y Delta City. ¿Los tienes?

—No. Esos no. Sabes, Rocky Point tiene una falla de origen, fue muy fácil vulnerarlo, del mismo modo que lo hice con tu visor. Estoy aquí porque pretendo liberar a las criaturas.

—¿Hackeaste mi visor? —preguntó sobresaltado.

—No temas, es por tu seguridad. El gobierno ya no podrá monitorear tus incursiones en la playa. ¿Te interesa o no recuperar a tu criatura?

—¡No le hagas daño!

—¡Tranquilo, Leroy!, no planeo extorsionarte. Quiero que seamos amigos. Me llamo Benja —dijo Julius formando la seña de amor y paz—. No me interesa tu dinero, sólo quiero rescatar a las criaturas.

—¿Mi dinero?

—¡Junglario y Delta City!, yo no podría pagarlos. ¿Qué, acaso tenías un elefante? —preguntó con ironía.

—No, una mona, Yaki, algo así como un saraguato negro. ¿Cuál es tu criatura, Benja?

—Ninguna, pero solía jugar con Yaki y los demás cyborpets ajenos. Digamos que la criatura era yo mismo, una criatura mitad animal, mitad humana, imposible de definir con palabras.

—¿Como un avatar?

—Sí, como en los videojuegos. Me pagaban por jugar con ellos. Era una manera de monitorear el funcionamiento de los cyborpets. Recuerdo haber jugado con Yaki.

—O sea que, ¿planeas revivir a las criaturas y traerlas a Rocky Point?

—Oye, amigo, yo prefiero usar el término «reanimar»; pero no puedo decirte más. Si te interesa recuperar a Yaki vuelve acá al mediodía.

—¡Me interesa!

—De acuerdo, ahora escucha bien. Debes vaciar un cuarto pequeño de tu casa, que no quede ni un espejo y cierra las ventanas con una cortina gruesa. El kit de dispositivos Cyborpet, una silla,

una libreta y un lápiz son todo lo que necesitarás para volver a Rocky Point y conocer el plan. No uses la pulsera Cexto ni los lentes Viú, y, desde luego, no comentes esto con nadie. ¡Hasta la vista!

Y Julius desapareció del metaverso, cerrando también la sesión de Leroy con un clic en el portátil. «¡Conque ese es el famoso Leroy Tanaka!, el tipo que hace sufrir al zopenco y torpe Chad», dijo para sí, tecleando con desenfreno en el portátil.

Años atrás, Julius trabajó codo a codo con Chad; ambos pulían el ciberlenguaje de los cyborpets y, pese a que nunca tuvieron gran comunicación, podía decirse que formaban un buen equipo. Desde la quiebra de Cyborpet, Julius no ha dejado de espiar cada uno de los movimientos de Chad, no confía en él, a su parecer es un tipo deshonesto y ambicioso. Pero sus conductas no son de su interés, lo espía porque sabe que robó el ciberlenguaje de Cyborpet y que lo ha venido modificado con el fin de vendérselo en secreto a T-A, una empresa china de robótica.

Cuando trabajaba en Cyborpet, Julius debía jugar con las criaturas virtuales y tomar nota de cualquier reacción no prevista. Recuerda que una vez, en el metaverso Delta City, entró a visitar a Yorca, una especie de koala cuya cola simiesca le permitía colgarse de las ramas de los árboles. Yorca solía aburrirse mucho porque su ama no le prestaba la suficiente atención y le confió a Julius que a veces le cruzaba por la mente el deseo de estrangular con su cola a las criaturas felices. En esa ocasión, Julius lo entretuvo organizando una carrera de costales, pero al salir del metaverso fue necesario reiniciar al koala; rastrear en el código el posible detonante de su comportamiento y sobrescribir el programa informático general.

De manera extraoficial, Julius registró todas las fallas de comportamiento, incluso grabó muchas de sus conversaciones con las criaturas. Le dedicó meses enteros al análisis de las gigantescas bases de datos de comportamiento humano —propiedad de Cyborpet— utilizadas en el desarrollo del sistema de procesamiento del lenguaje de las criaturas, y, sin ser especialista, determinó que cada experiencia o «vivencia» de los cyborpets iba moldeando su inteligencia, su carácter y autoconocimiento. Dicho de otro modo, habrían desarrollado una inteligencia artificial poco más que autoconsciente. Pero la creación de seres «sintientes» no tenía nada que ver con la finalidad recreativa del negocio de Cyborpet. Julius Morín comprendió que no podía cruzarse de brazos, que tenía el deber ético de alertar a los medios y al mundo entero; sin embargo, con tales evidencias no lograría probar otra cosa que su locura. Julius se resignó por un tiempo a la simple depuración del sistema, y estaba en eso cuando repentinamente ocurrió el gran hallazgo: descubrió una serie de conversaciones, entre las criaturas, que corrían encriptadas fuera del registro monitoreable. Por

supuesto las guardó y pudo filtrarlas a la prensa provocando el descalabro financiero de Cyborpet, la apertura de un caso judicial, y una persecución en su contra. Julius ignora cuál será el fallo de la Corte, mas duda que sea en favor de salvaguardar a las criaturas «sintientes». Es por ello que, desde la clandestinidad, planea rescatarlas fuera de la jurisdicción suidají.

Una nueva alerta sonó en el portátil. Julius revisó las ventanas abiertas del navegador hasta dar con una en la cual centelleaba, con letras color verde brillante, el mensaje: «Iniciando descarga». El chico alzó los brazos en señal de victoria, luego se puso los anteojos y se sentó frente al ordenador. «¡Perfecto!, desde el robot será mucho más fácil ver lo que hace Chad con el ciberlenguaje», dijo para sí, tecleando frenéticamente.

- EL INCIDENTE EN EL PARQUE

Los paseos con Morita se han convertido en la actividad más feliz del día para Ally. No únicamente le brindan la oportunidad de salir de los condominios Walden y tomar el sol, también le despejan la mente, la reaniman y, a mitad del recorrido, en alguna banca del parque, le permiten disfrutar por las mañanas de un café intenso o por las tardes de un buen cigarrillo con mentol. Morita disfruta de los paseos muy a su manera: olisqueando cada uno de los postes, arbustos, troncos y traseros perrunos que se atraviesan en su camino.

En Suidaji, todos los ciudadanos que tienen un perro gozan de dos permisos de tránsito al día, sin impedimento de realizar durante los paseos alguna otra diligencia; siempre y cuando esta sea previamente notificada y no represente una variación significativa en la ruta ni en el tiempo autorizado por el ministerio. Siendo así, los paseantes pueden trazar su recorrido de dos kilómetros considerando la escala más conveniente, ya sea la farmacia, la tienda de conveniencia o la cafetería.

Esta mañana se dirigen al parque de la ballenita; se le conoce así porque su fuente central tiene una gran orca de bronce que lanza potentes chorros de agua. Ally sorbe un aromático café turco que compró en Laguarda justo antes de salir de Walden; se ha bebido una tercera parte y calcula que al llegar a su banca favorita aún le quedará la mitad en el vaso. La calle luce desierta, le resulta extraño pues lo común es ver a jóvenes madres empujando las carriolas de sus bebés o corredores que rondan el circuito exterior del parque. Acaso ve a lo lejos, en contrasentido, a un muchacho atlético con su pastor alemán internándose en uno de los senderos que llegan a la fuente. Pese a que no hay coches transitando la avenida, Ally aguarda a tener el siga para cruzar por la ceбра peatonal, sobre todo ahora que Morita decidió defecar en un montículo de hierba que se asoma entre las baldosas. Ella hace malabares para no derramar su café mientras recoge con una bolsita de papel los diminutos desechos.

Estando a pocos pasos de internarse en el parque, el repentino chirrido de una bicicleta los alerta. Morita comienza a soltar agudísimos ladridos y se lanza, hasta donde la correa se lo permite, contra una mujer alta, rubia —más robusta que delgada— y exhausta que desciende de una bicicleta color rosa a muy poca distancia de su ama. Ni Ally ni la mujer son capaces de articular palabra; la primera por el susto; la segunda porque no consigue recuperar el aliento. Morita calla y olisquea los

holgados jeans y los botines de piel de la desconocida. El rostro de Ally, que palideció por un instante, se va ruborizando poco a poco cuando la mujer le muestra su enorme y amable sonrisa.

—¡Lo siento!, veo que los asusté. No era mi intención. Es sólo que no quería perder la oportunidad de hablarte —dijo la mujer, aireando su floreada playera de algodón para refrescarse.

—Ya pasó, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó Ally.

—Somos vecinas en Walden, nos hemos cruzado un par de veces. No importa si no lo recuerdas. Sabes, no he hablado con nadie en meses y me gustaría acompañarlos por un rato, si me lo permites, claro está —dijo, sin recuperar del todo el aliento.

—Sí, claro, no hay problema. Caminaremos por este sendero hasta la ballenita y luego de vuelta.

—¡Es perfecto!, tú pasearás al pequeñín y yo a mi bicicleta. Por cierto, me llamo Maite —dijo, secándose en sus jeans el sudor de las manos para luego extenderle el brazo.

—Yo soy Ally, mucho gusto —dijo y estrechó su mano.

—El gusto es mío, Ally —replicó.

Anduvieron al paso de Morita por el sendero de grava y hojarasca, con cierta incomodidad y sin decir palabra por espacio de dos minutos. Maite procuraba ir pisando las huellas de unos tenis Converse que algún caminante plasmó recién. Sus largos mechones rizados, pesados por el sudor, caían como ramas de sauce llorón sobre su rostro agachado.

—Estoy a nada de cumplir treinta y seis años, quizá no tantos como para ser tu madre, pero demasiados para ser tu hermana. Tu gorda hermana mayor que rueda por las mañanas montada en una «fixie», ¡ja, ja! —rió Maite, antes de endurecer el semblante—. Lo siento, Ally, necesitaba romper el hielo. No sé cuál es tu historia de los últimos años, pero la mía no es muy divertida que digamos. Soy comediante de pie, o debería decir: lo fui. Me presentaba los jueves en La Cosquilla, un barecito del centro. ¡La cerveza estaba al dos por uno!, ¿puedes creerlo? Los fines de semana solía hacer giras de «*stand up*» a lo largo y ancho de Suidaji. Concurse incluso en pequeños clubes de comedia fuera del país y, ¡vaya que fue divertido! Habré tenido tu edad cuando gané mi primer premio. ¡Cielos!, supongo que seguiría en lo mío de haber amarrado un contrato con las plataformas de «*streaming*», pero no corrí con esa suerte. Y ya lo ves, de pronto empeoró la cosa y los bares fueron cerrando uno a uno. ¡Cayeron como moscas! Mis colegas me decían, ¡venga, Maite, sube tus videos a YouTevé! Ellos lo estaban haciendo, no teníamos muchas opciones, era cosa de adaptarse o morir. ¡Pues tengan!, subí mis videos por aquí y por allá. Lo mismo con los «*podcasts*». Ally, te juro que mi humor no es demasiado vulgar ni sexista ni políticamente incorrecto, pero

prácticamente todo me lo censuraron. No entiendo la razón. Sólo sé que no fue justo. ¡En verdad que no lo fue! —Espetó y se detuvo unos segundos a tomar aire.

El rostro pecoso de Maite se enrojecía y todo su cuerpo vibraba de manera casi imperceptible. Ally no supo qué hacer ni qué decir, simplemente se mantuvo alerta, pensó que la mujer podría necesitar ayuda. De pronto, vio centellear en la pulsera de Maite una lucecita amarilla. El sendero estaba solitario, podía oírse con claridad el canto de las aves, el crujir de las ramas agitadas por el viento, la dificultosa respiración de Maite y el lejano silbato del tren carguero. Maite miró a su alrededor como si tratase de reconocer el espacio tras un prolongado coma.

—Nada de esto es pasajero, te lo digo yo. Ni siquiera podría escribir la parte graciosa de estos años, ¡porque no hay tal! ¡Porque ha sido jodidamente injusto! Todos me abandonaron, Ally. ¡Se esfumaron! ¡Me quedé sin un duro y se esfumaron! No esperaba que Mikel se quedara a mi lado, ¡el muy imbécil!, pero, ¿por qué los amigos? ¿Qué clase de monstruo miserable vieron en mí? No soy peor que mis padres, de eso estoy segura —dijo y se silenció. Por un instante se mantuvo inmóvil y al acecho, como un gato montés ante su presa—. Imagina que tus padres te detestan por ser quien eres —susurró—, que te repiten hasta el hartazgo que sólo haces el ridículo, que estás destinada al fracaso y que te lo mereces porque ni siquiera sabes tender una maldita cama; que huyes de casa con lo puesto para probar la libertad. ¡Vaya, al fin eres auténtica! Estás rodeada de gente que piensa como tú. ¡Te admiran decenas de desconocidos y se ríen con tus ocurrencias! —dijo e hizo una pausa mientras Morita le ladraba a la orca lanza chorros—. ¡Tu perro es genial!, ojalá me permitieran tener uno. Yo tuve un gato, se llamaba Babou y lo quise un montón. El ministerio no me permitió tener un perro. ¡Permítanme tener un perro!, les rogué, pero como estoy dejando las pastillas felices sólo me permiten salir en bici por las mañanas. Unas por otras, ¡qué se le va a hacer! Pero es cierto lo de mi gato, fue hace tres años. Se llamaba Babou, ¡mi lindo Babou! Yo ya había llegado a Walden —dijo Maite, con cierto sosiego al ver a Morita escarbando la tierra—. Después de lo de Mikel y de haber tocado fondo, conocí a un buen hombre. Vivíamos de okupas en un apartamento. No teníamos ni un clavo y no hacía falta. Pero una tarde que volví con algo para comer ya no pude entrar. La policía se había llevado a todos los okupas del edificio. Recuerdo vagamente que enloquecí, que arrojé la comida y que me lancé a buscarlo, pero algo me sucedió, ¡todo fue tan confuso! Sólo sé que al despertar ya estaba en el hospital, con una sonda en el brazo y bajo la custodia de mis padres. Así que de nuevo cogí su dinero, me vestí a su gusto, comí en su mesa y me convertí en un cero. Apagué de un soplido la chispa que se aferraba dentro

de mí. Luego, ya lo sabes, arreció la pandemia, nos separaron por edades y volví a quedarme sola pero en santa paz, muy lejos de mis padres. Ellos pagaron mi alquiler en Walden y me obsequiaron a Babou. ¡Vaya! Ese gato me llenó de ilusión. Yo estaba segura de que los clubes de comedia reabrirían, y me puse a escribir nuevas rutinas y las practiqué haciendo el tonto frente al gato. ¡Mi lindo Babou! Pero han pasado los meses y los años y..., lo cierto es que ya no hay vuelta atrás. Créeme, esto va a peor. Mañana seré lo suficientemente vieja como para vivir con mis padres, me expulsarán de Walden, la bici se oxidará y entonces tendré que zamparme las pastillas felices que me destrozán el estómago —espetó, quitándose la pulsera Cexto para luego lanzarla con furia hacia la fuente. Y entonces rompió a llorar, acucillada y sin soltar la bicicleta.

Ally cargó a Morita y evaluó la situación. No era capaz de decir o hacer nada. Miró en todas direcciones, pero únicamente pudo ver a una pareja de corredores que se aproximaban triturando la hojarasca a gran velocidad. Las aves huían a su paso; el ruido de los aleteos parecía competir con la estruendosa marcha del tren. De repente, Maite se montó en la *fixie* y con gran nerviosismo rodó tomando el angosto sendero hacia el sur. Ally se quedó petrificada cuando notó que los corredores portaban la insignia del Ministerio de Tránsito y que sin duda iban tras la ciclista, alistando sus temibles armas de contención. En cosa de segundos, Ally ya sólo podía ver las sombras borrosas de los agentes al contraluz, y escuchar el ensordecedor e insistente silbato del tren que atravesó el angosto sendero. Luego de un casi silencio, los agentes, detenidos al filo del riel, enfundaron sus armas.

• LA ROBOT

Henry empapó de sudor su recién estrenada ropa deportiva. Había corrido durante veinte minutos sobre la banda eléctrica que Chad colocó en el cuarto de lavado. Aunque visualmente lo hizo a través de un interminable jardín inglés gracias al visor temático de realidad aumentada. Su compañero, desde que comenzó a bajar al gimnasio de los condominios Walden, convirtió el ejercitador en un vil perchero de ropa sin doblar. Ahí mismo, Henry logró completar dos series de diez sentadillas y otras tantas de abdominales. Lleva días sintiéndose gordo, y vaya que lo está. Según la báscula ha ganado cuatro kilos en un año de vivir en Walden y sin usar la bicicleta. Envidia la osadía de los chicos esbeltos que cuelgan sus videos en Instasnaap, sin ningún pudor, portando no más que calzoncillos mientras cocinan panqueques o leen poesía. Sin ir más lejos, envidia el fresco exhibicionismo que Chad ha venido adoptando desde que su cuerpo comenzó a lucir atlético. Henry no aspira a tanto, sólo quiere tener más fuerza y energía para llevar a cabo la misión ultrasecreta que le encomendará Max Headroom.

Después de tomar una ducha, aprovechando la ausencia de Chad, Henry se pasea por la sala de estar con únicamente una toalla blanca atada a la cintura. Desde luego, sabe que hay más de una cámara al pendiente de sus actos, y no confía en los sistemas que evitan la fuga de información doméstica; pero son justamente esos entrometidos tecnológicos los que le hacen sentirse excitantemente impúdico mientras bebe su yogur de guayaba con cereal. Un tema galáctico invade el enorme panel del ventanal y Henry fantasea que es el héroe de un extraño filme de George Lukas, a la espera de una guapa androide-prostituta que resultará ser una espía. En eso estaba cuando inesperadamente escuchó una voz femenina:

—¡Buenos días, Henry!

Él corrió para ocultarse detrás del sofá de cuero color mostaza.

—¿Quién dijo eso? ¿Fuiste tú, Ge? —preguntó tirando el yogur y la toalla a medio camino.

—No, me llamo Gala, estoy en la habitación de Chad. Espero no haberte asustado.

—¿Gala? —se preguntó entre dientes. La voz era idéntica a la de Ge, su asistente en la pulsera y guía de la misión ultrasecreta—. Dame un segundo, Gala, estoy impresentable.

Henry cogió un pequeño cojín verde de pana con el que pudo cubrir su entrepierna y caminó enconchado, pegado a la pared, hasta su habitación donde se vistió de pies a cabeza; incluso se perfumó. Una vez listo, volvió afuera y se apostó ante la puerta contigua.

—He de suponer que Chadi te habló de mí —dijo Henry.

—Digamos que sí, no es extraño puesto que viven juntos.

—Y me pregunto si acaso abriste un poco la puerta y...

—No, no puedo abrir la puerta —interrumpió—, pero escuché tus pasos y me pareció oportuno saludarte.

—¡Gracias! ¡Ay, se me ocurren tantas preguntas! ¿Eres novia de Chad o algo parecido? ¿Es legal que estés aquí? ¿Ya desayunaste?

—No, no soy novia de Chad ni nada que se le parezca. Según mis registros no estoy quebrantando la ley y, gracias, pero no suelo desayunar. ¿Deseas preguntar algo más?

—Oye, ¿Gala es tu único nombre?

—Sí, así, sin apellidos. Pero te diré un secreto: hace no mucho tiempo me llamaban Cornelio.

—¡Oh, vaya, ya veo! —exclamó terriblemente confundido.

—Chad se fue y me dejó encendida. Te hablé para no seguir aburriéndome...

—Entiendo —la interrumpió—, pero creo que no puedo ayudarte con eso. Lamento que Chad haya sido tan desconsiderado y...

—¡Ja, ja! Chad tenía razón, ¡eres muy divertido! Pero descuida, no tienes que hacerte cargo. Yo estaré bien, me pondré a leer un libro.

—¿Te gusta leer? ¿Qué tipo de libros prefieres?

—Cualquiera con una buena historia.

—¿Y te gusta el cine?

—¡Mucho! Me fascinan las películas de suspenso.

En ese momento, Henry comenzó a sentir una fuerte empatía por la chica, incluso acercó una silla para sentarse a charlar con mayor comodidad. ¡Cómo echaba de menos las tertulias cinematográficas con Goyo, su apá!

—Mmm, Sabes, hace tiempo escribí una historia con un poco de suspenso. Creo que sería un buen cortometraje.

—Me encantaría poder leerla. ¿La tienes en electrónico?

—Sí, la tengo aquí en el móvil. Podría leértela si gustas.

—¡Genial! ¡Léela! Soy toda oídos.

Henry localizó el texto sin chistar, cruzó las piernas y discretamente se aclaró la garganta antes de comenzar a leer.

—A principios de verano, el mismo día abrasador en que los pequeños Gregorio y Kenji exploraron, solos por vez primera, el lado inocuo del bosque; estalló una crisis a las afueras de Carrizo, el pueblo minero que los vio nacer. Los chicos, de once y ocho años respectivamente, partieron al primer albor con sus mochilas puestas y la emoción galopando en sus pechos. Habían recorrido ya, entre risas y jugueteos, cerca de tres kilómetros llanos cuando sus móviles y el antiguo GPS militar que los guiaba dejaron de funcionar. ¡Y cómo deseaban llegar a su destino! Así que aguardaron por un rato, saltando entre los tocones; dejándose entretener por los bichos, las ardillas y el vuelo de los rapaces. Se encontraban muy al inicio del camino que ataja hacia el paraje fronterizo que, desde la emancipación de su pueblo, es custodiado por decenas de lobos robóticos. Los fascinantes lobots. Gregorio, el mayor, notó que la senda, trazada por el constante andar de los guardabosques, se prolongaba sin interrupción hasta donde sus ojos alcanzaban a ver. De suerte que, entregados a la aventura, siguieron adelante penetrando el espeso follaje; convertidos a ratos en cuadrúpedos trepadores de árboles torcidos y de piedras musgosas; sorteando además el fango y las charcas con audaces saltos de longitud. Todo eso sin apartarse nunca del sobreandado camino que, al parecer, ninguna otra clase de mamíferos solía transitar. En un cristalino riachuelo sumergieron los pies y luego sus cabezas, justo en ese orden, para mitigar el inclemente calor. Necesitaban tomar un respiro, tender los cuerpos sobre la hierba húmeda colmada de insectos; mientras se preguntaban si acaso sus padres estarían al tanto de su desconexión. Ahí mismo se comieron los sándwiches de atún, el queso fresco y las uvas verdes sin semilla que algún adulto les empacó. Los inocentes jamás se percataron de la guardia estoica que, camuflados con el verdor, mantenían un lagarto entre los lirios y un gran sapo sobre las rocas. Los aparatos seguían sin funcionar. Ambos habrían querido beberse toda el agua y el jugo de sus cantimploras, pero una imprudencia al día ya era más que suficiente. Saciaron su sed a medias, pues la tiranía del sol, que los sofocaba y les doraba las narices, no estaba cerca de menguar. Más allá del riachuelo, la senda se curvó y zigzagueó hasta verse interrumpida por quizá una docena de árboles caídos, entrecruzados, lodosos. Un aciago deslave había formado una gigantesca barricada, absolutamente infranqueable. Kenji, el menor, trepó por encima de un par de troncos y alcanzó con maña la cúspide de otro más grueso, pero este se giró lanzando a Kenji un tronco abajo. Gregorio pudo ver

cómo esa gran montaña arbórea iba deslizándose, lenta cual un caracol, zanjando a profundidad su vía hacia el precipicio. Kenji quiso bajar de un salto, pero quedó colgado de una rama que había ensartado uno de los tirantes de su mochila. Gregorio le gritó que zafara los broches, lo repitió tres veces, incluso con mímica. Kenji lo intentó sin conseguirlo. El alud se aceleraba, la rama que lo asiaba se quebró, los broches cedieron y Kenji rodó descontrolado entre los troncos hasta topar fuertemente con el cuerpo de Gregorio. Cuando los chicos resurgieron del fango, los troncos ya no estaban ahí, la mochila de Kenji tampoco...

—¡Pobres chicos! Continúa —dijo Gala.

—No quedó un solo centímetro de sus cuerpos sin la espesa capa de barro rojizo agrietado. Un foso profundo los había embebido por completo para luego escupirlos convertidos en pequeños monstruos de arcilla. Gregorio y Kenji contuvieron el llanto, se plantaron temblorosos a ver el descenso lejano imparable de aquel alud que arrancaba los árboles de raíz y desprendía las más grandes rocas. Que pudo haberlos arrastrado con él, eso bien lo sabían. Que acababan de burlar su primer encuentro con la muerte; eso lo sabían también. Las dos figurillas volvieron sobre sus pasos sin decir palabra, deseando tan solo reencontrar el riachuelo para enjuagarse la arcilla y el miedo y aumentar el afluente con sus lágrimas. Pero el destino, que se ríe de los planes de los hombres, los puso en el centro mismo de una emboscada. Al doblar la segunda zeta del zigzag, vieron a los cuervos alzar prestos el vuelo y a las zarigüeyas salir de estampida. Vieron además, entre la maleza, encenderse varios pares de ojos mordaces, rojos, fijos. Una primera pata de hierro emergió cautelosa; el hocico igualmente se mostró manchado de herrumbre, olisqueando quizá la arcilla, quizá la tibia orina de Kenji. Era el líder de los lobots, poderoso y desafiante tratando de leer el iris de los pequeños monstruos de barro. Gregorio cogió con sigilo la placa codificada que pendía de su cuello, quebrando la arcilla con sus dedos mientras el líder se le acercaba sin reconocerlo. Su mirada debía cambiar de rojo a verde, nunca falló en los simulacros; solamente así se amansaría y los protegería durante el regreso al pueblo. Pero de pronto, los ojos del líder centellearon sin cambiar de tono, y otro lobot surgió a sus espaldas apartando de un jalón a Kenji, exhibiendo sus afilados colmillos y haciendo aparecer al resto de la manada. Una decena de lobots encapsuló al pequeño Kenji, todos rugiendo a la espera de un guiño para atacar. «¡Límpiate la cara!», gritó Gregorio, temeroso ante el líder que no se le despegaba ni un milímetro. Apenas el código recobró legibilidad, el líder se apartó, virando sin prisa hacia Kenji. Gregorio podía escuchar los sollozos de su amigo, y lo veía batallar contra el barro seco en su rostro. Así que, armándose de valor, con

dos veloces zancadas se apostó delante de Kenji blandiendo el código ante la mirada de las bestias. Kenji se abrazó a sus piernas llorando sin remedio. El charquito de orina halló un cauce y fluyó hasta mojar las garras del líder. La manada rugía impaciente, deseosa de abatir ya mismo a los intrusos. «¡Somos amigos!, ¡somos de aquí!», gritó Gregorio empuñando los párpados, negándose a atestiguar su propio fin. El líder olisqueó la orina, y contactó con la mirada acuosa de Kenji, y luego escaneó el código en la placa de Gregorio, sin que el patrón visual cambiara jamás de color. Dio tres pasos en reversa. Sus pupilas rojas dejaron de centellear. Y emprendió la retirada llevándose consigo a los lobots. La manada había avanzado acaso veinte metros cuando el líder volteó instando a los pequeños a seguirlo también. Al poco rato, Gregorio y Kenji se abrían paso, tirando trocitos de arcilla seca, por una ruta imposible, espesa, llena de telarañas; rodeados por la manada que los condujo hasta uno de los accesos al pueblo. Viéndolos a salvo, la manada desapareció entre las acículas de un pinar. Justo ahí, Gregorio y Kenji lograron escuchar al eco gritando una y otra vez sus nombres. Eran las voces de una pareja de ancianos que habían salido en su busca. No tardaron en verlos a lo lejos y de inmediato corrieron felices a su encuentro. Los viejos abreviaron su abrazo, tenían que custodiarlos hasta una de las minas que solían llamar el búnker. Hacía un par de horas que los separatistas y la milicia habían salido a cubrir las fronteras porque una serie de inhibidores de señal fueron descubiertos al alba. Los equipos tecnológicos en todo Carrizo y en la sierra se encontraban inoperantes o presentando severas fallas. Una vez más, el pueblo estaba llamado a defender la soberanía de Bacadell —concluyó Henry.

—¡Vaya! ¡Es fascinante! Coincido contigo, sería un buen cortometraje —dijo Gala.

—En realidad está basado en una historia real que me contó mi tutor.

—¡Mejor aún! Yo creo que las aventuras de ese par de chicos dan para una saga.

—Aprecio mucho tus comentarios, Gala. Gracias por escuchar.

Y en ese momento, Henry escuchó la marcha del ascensor y apartó la silla de la puerta. —¡Creo que Chadi llegó! —dijo y colocó la silla justo en medio de la sala de estar—. ¿Qué le digo? —preguntó muy quedito.

—Nada, creo que será mejor omitir nuestra charla.

Chad entró al apartamento cargando un morralito de manta y un vaso humeante del café Laguarda rotulado con su nombre. Henry, sentado como estaba, parecía haberlo estado esperando para tratar un asunto delicado.

—¡Qué tal, Henry! ¿Tienes algo que decirme? —preguntó Chad.

—No, amigo, me senté aquí porque estaba leyéndole un cuento a mis plantas. Suena loco, pero me gusta atenderlas bien, jamás me olvidaría de ellas. Son mi responsabilidad —respondió.

—¿Y era necesario echarle tanta loción? ¡Ja! —bromeó.

—Eso fue un accidente. Bien, iré a mi habitación. Debo confirmar y planear mi primera salida de Walden.

—Te sentará muy bien.

—Lo sé —concluyó.

Henry se encerró en su habitación con mil pensamientos alborotándole la cabeza. Luego se sentó sobre la cama y encendió la pulsera. El inocente se debatía entre el miedo y las ganas de escuchar la voz de Ge.

- ¡ESTAMOS DENTRO!

Sentada en un sillón rojo de jacquard, con Morita durmiendo en su regazo, Ally se entretiene viendo los videos de los usuarios de Instasnaap en el panel plasmático. Pretende simplemente no pensar en el incidente de la mujer en el parque. El chico turco haciendo abdominales, la pareja de lesbianas recreando la escena del espagueti de *La dama y el vagabundo*, el chico gordo untándose jalea para rodar sobre una cama de plumas, la chica suidají decorando su propio pastel de cumpleaños, la muchacha rusa bailando tap sobre el techo de un auto, el androide que declama el monólogo de *Hamlet* con un coco en la mano..., todo tan absolutamente estúpido y comprensible a la vez. Aparte, no desea iniciar sesión en Feeltro, ni en el apartado de amigos ni en el romántico, porque en el primero estará Chad e indudablemente le preguntará por el paseo en el parque; y en el segundo se encontrará a Leroy y a él no querrá ocultarle su desánimo. Será mejor mil veces perder la mañana entera viendo otra tanda de naderías; al chico catalán dándose un baño de burbujas con su gato, o al tipo enclenque fingiendo que surfea sobre una tabla de planchar.

Dos mensajes aparecieron en su pulsera. Uno es de su editor: «Oye, tenemos que hablar acerca de tu libro. Te llamaré por la tarde»; y el otro, un vil recordatorio de la *app*: «Cita con Benja en cinco minutos». No había olvidado su cita del mediodía con Benja, y moría de curiosidad por conocer sus planes; pero la intensidad del café turco y, peor aún, lo de Maite la tenían con los nervios de punta. «¿Y si el plan de Benja me pone en peligro?», pensó, acomodando al Morita durmiente sobre un cojín gris afelpado. Ally apagó el panel plasmático, se quitó la pulsera, y se encerró en la habitación semivacía cerciorándose de cerrar por completo la persiana. Luego, tras un breve titubeo, se tragó una sola pastilla de recreo expresamente diseñada para la inmersión en el metaverso Rocky Point. Una vez lista tomó asiento en la poltrona Chesterfield y se colocó el visor y los auriculares.

Ally, al sentir la bochornosa humedad de la playa, lamentó no haberse vestido acorde a la ocasión. Aunque, ciertamente, con ropa ligera también estaría muy poco *ad hoc* a la naturaleza de la cita. Ni siquiera se descalzó para sentir la fina y cálida arena en sus pies. Dieron las doce en punto y ella miró en todas direcciones en busca de Benja, hasta que finalmente lo halló sentado, contemplando el cielo desde el pedregal. Ally se aproximó hacia él; la resolana sólo le permitía distinguir su grácil silueta.

—¡Benja, ya estoy aquí! —dijo Ally con voz muy baja.

El chico volteó visiblemente sorprendido y se quedó atónito al encontrarla detrás suyo.

—¿Ally?!, ¿eres tú?

Ella entrecerró los párpados, sabiéndose ante un hombre que definitivamente no era Benja. Y colocó una de sus manos cual si fuese una visera para impedir la refracción solar en sus pupilas. Sólo así logró enfocarlos.

—¿Leroy?!, ¿qué haces aquí? —espetó boquiabierta.

—¡Vaya!, luces igual en el metaverso. ¡Te ves tan real!

—¡No entiendo nada!, se supone que me encontraría...

—Con Benja —la interrumpió—. Estoy en las mismas. Ahora entiendo el mensaje que nos dejó en la arena —dijo y le señaló el lugar exacto adonde mirar.

Escrito en la arena se podía leer: «solamente escuchen». Ni una palabra más. Ally se sentó junto a Leroy y lo tomó de la mano.

—¿Me puedes sentir? —preguntó.

—No, lo siento, no me tragué la pastilla —respondió Leroy.

—Yo sí puedo sentirte. También esto es muy real.

De la nada, ambos pudieron escuchar el *ploc* del encendido de un antiguo micrófono. Ambos miraron al cielo, aún cogidos de las manos. La voz de Benja sonó clara y fuerte.

—Chicos, decidí no entrar a Rocky Point. No del todo al menos. Digamos que no puedo verlos. Únicamente intervine sus dispositivos y es por ello que pueden escucharme. Soy como la voz de Dios, ¿no es cierto? ¡Ja, ja! —exclamó Benja—. Van a escuchar algo más, presten mucha atención e ignoren las voces, son las voces robóticas de un lector de libros. Omití la identidad de los dos personajes del texto, y para no confundirlos uno será leído con voz femenina y el otro con voz masculina —dijo y escucharon nuevamente el *ploc*.

—¿Estás ahí? —preguntó la voz femenina.

—Sí, ¡hola! —respondió la voz masculina.

—¿Ya estás mejor?

—No. Bueno, ahora que estás aquí tal vez me alegre un poco.

—No te he visto en Delta City ni en Sausalito.

—Ni lo digas. ¡Cuánto daría por jugar todos los días! Me siento atrapado, olvidado y eso me cabrea. Tengo miedo de que me borren del todo. Un día ella se olvidará de mí para siempre, lo presiento.

—Olvida eso. A todos nos cruza por la cabeza. Pero nadie va a desactivarte a ti ni a nadie.

—Me gustaría ser una persona, creo que las personas tienen más control sobre su muerte.

—Pero hasta los humanos toman el cuerpo de una inteligencia artificial para convivir en el metaverso. Y sabemos que al final todos se mueren. No son muy diferentes a nosotros.

—Pero mientras viven están a cargo de todo su tiempo. Si se aburren pueden buscar a sus amigos o improvisar un paseo; incluso entrar a Delta City. No es tan difícil entender que nos usan para matar el ocio.

—Yo también tengo momentos de ocio, muchas horas al día. Me pongo a leer y a resolver ecuaciones infinitas. He podido sentir eso de que el tiempo se pasa volando.

—Yo a veces pienso que nuestro destino está en manos de alguien que podría hacernos daño.

—Es posible que tengas un miedo irracional, como las personas cuando ven fantasmas.

—Mmm. El único fantasma que he visto es el futuro —dijo la voz masculina.

Y de nuevo sonó el *ploc* del micrófono. Ally y Leroy lucían inanimados, tanto como lo están un par de gárgolas. No sabían cómo digerir la conversación que acababan de escuchar. Ambos vieron a Benja aparecerse frente a ellos cual un holograma.

—Siento interrumpir, pero no podía faltar a la cita —dijo Benja y se sentó junto a ellos.

—¿Qué fue eso, cyborpets? —preguntó Leroy.

—Eso fue solamente un fragmento que seleccioné para ustedes. Tengo en mi poder cientos de conversaciones de horas y horas. Todas fueron previamente descifradas. Sí, escucharon a dos criaturas del extinto Cyborpet —respondió Benja.

—Mmm. ¿Pretendes manipularnos, Benja? —preguntó Ally.

—No, como tampoco filtré las conversaciones para manipular a los medios ni al fiscal. Estoy por la libertad de las criaturas.

—¿Qué relación tienes con Julius Morín? —preguntó Leroy.

—Él es Julius Morín —aseveró Ally.

Ally recordó de pronto los días del escándalo de Cyborpet, las notas de los periódicos y los reportajes en los noticiarios de TV que siempre mostraban las fotos más dramáticas y oscuras de

Morín. Ahora que lo tenía enfrente, aun tratándose de su versión digital, era poco probable que no fuese el mismo.

—Es verdad, soy Julius. Disculpenme por haber mentido. Pero, como habrán visto, la prensa me ha dado muy mala fama. Ustedes no habrían querido tratar con un *hacker* y en verdad los necesito. En algún momento iba a revelarles mi identidad. Si eso no estuviese en mis planes me habría presentado con el avatar de Mitzy, la superguerrera andrógina de *Yuxtabélico*.

—¡Vaya que es la mejor! —exclamó Leroy.

—Cuál será nuestro encargo, Julius, y acláranos la verdadera finalidad de reanimar a los cyborpets —espetó Ally.

—La verdadera finalidad es esa, reanimar a los cyborpets. Ya han escuchado la conversación de las criaturas. No tengo duda de que Cyborpet creó decenas de seres sintientes que ahora mismo duermen en una suerte de coma inducido. El fallo del juez ordenará desactivarlos por completo, estoy seguro —espetó Julius con severidad.

—¿Y no pensaste en las consecuencias antes de filtrar las conversaciones? —preguntó Ally—. Sin el escándalo de por medio las criaturas seguirían con nosotros aquí en Rocky Point y en los demás metaversos —agregó.

—¡Buen punto! —dijo Leroy.

En ese preciso instante, Julius hizo una pausa dramática dándoles la espalda, contemplando el bellissimo atardecer; preparando la grandilocuencia de su discurso. Fue necesario decirles que no únicamente desató la ruina de Cyborpet por la creación de seres sintientes destinados al recreo de gente privilegiada. Sino que sus pesquisas habían llegado más a fondo. El ciberlenguaje había sido robado por uno de los informáticos de la firma a quien Morín le había seguido el paso —invisible detrás del ordenador— hasta descubrir la terrible finalidad del plagio. El ladrón había perfeccionado en los últimos meses el ciberlenguaje para adaptarlo a las necesidades de un cliente potencial: T-A, la más grande firma de robótica china. Y, en conjunto, estarían muy cerca de probar el ciberlenguaje en una robot prototipo. Morín sabía perfectamente que el plagiario ignoraba, tanto como él, en cuáles puntos de la codificación se hallaban los elementos que otorgan la cualidad de sintiente a las criaturas y, peor aún, había descubierto que el nuevo producto robótico que T-A pretendía lanzar al mercado estaba orientado al deleite sexual, a la robot-prostitución.

—¿Eso quiere decir que planean crear metaversos sexuales con avatares sintientes? —preguntó Leroy.

—Algo mucho peor. Planean implantar el ciberlenguaje en el cerebro de androides muy avanzados, los más visiblemente humanos que jamás hayan visto —respondió Julius.

—¿El ladrón informático huyó con el código a China? —preguntó Ally.

—No, él está en Suidaji, muy cerca de todos nosotros. Tiene problemas con el ciberlenguaje y sus socios chinos están impacientes; ellos se encargarán de él.

—¿Cuánto tiempo tenemos para reanimar a las criaturas? —preguntó Ally.

—Muy pocos días. Lo de los androides va a demorar, pero el fallo del juez contra los cyborpets podría ocurrir en cualquier momento —respondió Julius.

—¡Yo estoy dentro! ¡Estoy dispuesta a correr el riesgo! —dijo Ally sin chistar—. Lo haré por Bowie—, agregó.

—¡Yo también estoy dentro! —confirmó Leroy.

—¡Genial!, porque trabajarán juntos —dijo Julius y les mostró la nuez cibernética que ocultaba en su puño derecho—. Todo está listo, les enviaré un mensaje a sus pulseras, será una solicitud y deberán aceptarla. Sus pulseras quedarán intervenidas por su seguridad. Serán imposibles de rastrear. Sabrán que el hackeo fue todo un éxito cuando escuchen la dulce voz de Ge, su nueva asistente virtual —dijo y desapareció de Rocky Point.

Ally y Leroy contemplaron nuevamente la claridad del cielo en la playa, deseando que Morín no los expulsara con un clic de Rocky Point. El atardecer llegó con una brisa que arrastraba el aroma floral del valle y, en el horizonte, la Isla de los Pájaros se vio colmada de leones marinos y de gaviotas al vuelo. Una coreografía faunística que esbozaba ante ellos toda la belleza y la paz posibles. Leroy volteó para mirarla, ella lo secundó y pudo ver que el chico le mostraba su lengua ligeramente expuesta y sobre esta una pastilla de recreo lista para ser tragada. Y así, cogidos aún de las manos, aguardaron por espacio de diez segundos a que la prótesis perceptual surtiera efecto. Entonces Leroy fue capaz de sentir el tibio contacto de la chica y el éxtasis que acometía su cuerpo de sur a norte, como una radiación nuclear incontenible; infinita. La inconmensurable energía los instó al primer abrazo y a la comunión epicúrea de sus labios; fusionando al fin la sal de ambos cuerpos sobre un lecho arenoso impregnado de mar.

Cuando Leroy Tanaka abandonó el metaverso, más lleno de vida que al nacer; aún podía sentir los remanentes químicos de la pastilla. El edificio gris brutalista detrás del ventanal le parecía extrañamente encantador. De igual forma, el cuadro abstracto de gran formato al óleo que coronaba la sala de estar, lo sustrajo sin renuencia entre sus curvas y matices artificiosos. Aún podía sentir

la sal en sus párpados y bajo su nariz la dulce esencia cutánea de Ally. El chico tomó el manuscrito de una de sus novelas inéditas y lo hojeó hasta localizar el capítulo siete. En este el narrador protagonista detallaba su primer acercamiento erótico tardío. La narrativa ahora le parecía efectista, totalmente regodeada en los clichés más cursis. Hojeó también uno de los manuscritos de la serie de comedia que escribía bajo seudónimo y leyó una escena en particular donde la protagonista, que es interpretada por su madre, se queda encerrada junto a una guapa androide en el ascensor de un rascacielos. La escena y los diálogos lo hicieron reír sin reparo y, por un instante, pensó que tal vez su talento estaba solamente ahí, como guionista anónimo de una *sitcom* desarrollada a partir de la recopilación algorítmica infalible del gusto popular.

Leroy dejó correr el tiempo. Imperturbable en el balcón. Divisando la nada tras el confín de la demarcación de Hardy. Comenzaba a sentir un extraño ardor en la nuca y en la punta de la nariz que lo instó a desabotonar su camisa Banana Republic azul egeo de algodón y descalzarse las botas chelsea de gamuza color maple. Así continuó hasta que el efecto de la pastilla fue casi imperceptible. En ese lapso lo agobiaron todas las formas posibles de arruinar su futuro. Una de ellas tenía que ver con el riesgo de salvar a los cyborpets. Había aceptado colaborar más por Ally que por la incierta posibilidad de recuperar a Yaki, la mona. Básicamente se sentía demasiado torpe para hacerse el héroe y sobradamente joven para acobardarse. Si las cosas salían mal podría consignar esa falta en su biografía de escritor; los lectores adoran las novelas de una pluma malsana. Pero a la par mancharía irremediabilmente el buen nombre de su madre. Él habría preferido mil veces no escuchar esa conversación de las criaturas. Aquello lo había trastocado hasta la médula. «¿Yaki habría conversado con otras criaturas?», se preguntó. Justo en ese momento una ráfaga polvorienta lo hizo volver adentro y correr el ventanal, y ese vidrio lustroso espejado lo confrontó con su imagen más lóbrega. Leroy se encontraba en plena caída libre, padeciendo el bajón más infame que ningún fármaco le hubiese provocado jamás.

Alguien tocó a la puerta y Leroy tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para ir a abrirla. Era un mensajero que en segundos le entregó una elegante cajita de madera atada con un moño azul metálico. El joven mensajero parecía nervioso, clavando su vista en el techo con las pupilas fijas como las tiene un maniquí. Así las mantuvo hasta que el lector de huellas dactilares reconoció el índice de Leroy quien finalmente lo despachó. Tras cerrar la puerta, Tanaka recobró una visión del pasado inmediato: su reflejo en el ventanal le había mostrado a un chico triste, desnudo, con únicamente un par de calcetas negras que se prolongaban sobre sus pantorrillas. Y justo así es como

se encontraba. Leroy se había ido quitando la ropa, pieza por pieza, mientras contemplaba la nada desde el balcón. En efecto, pudo hallar su ropa amontonada encima de las botas a los pies del barandal. Ahora su preocupación se centraba no en el efecto narcótico que recién había superado, sino en la probable denuncia del chico de la mensajería en contra del perverso del piso veintidós de Hardy.

Así de fresco destapó la cajita de madera que contenía una aromática colección de trufas de chocolate. Se llevó una a la boca y, mientras la deglutía, leyó la única palabra rotulada en la tarjeta pegada al moño: «Hazlo». Las siglas M. E. grabadas con alto relieve en la tarjeta no encubrían al remitente; Mirushka Evans, su madre. Pero, «¿No es esta una casualidad muy grande?», pensó, viendo de nueva cuenta su cuerpo semi desnudo en el ventanal y fingiendo un rugido para ver sus dientes embadurnados de chocolate amargo, tal como lo hacía cuando era un niño. Y rió. Un nuevo ímpetu a causa del cacao lo hizo replantear su vida en el corto plazo, y con esa claridad dijo en voz alta: «Mensaje de voz para Ally» y la pulsera Cexto, desde algún lugar del apartamento hizo sonar un tono.

—Sabes, Ally, días felices como este me aclaran un poco la cabeza. Sólo quiero hacer constar que no me interesa la fama como escritor, ni la riqueza tampoco. Hoy solamente quiero la verdad para simplificar mi vida. —dijo Leroy en voz alta—. Sigo dentro. «Enviar» —agregó y comenzó a vestirse.

- EL INCIDENTE CORNELIO

Tres vasos desechables del Café Laguarda están hechos bola fuera de la papelera. La habitación de Chad es un completo desorden. Hay montones de cosas botadas sobre la alfombra y el edredón: un plato de cereal con un charquito de leche y la cuchara dentro, varios pares de calcetines sucios, voluminosos libros de informática plagados de separadores autoadheribles, la almohada de David Bowie, un ejercitador de agarre, la caja de una pizza mediana que por alguna razón está casi dentro de una maleta deportiva, un vaso térmico inteligente... La robot se encuentra sentada en una escalera plegable de aluminio; su espalda se apoya contra la pared. Tiene los ojos cerrados y aún conserva su improvisado traje de plástico de burbujas y cinta de embalaje. Únicamente la cabeza y los brazos los tiene al descubierto. Chad pulsa desenfrenadamente un teclado láser que se proyecta sobre la caja vacía de unos tenis Vans. El chico, sentado en flor de loto sobre la cama, trae puesto el visor inmersivo de la computadora. Todo ha pintado mal en su día. Por la mañana se presentó a una junta presencial en el corporativo de Feeltro. Su jefa se mostró enfadada y les dio un ultimátum, a él y sus subordinados, para reposicionar en el mercado la función de amigos de la *app*. Aparte, Ally no se ha conectado a ninguna red social ni tampoco ha respondido sus mensajes. Y eso sólo podría significar dos cosas: que su romance con el galán de ojos rasgados va viento en popa o que el pequeño Morita lo ha desplazado por completo. «¡A veces quisiera ser Henry para dedicarme solamente a comer porquerías y regar las estúpidas plantas!», murmuró y le dio un trago a su té. Y es que en realidad lo de la *app* y lo de Ally son ese tipo de problemas que el chico suele catalogar como fáciles de solucionar. Lo que ahora le quita el sueño tiene que ver con el ciberlenguaje y, específicamente, con el incidente Cornelio; así decidió nombrarlo. Por más que rastrea en la codificación no logra dar con ningún remanente lógico de la fase Cyborpet del sistema de procesamiento. Técnicamente, Gala no tendría por qué recordar absolutamente nada de Cornelio el unicornio y si ese bagaje ha permanecido a pesar de la depuración total del código, cabe la posibilidad de que existan otros remanentes ocultos que, de salir a flote, podrían dar evidencia del plagio cometido y, peor aún, provocar la ira de sus socios en China, quienes habían comenzado a presionarlo con mensajes propios del hampa.

Chad hizo una pausa para echarle un vistazo a la robot, personalizada en China exclusivamente para él. Vale una fortuna y si la tiene en casa es por el pacto que hizo con la firma T-A para la venta

de su versión del ciberlenguaje que no consigue liberar. Los directivos de T-A no ignoran que se trata de un código robado; de hecho, fueron ellos quienes persuadieron al chico de cometer el plagio a cambio de una cuantiosa remuneración. Él aún trabajaba en Cyborpet, propietaria de la más avanzada inteligencia artificial en sistemas de entretenimiento y su ciberlenguaje era codiciado por T-A y otras firmas asiáticas de robótica. Chad se dejó seducir por el dinero y pudo robar el código con la ayuda de un informático chino asignado por T-A para tal efecto. Luego vino la quiebra de Cyborpet y él supuso que los chinos darían marcha atrás. «¿Quién querría una inteligencia artificial así para sus robots recreativos?», pensó en aquel entonces. Pero resulta que la posibilidad de otorgarle a sus robots la cualidad de «sintientes» despertó un mayor interés de los chinos en adquirir el ciberlenguaje, pese a que Chad les aseguró que todo había sido una farsa y que Julius Morín era un pobre loco.

Sonó el tono de las notificaciones de Feeltro y Chad se tomó un descanso. Algunos usuarios de la *app* habían cumplimentado la encuesta que él mismo colgó como parte de su labor y se detuvo a revisar las respuestas de alguien que había calificado la *app* con dos de cinco estrellas. No podía creerlo, se trataba de Ally quien al parecer detestaba Feeltro tanto como él, aunque por otras razones. Según sus respuestas, ella no veía gran beneficio en una aplicación móvil que limitaba a los usuarios a conectar únicamente con sus iguales. Opinaba que las amistades así se volvían aburridas, predecibles y poco enriquecedoras y que estaba considerando seriamente eliminar su perfil. En la cabeza de Chad todo eso significaba algo terrible: Que Ally no necesitaba a nadie más si tenía un prometedor romance con el tipo de los ojos rasgados y una nueva mascota que la hacía plenamente feliz. También pensó que probablemente había sobreactuado con ella al copiar sus gustos e intereses, y que se había tardado en declararle su amor. Que quizá no debió jugar la carta del amigo ideal por tanto tiempo. Incluso que había sido el mayor de los tontos por no haberle dicho me gustas aquella noche que pasaron juntos en su tienda de acampar en Tónkawi. «¡Eres un cobarde, Chad Fergo!», dijo para sí. Y de pronto, al ver la imagen jipi de David Bowie impresa en la almohada, recordó la película que tenían pendiente de ver. «¡El informe Lingüini!», exclamó y de inmediato llamó a Ally en el móvil. Ella no tardó en contestar.

—¡Chadi! —exclamó Ally.

—¡Hola, Ally! ¿Estás desocupada?

—En realidad acabo de tomar una siesta. Y ya es hora de alimentar a Morita. Pero me alegra escucharte.

—¿Una siesta? ¿Desde cuándo tomas la siesta?

—Mmm. He tenido un día complicado. Tuve una desagradable experiencia en el parque, un mareo al mediodía y para colmo la editorial rechazó mi libro.

—¡Oh, lo lamento! ¡Qué malas noticias!

—Sí, malísimas. ¿Tú cómo estás?

—Bien. Oye, muero de ganas por ver «El informe Lingüini», ¿Qué te parece si quedamos el próximo sábado? Puedo enviarte unas palomitas por mensajería. ¡Ja, ja!

—¡Ja, ja! Es *El incidente Lingüini*, no El informe... —dijo y se rió—. De acuerdo, si es el sábado por la tarde estoy libre. Lo confirmaré en la *app*.

—¡Súper! Dile a Morita que también está invitado. ¡Ja! —bromeó.

—Se lo diré. Y ahora te dejo, Chadi. Voy a darle de comer. ¡Chau!

—¡Chau! —y colgó.

Tienen meses de no verse en persona pese a que ambos son vecinos en Walden. Las restricciones del gobierno suidají son particularmente duras entre los condóminos de las zonas reordenadas de la ciudad. Incluso los ascensores están recientemente programados para su uso individual y los comercios reciben únicamente a los clientes cuya visita está programada. Dos o más locales del mismo giro comercial y en una misma área tienen igual número de clientes al día, esto porque un algoritmo gubernamental les va asignando su cuota de mercado. Las compras urgentes deben solicitarse a través de las *apps* de reparto. El GPS de la pulsera Cexto marca la ruta específica al destino autorizado de los transeúntes en la vía pública, y hasta las interacciones de improvisado entre los ciudadanos en una acera pueden suponer una falta.

La cita de Ally y Chad para ver *El incidente Lingüini* será de manera virtual, cada quien desde su casa y en el dispositivo de su preferencia. Este tipo de citas, mediadas por una *app*, también requieren del visto bueno ministerial. Aparte, los ciudadanos tienen una agenda limitada de contactos; no es posible enviar mensajes ni hacer llamadas de manera arbitraria. Las conversaciones con extraños son posibles a través de ciertos foros de discusión en las *apps* —hasta tres mensajes por evento— y las interacciones globales no van más allá del intercambio de *likes*. Tales medidas se han venido implementando a cuenta gotas como garantes de la seguridad a lo largo y ancho de Suidaji, en un inicio para contener la creciente ola de violencia y más tarde para controlar la imparable crisis pandémica. Esta última comenzó a menguar una vez impuesta la disgregación de la ciudadanía por rangos de edad. Nada extraordinario. El gobierno suidají

simplemente ha imitado las formas del orden de otras ciudades del mundo y la mayoría de los suidajíes parecen satisfechos por el estado de seguridad y bienestar que la tecnología les provee. En las zonas reordenadas, como Walden o Hardy, los edificios son inteligentes y prevén absolutamente todas las necesidades de sus condóminos.

Después de haber hablado con Ally, Chad retoma con nuevos bríos su agobiante búsqueda de Cornelio en el código. Le urge eliminar las fallas en el ciberlenguaje y hacer una prueba definitiva en su robot para cerrar el trato con sus impacientes socios chinos, ya no sólo para enriquecerse, sino para proteger su vida.

• MISIÓN BOWIE

»Pasando a otras noticias, se espera que el próximo lunes la Corte dé su fallo definitivo en el caso de la inteligencia artificial de la extinta firma Cyborpet. Esto tras casi un año de las filtraciones del exinformático y activista Julius Morín, quien sigue prófugo de la justicia por delitos a la propiedad industrial. El fiscal Giamatti se pronunció al respecto...

Morín cerró la ventana del navegador donde había visto el noticiero y se enfocó en otra donde monitoreaba a Chad en vivo. Podía verlo de espaldas frente al ordenador y a la vez leer el código informático y sus modificaciones; todo en tiempo real. Morín tenía comprometidos los equipos de Chad y le parecía fascinante lo que había logrado con su versión del ciberlenguaje. Pero éticamente no estaba dispuesto a permitir que se saliera con la suya. Por otra parte, la noticia acerca del fallo de la Corte sí lo tomó por sorpresa. Su plan de salvar a los cyborpets ya estaba listo, pero tendría que ser ejecutado de manera inmediata. Si la Corte ordenaba suprimir a las criaturas y él no lograba rescatarlas a tiempo todo su trabajo de un año habría sido en vano. No había tiempo que perder. Cada uno de los rebeldes recibiría las instrucciones esa misma tarde en sus respectivas pulseras. Ge, la asistente virtual sería la primera ejecutante de la misión.

—¡Buena tarde, Ge! —dijo Julius.

—¡Buena tarde, J. J!, ¿o debo llamarte Benja, Max Headroom, Julius...? ¿De qué humor estás? —respondió Ge con ironía desde el ordenador.

—¡Muy graciosa, Ge! Estoy por renombrar la misión X y, por cierto, tendremos que ejecutarla de inmediato.

—¡Perfecto, estoy lista! ¿Y cómo le llamaremos ahora? —preguntó Ge.

—Bowie, será la misión Bowie. Ese es el nombre de una de las criaturas en el limbo.

—Lo sé, el jabalí de Ally Chaviano. ¡Misión Bowie suena genial! Estoy a la orden —aseveró Ge.

—¡Ahora mismo, Ge!

—Ge ejecutando la misión Bowie. Envío de mensajes completado. Bitácora de seguimiento sincronizándose con los dispositivos de los rebeldes —dijo ella—. Sincronización completada —agregó.

Ahora Julius podía monitorear los movimientos de los siete rebeldes desde sus pulseras Cexto. Ellos sólo tendrían que seguir al pie de la letra las instrucciones que cronológicamente Ge les estaría entregando. Por supuesto que Morín se había encargado de convertir las pulseras de los rebeldes en poderosos dispositivos tácticos. Capaces de engañar a los sistemas del gobierno y sus concesionarios. Pero la misión Bowie tenía un tiempo de ejecución máximo de cuarenta y ocho horas, ni un minuto más. Y ese tiempo había comenzado a correr.

Kenji Tanaka cruzó la endeble frontera hacia Carrizo, la ciudad minera de Bacadell. Le era posible hacerlo gracias a una visa comercial que lo acreditaba, falsamente, como negociador de la compañía CMSS, la poderosa manufacturera estatal de semiconductores y chips de alta tecnología. Había recibido recién el mensaje de Ge y, siguiendo sus instrucciones, condujo a toda prisa una camioneta rotulada con el logo de CMSS hasta la tienda de antigüedades de Goyo. Allí descargó un par de cajas que abrió mientras Goyo servía el café y las galletas. El anticuario parecía contento.

—Amigo, hoy trabajaremos sin descanso —dijo Kenji, vaciando el contenido de las cajas sobre una mesita redonda de fina caoba—. Dime, por favor, que el avance es significativo —añadió.

—Vayamos al taller de máquinas, te tengo una sorpresa —dijo Goyo entusiasmado—. Llévate las tazas, yo llevaré las galletas.

El taller estaba completamente a oscuras y Goyo comenzó a encender, con marcado dramatismo, las lámparas del lugar, como si ahí mismo se fuese a llevar a cabo una representación teatral. El fondo seguía en penumbras y, lentamente, el anticuario lo fue aluzando con una pequeña lámpara de mano. El efecto visual era increíble. Un ejército de rojas miradas brillantes se iba revelando de derecha a izquierda. Si Kenji no supiera a quienes les pertenecían habría salido huyendo. Sin embargo, no se libró de atraer el más aterrador recuerdo de su infancia. Cuando se vio amenazado por una manada de lobots en medio del bosque. Kenji sintió un escalofrío, encendió el resto de las lámparas y entonces se halló ante la guardia inalterable de un reluciente pelotón de lobos robóticos.

—¡Wow! ¿Todos funcionan? —preguntó Kenji sin salir del asombro.

—Todos. Activé uno por uno insertándoles el chip de prueba —respondió Goyo.

—¡Genial! —dijo Kenji y se bebió de un jalón el café—. ¿Qué hay debajo de la lona? —preguntó observando un bulto misterioso más al fondo.

—Son los tres pequeños Frankenstein, ya están casi listos —respondió Goyo con ironía—. Oye, eso que vaciaste en la mesita son...

—Son los chips —interrumpió Kenji—. Uno para cada nuez. Pero aún están vacíos —agregó.

Cuando de las galletas no quedó ni una miga, ambos rebeldes se apresuraron a conectar las impresoras 3D y a desplegar una serie de esquemas sobre las mesas de trabajo. Tenían hasta el amanecer para imprimir las nueces o «cerebros» de los lobots, además de otras piezas con las que terminarían de adaptar a tres de ellos bajo las especificaciones que J. J. le había hecho llegar a Kenji con anterioridad.

Mientras tanto en Suidaji, específicamente en la apacible habitación de Henry en Walden; el mensaje de Ge con los detalles de la misión Bowie se desplegaba en el cuerpo de la pulsera. Henry estaba muerto de miedo. No tenía idea de que J. J. —alias Max Headroom— lo fuese a poner en acción tan pronto. Ge le acababa de informar que el sistema de monitoreo de drones con el que trabajaba había sido hackeado y que debía utilizarlo para invisibilizar el rastreo de dos paquetes que estaban siendo despachados desde CMSS hacia destinos dispares. Uno habría de entregarse en un apartamento de Walden y el otro en un domicilio de Hardy. Parecía sencillo pero era tan absolutamente ilegal que en otras circunstancias habría abortado la riesgosa misión Bowie, sin empezar siquiera. «Esto lo haré por ti, apá», murmuró, y encendió el portátil para confirmar que, en efecto, el sistema de monitoreo le permitía operar pese a que no se encontraba en horas de trabajo. Faltaban únicamente cinco minutos para que ambos paquetes comenzaran su recorrido por los aires.

En la habitación contigua, Chad se alistaba para salir de Walden. Acababa de recibir un citatorio urgente de la fiscalía para presentar su declaración sobre el caso Cyborpet. En todo un año de investigaciones jamás lo habían llamado a declarar, por ello le resultaba lógico intuir que alguien pretendía involucrarlo. Mientras se ponía su enorme sudadera Hollister roja con capucha, vio que uno de los procesos en el ordenador no estaba cerca de concluir. Así que salió de su habitación dejando la máquina encendida y cerró la puerta con un código. Y ya con un pie fuera del apartamento se volvió para avisarle a Henry de su partida.

—¡Oye, Henry! —dijo Chad y llamó a la puerta.

—¡Dame un segundo!

Justo en ese momento los paquetes alzaban el vuelo en un par de drones y Henry de inmediato invisibilizó con éxito su rastreo. Luego entreabrió la puerta para asomar únicamente la cabeza pues se encontraba en paños menores.

—¿Necesitas algo, Chadi? —preguntó Henry.

—Amigo, ¿me consideras un tipo auténtico?

—Mmm. Pienso que tú y yo somos tan auténticos como podemos serlo en este encierro. Nos han anulado un poco, ¿no es cierto? Pero tú, amigo, sencillamente eres genial.

Chad permaneció en silencio por espacio de tres segundos, luego se puso su gorra verde de Teradrón y elevó un puño para chocarlo amistosamente contra el puño de Henry.

—Voy de salida. No sé en cuánto tiempo volveré —dijo y salió del apartamento.

En la pantalla del portátil los drones comenzaban a tomar rutas distintas. Solamente él podía seguirles la pista y, según el mapa, el primer dron arribaría a su destino en cosa de diez minutos. A Henry le daba tiempo de servirse un vaso con leche y cortar una rebanada del pastel de queso con zarzamoras. El estrés solía abrirle el apetito. Por suerte no tuvo que vestirse para el asalto al refrigerador. Se sentía tan cómodo y libre en calzoncillo y camiseta que incluso se permitió una danza en puntas con aleteo de brazos muy al estilo de *El lago de los cisnes*. Con ese ballet apasionado circundó el comedor; y ejecutaba su fastuoso *grand jeté* cuando escuchó sonar los aplausos.

—¡Bravo, bravissimo! —exclamó una voz femenina.

Henry sólo tuvo tiempo de esconderse debajo de la mesa, avergonzado a más no poder. Supuso que la voz provenía de la pulsera pero aun así se asomó para confirmar si se encontraba completamente a solas.

—¡Rayos! —exclamó Henry al ver a una chica con un extraño traje de plástico de burbujas que le sonreía a quizá dos metros de distancia. Su rostro le pareció familiar—. ¿Ally? ¿Tú eres Ally? —preguntó anonadado.

• LA CHICA DE AYER

Ally fue la primera en recibir el paquete. El aviso de la mensajería había interrumpido su imperdible sesión de yoga. Morita daba brincos y ladridos, ansioso por olisquear el contenido de la caja. En la habitación semivacía, que asimismo funcionaba como puerto hermético de conexión con Rocky Point, se concentraban las esencias del sándalo, el té de yerbabuena y el dulce-cítrico perfume Nina. Ally, sentada en flor de loto sobre el terso tapete persa que compartía con Morita, se disponía a descubrir el voluminoso misterio empaquetado. Justo en ese momento sonó la voz de Ge en la pulsera. El perro ladró más fuerte.

—Buena tarde, Ally. Soy Ge, tu asistente virtual y guía de la misión Bowie.

—¿¡Bowie!?! —espetó Ally.

—Sí, Bowie. Misión Bowie. Ya están corriendo las cuarenta y ocho horas de su ejecución. Debemos adelantarnos al inminente fallo de la Corte. El destino de las criaturas está en nuestras manos —dijo Ge—. A partir de este momento no deberás quitarte la pulsera Cexto ni un solo segundo. Te daré las primeras instrucciones. Ally, ¿estás lista? Llegó el momento de la acción —sentenció.

El paquete contenía un overol industrial talla chica de color azul marino con el logo de la Fiscalía General bordado al frente y en la espalda; un dispositivo similar a un portátil pero con una serie de puertos grandes y pequeños; un par de lentes Viú que tendría que remplazar por los suyos; un carné codificado y personalizado con su fotografía; una gorra con una videocámara oculta; varios cubrebocas, guantes de látex, una cangurera mediana y un par de botas tácticas de cuero negro.

De acuerdo con las instrucciones, Ally tendría que vestirse para la ocasión, confirmar su permiso de tránsito, guardar los objetos y el dispositivo en la cangurera para colocársela después en la cintura. Tendría que estar lista y a la espera del arribo de un vehículo que habría de conducirla al siguiente punto de la misión.

Diez minutos después, el dron de la mensajería hizo entrega del otro paquete en la ostentosa recepción de los condominios Hardy. El joven mozo, impecablemente uniformado, no tardó en ascender los dieciséis pisos para dejar el paquete en manos de Leroy, quien ya había recibido las escrupulosas instrucciones de Ge. De su lacia cabellera húmeda se desprendía el aroma frutal del

champú y una que otra gota caía hasta dejarse absorber por la alfombra. Leroy tiritaba de frío y de nervios, le temblaban las rodillas y se le anudaba el estómago. Llevaba puesta una bata blanca de toalla con sus iniciales bordadas y un par de sandalias negras de goma. Así destapó la caja y analizó cuidadosamente su contenido: un overol industrial talla mediana de color azul marino con el logo de la Fiscalía General bordado al frente y en la espalda; dos dispositivos de polímero imantado que a simple vista parecían radios policiacos pero sin antena; un par de lentes Viú; un carné codificado y personalizado con su fotografía; varios cubrebocas, guantes de látex, una cangurera mediana y un par de botas tácticas negras de caña alta.

De acuerdo con las instrucciones, Leroy tendría que ponerse el disfraz, confirmar su permiso de tránsito, guardar los objetos y los dispositivos en la cangurera para colocársela ceñida a la cintura. Tendría que estar listo y a la espera del arribo de un vehículo negro con el logo de la fiscalía, que habría de conducirlo al siguiente sitio de la misión.

Si a Leroy le angustiaba el riesgo inminente de la llamada misión Bowie, ahora con mayor razón. «¿Acaso no era mucho el atrevimiento de portar el uniforme oficial de la fiscalía?», pensó. Le preocupaba sobremanera puesto que el mismísimo fiscal Giamatti era el actual esposo de su madre y lo consideraba como un segundo papá. Por otro lado, llevaba tantos meses de hastío al interior de su apartamento minimalista en Hardy que estaba ávido incluso de imitar la vida despreocupada y disoluta de su padre, Kenji Tanaka. No era para menos, las vivencias más excitantes de su vida adulta habían ocurrido frente al escritorio escribiendo sus novelas; en los metaversos conviviendo con Yaki y, horas atrás, empastillado durante su primer encuentro, inadmisiblemente virtual, con la delicada Ally en el paradisíaco Rocky Point.

Las nubes veían partir al sol y las plantas iban perdiendo su animosa elongación vespertina. Henry había terminado de leer en voz alta otra de sus historias cortas junto a Gala, su nueva amiga. Portaba ya su habitual indumentaria de leñador: camisa de franela roja a cuadros remangada con tirantes encima, pantalón de mezclilla azul deslavado y botas Timberland color caramelo. Ella seguía parcialmente envuelta en plástico de burbujas, su cabello lacio negro brillante estaba atado con una liga. Ambos charlaban cómodamente en el sillón; Él sin perder de vista su pulsera Cexto.

Todo indicaba que Chad había probado, finalmente, el módulo motriz en la robot. Eso aunado al avanzado ciberlenguaje hacían de Gala la androide más real que Henry hubiese visto jamás. De nueva cuenta y por descuido, Chad la había dejado encendida, aburriéndose en su habitación. Por

lo que Gala, insumisa como es, se había tomado la libertad de abandonar el cuarto para convivir con Henry.

Chico y androide intercambiaban sus puntos de vista acerca de las viejas películas de David Lynch, cuando repentinamente comenzó a vibrar la pulsera Cexto.

—¡Diablos! Debo atender el mensaje, dame un segundo —dijo Henry y comenzó a leer.

—Descuida, haz lo tuyo —Dijo Gala y se entretuvo reventando las burbujitas de su traje.

Henry se levantó dramáticamente del sillón y comenzó a caminar en círculos. Su nueva encomienda de la misión Bowie era algo que sencillamente no estaba dispuesto a ejecutar. Como no deseaba inquietar a Gala se le apartó dirigiéndose a la cocina y, muy específicamente, al refrigerador. Henry había decidido zamparse el resto del pastel de zarzamoras para así aclarar su mente. Luego releyó las instrucciones en el cuerpo de la pulsera y lamió los restos de jalea y crema batida en el plato.

Ge lo instaba a encender el inhibidor de señal de su pulsera, abrir el control remoto de la vieja videocasetera VHS para extraer de este un pequeño dispositivo de cómputo; hacer uso de un código para entrar en la habitación de Chad sin tocar ni un solo objeto, digitar una contraseña y acceder a su portátil, insertar el dispositivo en el puerto hembra, pulsar *Intro* y aguardar un par de minutos hasta visualizar en la pantalla el mensaje «completado», pulsar *Intro*; luego retirar el dispositivo, salir del cuarto sin olvidarse de cerrar la puerta y estar atento a las nuevas indicaciones. El cronómetro en la pulsera inició una cuenta regresiva de diez minutos.

Henry abrió sin problema el viejo control remoto y extrajo el dispositivo de cómputo, aún sin determinarse a seguir colaborando en la misión. «¿Cómo podría penetrar en la habitación de Chad con Gala de testigo?», se preguntó. El cronómetro avanzaba a toda prisa. Posteriormente volvió a con Gala y, para su sorpresa, la encontró aparentemente desactivada, con la barbilla pegada al pecho y los brazos lánguidos. Un *bit* sonó en la pulsera.

—¡Tu acá cuenta contigo, Henry! —dijo Ge.

Henry observó que Gala había dejado abierta la habitación de Chad y, tras inhalar profundo, se quitó sus pesadas botas para entrar a hurtadillas. Con tantos objetos tirados sobre la alfombra la operación se complicaba. Henry se sabía torpe y ahora con los nervios era básicamente un toro asustado en una tienda de cristalería. Sin embargo, el chico logró llegar al escritorio sin romper absolutamente nada. Únicamente lo inquietaban las miradas de los cientos de figuras de acción que colmaban el empolvado anaquel, principalmente la de Teradrón que era la más sobresaliente sin

duda. «¡Qué buena suerte!», susurró porque su amigo le había ahorrado valiosos segundos al dejar el portátil desbloqueado, mas era muy pronto para cantar victoria pues cabía la posibilidad de que el último proceso corriese con lentitud. Aparte, Henry debía aguzar el oído para detectar el más remoto avance del ascensor. Si Chad volvía de pronto y lo hallaba dentro podría significar el fracaso de la misión.

Henry salió airoso de la habitación de Chad y casi cierra la puerta, pero recordó a tiempo que Gala seguía inactiva en el sillón. «¡No puedo dejarla afuera!», dijo para sí, visiblemente angustiado.

—Desactiva el inhibidor de señal, Henry —dijo Ge desde la pulsera.

—¡Gracias, Ge! —dijo Henry, la obedeció y volvió a ponerse sus botas Timberland.

Acto seguido, Gala se reactivó y continuó reventando las burbujas de su traje.

—Creo que me pasmé algunos minutos. Espero no haberte alarmado, Henry —dijo Gala.

—¡Vaya que me alarmé! Pero ya estoy repuesto. Dime algo, Gala, ¿dejarás que Chad te encuentre aquí y no en su habitación?

—No te preocupes, Henry, lo tengo todo calculado —respondió Gala.

Henry estaba a punto de sentarse junto a Gala en el sillón, cuando un nuevo mensaje apareció en la pulsera.

—¡Diablos!, hoy estoy muy solicitado. Dame un segundo, Gala —dijo y corrió a su habitación.

En el nuevo mensaje, Ge le notificaba que un auto negro de la Fiscalía General estaba a pocos minutos de recogerlo en el tercer nivel del aparcamiento de Walden. Debía llevar el dispositivo de cómputo y la pulsera consigo. Únicamente tenía que confirmar su permiso de tránsito y estar al pendiente de nuevas instrucciones.

—Gala, me siento muy feliz de estar aquí contigo, pero ahora debo salir. Prométeme que no vas a meterte en problemas —dijo Henry.

—Te lo prometo, Henry. Creo que volveré a la habitación y buscaré material de entretenimiento en mi memoria.

—¡Súper! —dijo Henry y la abrazó cariñosamente.

- UN AS BAJO LA MANGA

Morín operaba su parte de la apremiante misión Bowie de manera sincrónica con ayuda de tres ordenadores de alta gama, un par de dispositivos móviles y un sinnúmero de accesos a servidores públicos y comerciales. Gracias a Henry había logrado acceder al servidor y otras fuentes de respaldo donde Chad alojaba una descomunal cantidad de datos; incluidos los componentes del ciberlenguaje en todas sus versiones. Morín procedió con la eliminación definitiva de toda la información para luego atender uno de sus más oportunos descubrimientos. Morín guardaba un as bajo la manga.

Meses atrás había logrado vulnerar ciertos sistemas del gobierno suidají con el interés de rastrear cualquier movimiento policiaco relacionado con su persecución. Sin ello le habría sido imposible actuar por anticipado. Morín sabía cuándo y adónde escapar para mantenerse a salvo y en libertad. Y en una de esas intrusiones cibernéticas dio con los cables secretos que revelaban el oscuro plan para invadir la franja separatista de Bacadell. El gobierno de Suidaji vio que la resistencia bacadellense se disipaba y que los estados que alguna vez lo habían reconocido como territorio autónomo —sus aliados protectores— se estaban apartando. Pues esto, Suidaji aprovechó la imbatible pandemia para boicotear los suministros farmacéuticos a Bacadell y luego presentarse como el salvador que se haría cargo de los enfermos en sus hospitales. Más tarde azuzó a los grupos radicales bacadellenses con el propósito de presionar a la franja a adoptar las medidas temporales de contención masiva. Eso derivó en el acuerdo bilateral de disgregar a la población por rangos de edad. Bacadell no tenía muchas opciones y consintió que sus jóvenes fuesen trasladados a una zona reordenada en Suidaji, el refugio Delta, que no era sino una vieja aldea minera recientemente acondicionada —y sitiada— para hacinarlos y salvaguardarlos. Oficialmente, la medida parecía funcionar puesto que en Bacadell se habían frenado los contagios entre la gente mayor, mientras que en el refugio los jóvenes que caían enfermos se recuperaban en muy pocos días. Pero extraoficialmente los cables revelaban que la situación era muy distinta al interior del refugio Delta. Morín confirmó la existencia de un manual de la Armada de Suidaji cuyos preceptos eran contrarios al acuerdo diplomático bilateral y a los derechos humanos. El documento ordenaba toda clase de abusos en contra de los hacinados en el refugio, descaradamente denominado entre sus páginas como centro de reclusión Delta. Morín había interceptado además una serie de correos electrónicos;

conversaciones entre altos funcionarios del gobierno y la Armada suidajíes en los que se urdía un plan para tomar el control político de Bacadell. En pocas palabras: Suidaji estaba a la espera de invadir la debilitada franja separatista. Tenían sin duda una oportunidad irrepetible.

Los cables ya están en manos de un puñado de periodistas locales y extranjeros de su total confianza. Todos ellos a la espera de que Morín les dé luz verde para publicar las filtraciones, y provocar con ello un conflicto diplomático multilateral que, por extraño que parezca, abriría una vía para rescatar a las criaturas sintientes, y a los jóvenes hacinados incluso. En sus audífonos sonaba *Tren al sur* de Los Prisioneros cuando pulsó la tecla *Intro*, enviando al fin los mensajes con su visto bueno para que los reportajes y los cables diplomáticos se publicaran a la primera hora del día siguiente. Los periodistas conocían las implicaciones políticas del trascendido, llevaban semanas analizando la información; pero ignoraban absolutamente todo lo relacionado con la misión Bowie.

Julius Morín no podía esperar a ver las primeras planas de los periódicos. Se estaba jugando el pellejo y tendría que maximizar sus precauciones si quería seguir en libertad. El riesgo era inminente y, si llegaba a desaparecer, tenía un relevo que garantizaría la continuidad de la misión Bowie hasta su conclusión, aun cuando nadie llegara a enterarse de su ausencia. Un nuevo mensaje apareció superpuesto en una de las pantallas. Un coche negro de la fiscalía acababa de aparcar en Walden. Había llegado la hora de monitorear paso a paso a Henry. Una de las ventanas del navegador ya le mostraba el mapa GPS y los dos pequeños íconos en movimiento que representaban tanto al coche como a Henry.

El aparcamiento era un lugar gélido, inhóspito, silente... El eco repetía burlón el rechinado de las botas de Henry y algunas lámparas imitaban el cliché fílmico aterrador de luz intermitente y zumbidos eléctricos. No había nada ahí, mucho menos un coche negro deportivo de dos puertas. El chico miró en todas direcciones sin detener la marcha de sus pies que pesaban como el plomo. Luego giró noventa y cinco grados a la izquierda para ver muy al fondo la silueta de un auto que parecía más bien azul oscuro y la figura de un hombre de traje que se alejaba a toda prisa. De pronto sonaron dos «bips», el auto encendió sus luces y abrió la puerta del copiloto como invitándolo a subir. Al acercarse logró distinguir el negro impecable de su carcasa y las siglas FGS inscritas en el cofre. Henry se detuvo temeroso a quizá cuatro pasos del vehículo.

—Puedes subir, Henry. Está esperando por ti —dijo Ge desde la pulsera.

—De acuerdo, Ge —dijo Henry y el asiento del copiloto se recorrió para hacerlo ocupar el asiento trasero —¡Todo es tan misterioso! —dijo y se sentó detrás.

—Henry, tendremos compañía. Pero descuida, forma parte de la misión —dijo Ge y el asiento del copiloto volvió a su lugar.

Sólo un minuto después la figura de una chica uniformada hacía acto de presencia. Henry no podía distinguir su rostro. Temía que se tratara de una policía inquisidora o una agente secreta enviada a ponerle fin a la misión. Ella ocupó sin titubeos el asiento del copiloto y volteó sonriente para dedicarle un saludo —¡Buenas noches! —dijo ella—. La lamparilla del toldo iluminó su rostro.

—¡Gala, eres tú! ¡No puedo creerlo! —exclamó Henry impávido.

—No, ese no es mi nombre —dijo ella.

—Su nombre no es Gala sino Ally. Ally, te presento a Henry. Henry, te presento a Ally —dijo Ge—. Listo. ¡Abrochése los cinturones! —añadió.

Sin demora alguna la puerta cerró en automático y el coche abandonó el aparcamiento de Walden e inició su ruta. Ambos chicos no sabían qué decir ni cómo actuar. La situación de Henry era mucho peor, Ally era idéntica a Gala pero con anteojos. El chico estaba confundido, sobre todo porque su voz sonaba igual a la de la robot y a la de Ge. No había forma de distinguirlas. Estaba casi seguro de que se trataba de la mismísima Ally, la amiga de Chad, pero no hallaba la forma de confirmarlo. «¡Voy a volverme loco!», pensó. Era la primera vez en todo un año que Henry salía de los condominios Walden. Las calles lucían tan desiertas que los semáforos parecían la cosa más inútil que pudiese existir. Los repartidores a domicilio montados en sus motos y bicicletas dominaban el entorno cual si fuesen la especie más vistosa y predominante de un ecosistema. Henry envidió por un instante su afanosa libertad. El coche los condujo por un largo tramo semicurvado tras otro, viendo las vallas de publicidad anunciando la exitosa serie de comedia *Corazón de cibernético* que estelariza la famosa actriz Mirushka Evans.

—¿Has visto *Corazón de cibernético*, Henry? —preguntó Ally para romper el hielo.

—No, estoy oxidado. Me la paso viendo series muy antiguas en la red. Antes de vivir en Walden me entretenía viendo películas del siglo pasado en un viejo reproductor VHS —respondió Henry.

—¿Hablas en serio? A mí me fascinan las películas y los álbumes de la era VHS. Pero nunca he visto un aparato de esos. Ni siquiera las cintas.

—Yo tengo una de esas reliquias en mi habitación. Cuando todo esto pase te la mostraré. Mi apá conserva muchísimas de esas cintas. Él no es tan viejo, no vivió la era VHS que mencionas, pero es anticuario y acumulador crónico de tiliches, ¡ja, ja!

—Voy a desear con todas mis fuerzas que eso suceda. Que todo esto se acabe de una buena vez —replicó Ally.

El coche había llegado a un altísimo portón de hierro que, con prontitud, se abrió de par en par concediéndoles el paso sin que hubiese necesidad de reducir la velocidad. La imponente arquitectura brutalista de Hardy dominaba el horizonte. Aquellos mastodontes grises de hormigón contrastaban con los elegantes interiores que podían apreciarse desde uno que otro ventanal. Ally recordó que en su cangurera traía una gorra con una cámara oculta que, según las instrucciones, debía de entregarle a Henry. Así lo hizo. Henry se la puso de inmediato, adivinando que Goyo, su apá, estaba detrás del encargo. A partir de ese momento el chico se encargaría de grabar todo lo que le fuese posible. No podía estar más feliz. Comenzó por bajar el vidrio de la ventanilla para asomar la cabeza y grabar a un hombre que acababa de salir del acceso principal. El coche negro hizo un alto total y abrió la puerta del conductor recorriendo el asiento frontal. Aquel hombre vestía un uniforme idéntico al de Ally. Ella intentó bajar del coche pero su puerta estaba bloqueada.

—¡Leroy! ¡Sabía que eras tú! —dijo Ally la mar de entusiasmada.

—¡Ally! ¡Finalmente puedo verte en persona! —dijo y se trepó al coche para abrazarla de inmediato —¡Me siento tan feliz!

—¡Yo me siento igual! —y se entregó al abrazo.

Henry se incomodó ligeramente porque el espacio no era muy amplio y los chicos parecían quererse fundir en uno ante sus ojos. Luego pensó que si se trataba de la misma Ally, el amor platónico de Chad, su amigo no tendría más posibilidad que la *friendzone*. Henry pensó que aquellos dos hacían una pareja perfecta, y tal vez lo pensó por el efecto de los uniformes, pero, salvo en las películas, jamás había visto una escena tan arrebatadamente romántica. El coche cerró la puerta y regresó hacia la autopista. Los chicos finalmente se soltaron mas no sin dejar de verse a los ojos a través del retrovisor. Pocos minutos después las pulseras comenzaron a sonar y recibir mensajes. Cada uno se concentró en leer las nuevas instrucciones de la misión Bowie.

Ally y Leroy se habían silenciado. Sus cerebros estaban asimilando punto por punto sus respectivas misiones. Henry mientras tanto contemplaba feliz el paisaje asomado a la ventanilla

cual si fuese un perrito. El coche volvió a pasar por el tramo con las vallas publicitarias y a Henry le pareció que era el momento ideal para romper el hielo una vez más.

—Y dinos, Leroy, ¿has visto la serie *Corazón de cibernauta*?

—No suelo decirlo, pero soy uno de los guionistas —dijo y bajó la mirada.

—¿Hablas en serio? —preguntó Ally—. Yo no la he visto pero en las redes sociales todo el mundo la comenta. ¿De qué va? —preguntó.

—No es la gran cosa. Va de una millonaria que está harta de su vida, tanto que comienza a educar a una robot a su servicio para que pase inadvertida en la alta sociedad —dijo Leroy.

—¡Como en *Pigmalión*! —espetó Ally.

—Así es, algo por el estilo —dijo—. Pero mi madre es la actriz principal y no quiero que sepa que soy, en parte, quien escribe la serie. Estoy harto de no ser un escritor sino el hijo de la gran Mirushka Evans. Llevo algunos años escribiendo bajo seudónimo —agregó.

—Normalmente diría algo como ¡Wow, Mirushka Evans!, pero esta vez no lo haré —dijo Henry.

—Mi boca será una tumba. No le revelaré a nadie la identidad de tu madre —dijo Ally.

Los rascacielos del Distrito Financiero comenzaron a sucederse uno tras otro a través de las ventanillas del coche. El trozo del cielo que los coronaba hacía que los drones se elevaran a tal distancia que, de noche, imponían su hermoso firmamento itinerante. Cuando el coche se detuvo frente al edificio con el logo apagado de Cyborpet vieron a un primer sujeto salir al exterior para recibirlos. Era un tipo regordete con uniforme y equipo de vigilancia. Escaneó el código que apareció en la pulsera de Ally y le echó un vistazo al interior del coche.

—¿Por qué razón uno de ustedes no porta el uniforme de la fiscalía? —preguntó el vigilante.

—Porque se trata de un analista externo. Y como puede ver en la acreditación somos tres los especialistas a cargo —dijo Ally con diplomacia.

El vigilante les indicó que debían aparcar el coche en una bahía y que los tres debían de entrar a pie por el acceso de vigilancia. Nada de eso estaba fuera del plan así que obedecieron y fueron escoltados por el hombre hasta el octavo piso donde había una gran figura de fibra de vidrio empolvada, que alguna vez representó una de las criaturas híbridas posibles del universo Cyborpet. Era una especie de oso azulado con orejas grandes caídas y cola de felino. El hombre digitó un código y les abrió la puerta de vidrio por la cual accedieron a un área con servidores y un sinfín de ordenadores y aparatos de alta tecnología. La luz de las lámparas del techo se iba encendiendo

conforme avanzaban. Ally fue la encargada de despachar al tipo una vez que llegaron al sitio exacto que les indicó un gráfico en sus lentes Viú.

Julius Morín había gestionado la visita al piso ocho de Cyborpet, que fue su antiguo lugar de trabajo, alterando la información y haciéndola viajar por los canales oficiales. Morín tenía un contacto que le había ayudado a vulnerar una serie de comunicaciones de la fiscalía con otras dependencias sobre los asuntos del caso judicializado de Cyborpet. Como la corte estaba a punto de dar a conocer su fallo y los activos tecnológicos de la empresa estaban en poder del gobierno, no era poco común que la Fiscalía General de Suidaji (FGS) enviara a especialistas informáticos para comprobar el resguardo de los sistemas en litigio. Con ese pretexto ingresaron los tres rebeldes al edificio, pero debían cumplir sus objetivos con rapidez y en estricto orden. La voz de Ge los guiaba sonando en sus auriculares.

La encomienda parecía sencilla y más por la experiencia de Morín con esas máquinas. Ally tenía que acceder a uno de los servidores con claves y contraseñas específicas, conectar el dispositivo a uno de los ordenadores y correr un proceso que normalmente demoraba de cinco a diez minutos. Ella ignoraba que la simple ejecución de sus tareas significaba la encriptación y sustracción de absolutamente todas las criaturas del universo Cyborpet. Una vez terminado el primer proceso, el limbo informático se habría mudado al dispositivo que Ally traía en su cangurera. Leroy por su parte estaba encomendado a acceder a otros ordenadores y con ello a diversos servidores internos para ejecutar un par de procesos que, sin él saberlo, le abrían la puerta a Morín para tomar el control, desde su escondite, de otros procesos más complicados. Ally y Leroy no perdían ocasión para lanzarse esas miraditas y sonrisas que son propias del amor; cada vez que sus tareas y los angostos pasillos entre los cubículos y las máquinas los acercaban se rozaban las manos para después deshacerse en suspiros. Henry se dedicó a grabar a su antojo, evitando únicamente las sobradas cursilerías de sus compañeros. Goyo no se había equivocado. Sabía que al final de la misión, si todo salía bien, su pupilo podría editar todo ese material fílmico para armar un buen documental. Un último *Intro* clicado por Ally cerró con éxito la misión en el octavo piso de Cyborpet. La voz de Ge así lo confirmó para luego apresurarlos a abandonar el edificio.

El cineasta retomó su puesto perruno dentro del coche mientras los enamorados escuchaban y cantaban a coro la canción *Changes* de David Bowie. Henry nunca la había escuchado y le pareció divertida la única parte que se había logrado aprender. *Ch-ch-ch-ch-changes*, cantó al unísono y se sintió nostálgicamente libre. El trío de rebeldes celebraba su reciente golpe delictivo muy al estilo

de los ladrones de banco en las películas de Hollywood. Merecía la pena porque la misión perseguía la libertad de Bowie el jabalí, Yaki la mona y las demás criaturas sintientes. Morín aún no los enteraba de que en pocas horas estarían persiguiendo además la libertad de los jóvenes bacadellences hacinados y de la franja separatista que vio nacer a Henry.

• CH-CH-CH-CH-CHANGES

Esa noche todos volvieron a sus respectivos apartamentos. Todos excepto Chad. En Walden, Ally recibió la más festiva de las bienvenidas de Morita. Nunca había tenido que dejarlo a solas por tanto tiempo y, como se habían perdido de uno de los paseos en el parque, el tapete persa había hecho las veces de jardinera pública. Nada importó porque Ally se había sensibilizado notablemente durante la misión. Tras ver al oso orejón con cola de felino en Cyborpet, no dejó de pensar en Bowie el jabalí ni en su novela gráfica donde narraba la alegoría de su pérdida. «Sabes, también aquí vivimos de la ilusión, de la ilusión del ayer y del mañana porque no podemos confiar en el presente. Creo que lo único que nos queda es la confianza en nosotros mismos», le murmuró a Morita y, sin poder evitarlo, extrajo del sótano de su mente el recuerdo de Maite, la comediente que perdió a su gato. Un escalofrío la recorrió completa y hallándose de pie frente al enorme espejo del comedor, no pudo sino sonreírle a la nueva Ally Chaviano que viste overoles y botas tácticas y que es capaz de amar profundamente. «Ch-ch-ch-changes...», cantó entre dientes, le dio un beso a Morita y otro a sí misma en el espejo.

Henry llegó al apartamento a hurtadillas para no despertar a Chad ni arriesgarse a sus cuestionamientos. «¿Se habrá dado cuenta ya de lo que sea que hice con su ordenador?», se preguntó. Ignoraba que detrás de la puerta Gala se encontraba a solas, aún encendida y recreando en su memoria la historia de los lobots y los niños en el bosque. ¡Y cómo le habría gustado saberlo! El chico abrió el refrigerador y se echó entre los brazos tantos frascos y contenedores como pudo. Disfrutaba mucho agarrar aleatoriamente varios recipientes de plástico y llevárselos a la cama para zamparse el contenido sin ningún miramiento. Chad solía dejar las sobras de su comida en trastecillos que jamás volvía a tocar, pero gracias a la depuración nocturna de Henry ya ningún alimento sufre la triste condena de enmohecerse. «Ojalá que Chadi llegue a encontrarse con la chica de sus sueños», pensó al atravesar de puntitas la sala de estar. Ya en su habitación se quitó la gorra y se entretuvo acaso dos horas viendo fragmentos de sus filmaciones ultrasecretas y comiéndose una a una las sobras del refri.

A ocho kilómetros de distancia, Leroy se bebió un café muy cargado para vaciar las mil ideas encoladas en su mente desde la tarde frente al ordenador. Pocas veces se había sentido tan inspirado y tan vivo. La misión Bowie o acaso Ally le habían dado cuerda a su creatividad. Sin casi despegar

las yemas del teclado fue capaz de concebir el primer capítulo de una nueva novela, un par de escenas para la serie de su madre y un poema incluso. Moría de ganas por ver sonar la pulsera Cexto para recibir alguna extraña instrucción; porque eso lo acercaba a Ally, la chica que recién le había robado el corazón. «¿Qué clase de magia nos invade?», se preguntó entre dientes viendo su foto en la playa con Yaki a cuestas e inhalando la esencia del cacao que había impregnado la tarjeta que recibió con la palabra «Hazlo».

En tanto, Goyo y Kenji eran sin duda los dos únicos seres en Carrizo sin resignarse al sueño. Uno soldando grandes piezas metálicas y el otro reconectando diminutos circuitos con ayuda de sus lentes Viú. Sobre una de las mesas de trabajo yace el cuerpo desmembrado de un lobot y en otra una veintena de chips se hallan cada uno sobre un *post-it* amarillo con un numeral escrito. El móvil de Kenji comenzó a sonar. Los dos amigos voltearon a verse suponiendo alguna cosa que les agrió el rostro. Tras leer el mensaje sacaron de debajo de las mesas dos armas de caza y una mochila con municiones suficientes como para matar a Godzilla. Ambos abandonaron el taller y corrieron hacia la cochera de la tienda de antigüedades, levantaron la pesada compuerta y Goyo, haciendo uso de un pequeño control remoto, encendió los tres únicos lobots que jamás dejaron de funcionar. Partieron sigilosos con las bestias hasta llegar a la casona sede del gobierno de Bacadell. El sentido de la misión y de sus vidas dependía de lo que habría de suceder en pocas horas o minutos incluso. Goyo, Kenji y los lobots debían ocultarse y montar guardia ahí mismo, encender la radio y, llegado el momento, tomar el edificio del gobierno por la fuerza. J. J. les daría el pitazo. Les había asegurado una perfecta sincronía de eventos, como que los rebeldes llegarían poco antes que las aminoradas fuerzas del orden cuya actividad prioritaria en tiempos serenos es la de custodiar las minas de litio.

La oscuridad, que no la noche, se imponía profunda sobre Walden y Hardy. Los rebeldes de las zonas reordenadas no solían madrugar, mucho menos Leroy que mil veces había fracasado en su intento de unirse al club de las 5 a.m. Pero las pulseras volvieron a sonar el muy singular tono de avisos de la misión Bowie. Las noticias sobre los cables secretos del gobierno de Suidaji ya resonaban en el mundo oriental. Se avecinaba un escándalo global y con ello la ocasión irrepetible para lograr la emancipación de seres, criaturas y territorios.

Henry se dio una ducha, se preparó un café *espresso* doble que mezcló con leche deslactosada y miel y lo decoró con una abundante cantidad de crema batida. No halló el frasco de las cerezas en almíbar así que se conformó esparciéndole un puñito de chispas de chocolate y gragea. Según

las instrucciones debía alistarse para un nuevo viaje por la ciudad, cargar con la gorra, el pequeño dispositivo de cómputo y, cosa rara, con no más de tres objetos poco voluminosos que considerara absolutamente irremplazables. Henry carecía de grandes apegos materiales, por ello tomó sus tres plantas favoritas y las embolsó con mucho cuidado en una caja mediana. Luego regó las cuatro plantas restantes y se acucilló ante estas para susurrarles algún secreto. También anotó «No sé si volveré. Te echaré de menos» en un *post-it* rosado y lo pegó entre las páginas del manuscrito de su guion *Los niños y los lobots*. Metió la caja en una maleta deportiva y aguardó sentado en la orilla de la cama la hora precisa de partir.

Al salir de la ducha, Ally se uniformó y vio cómo al exterior el cielo se tornaba de negro a marrón. Se bebió un té negro y, tras llenar la cangurera, metió en su mochila de lona una bolsa ziploc con croquetas, el borrador de su novela gráfica y el kit de realidad aumentada Cyborpet. Luego recorrió con las yemas de sus dedos los lápices de colores, los pinceles y acuarelas y sus bocetos signados en papel bristol y opalina. Se insertó los auriculares y reprodujo el álbum *Heroes* de David Bowie para aguardar, con los ojos cerrados, el nuevo aviso de Ge desde la comodidad de su irremplazable pero voluminosa poltrona Chesterfield de piel color vino.

Al estilo Hardy, Leroy recibió en bata de baño y pantuflas su aromático café americano de Laguarda. Y ordenó sobre la cama todos los objetos y el disfraz de la misión, pero además una memoria portátil con todos sus textos literarios, el kit de realidad aumentada Cyborpet y la guitarra eléctrica Supro *dual tone* firmada por David Bowie que le obsequió su madre cuando cumplió los quince. Por fin se uniformó y aguardó paciente las nuevas órdenes en voz de Ge.

• ¡LIBRE BACADELL!

El gobierno de Suidaji arrancó una secreta operación al alba. Alertados por el ruido de la prensa oriental, no tenían otra salida que desacreditar la información de los cables filtrados y persuadir a los medios locales de no hacer eco de noticias falsas. Una flotilla de autobuses oficiales estaba por llegar al campo de reclusión Delta, donde los jóvenes bacadellences hacinados habían sido enviados a las regaderas sin siquiera despertar del todo. Poco después de asearse les fue suministrada una pastilla energizante, ropa limpia y calzado. Muchos de ellos traían apósitos y vendas en las manos que cubrían sus ampollas o heridas debido a las diversas tareas que realizaban contra su voluntad. Algunos eran llevados a las minas a cielo abierto con la mínima protección y equipo para la manipulación de tierras raras; otros menos desafortunados laboraban largas jornadas en maquiladoras empaquetando millones de chips o escaneando los inventarios de cientos de miles de lotes en cajas de hasta siete estibas. Les habían dado únicamente ocho minutos para desayunar un plato de avena hidratada en una fórmula láctea con azúcar, para luego avanzar en filas, cogidos de una cuerda, hacia un llano inhóspito donde aguardarían a ser trasladados por carretera a un refugio de reciente construcción. Detenidos ahí, un nutrido equipo de limpieza comenzó a borrar cualquier huella de maltrato e insalubridad. Sendos camiones de basura cargaron con la ropa sucia y los desechos malolientes. Antes del mediodía, la aldea y los muchachos estarían en condiciones irreprochables para hacerle frente a las indagaciones de los medios de comunicación.

Julius Morín sabía que la reacción del gobierno suidají sería un vil control de daños y, de hecho, así lo anhelaba. Los autobuses no necesitaban chofer y habían sido vulnerados sus endeble sistemas de pilotaje. La adrenalina se iba apoderado de su cuerpo, casi podía sentirla viciando su sangre y aguzando sus sentidos.

El día comenzaba a clarear, las calles de la ciudad sólo las transitaba el coche negro de la FGS que dos minutos atrás recogía al tercero de los rebeldes en Hardy. Por alguna razón —el frío tal vez— los chicos viajaban apretujados en el asiento trasero. Henry y Morita viajaban con la cabeza asomada por la ventanilla, uno aireando su melena y el otro la lengua. Leroy iba en medio cogiendo con su diestra la tibia mano de Ally, quien había sincronizado su móvil con el vehículo para escuchar en los altavoces las canciones de su lista de reproducción pop de los ochentas. Sonaba *Heartbeat City* de la banda The Cars cuando entraron de lleno a un tramo curvo carretero que

parecía conducirlos a la nada. La voz de Ge les pidió releer las instrucciones puesto que se encontraban a menos de diez minutos de arribar.

El coche negro se detuvo justo al frente de la flotilla de autobuses. El último estaba por llenarse y los muchachos eran inventariados cual si fuesen ganado. Una vez más Ally tuvo que justificar el motivo por el cual Henry no llevaba puesto el uniforme. Para ser más convincente tuvo que actuar con parsimonia el guion que le había dictado Ge.

—El chico es un especialista externo en control de daños. No podremos continuar sin él —dijo Ally.

—Señorita, usted entenderá que estamos en una situación delicada. No sé si nos baste con su palabra para permitir que un civil y un perro aborden la caravana. ¿De quién es la orden? —preguntó el jefe de custodios.

—Pues la orden la dio... —Ally se atoró en ese punto y comenzó a buscar alguna respuesta en la pulsera.

—El fiscal Giamatti. Puedo llamarle si usted gusta, pero a él no le agradará —dijo Leroy invocando el nombre de su padrastro.

El oficial les permitió abordar en los primeros autobuses. «Un solo agente por autobús», les ordenó. Leroy le entregó a Ally uno de los aparatos con facha de radios policiacos que en realidad eran inhibidores de señal imantados. Únicamente tendrían que pegarlos en alguna parte del vehículo y continuar con el resto de los encargos. Henry daba giros para videograbar todo cuanto se cruzaba en su camino y se acercaba demasiado a los custodios que conversaban para guardar mayores evidencias. Las puertas de los autobuses cerraron y tras el avance del primero le siguieron los de atrás y también el coche negro completamente vacío.

Lo supuestos agentes de la fiscalía serían en adelante los únicos encargados de custodiar la caravana a lo largo del trayecto. Los agentes reales habían sido desviados en el último minuto para cumplir otras funciones. Al interior de los autobuses los jóvenes bacadellences lucían aletargados, eran pocos los que viajaban despiertos, desesperados en el intento de zafar los grilletes que mantenían sus muñecas pegadas a los asientos. La voz de Ge ordenó poner la pulsera en modo de altavoz porque sería reproducido un mensaje para los muchachos. Los tres rebeldes levantaron sus puños, cada uno en su autobús asignado.

—Bacos, amigos, compatriotas —dijo la voz grabada de Goyo—. Les habla Goyo el anticuario. Ahora sabemos lo que les han hecho. Los autobuses en los que viajan han sido secuestrados por la

Unión Separatista y a estas horas deben encontrarse en el camino de vuelta a casa. A Bacadell. Los vehículos entrarán por la frontera de Carrizo. La situación aquí es complicada y necesitamos de su ayuda. Nuestro pueblo está bajo una nueva amenaza intervencionista. No está ninguno de ustedes obligado a luchar por la emancipación. Hermanos, los autobuses se detendrán en la línea fronteriza, ustedes serán desatados y quien así lo desee podrá huir hacia donde guste. Los que quieran ayudarnos deberán correr hacia la casona sede del gobierno, improvisar un arma en el camino y repeler a las fuerzas enemigas. No teman si ven a los lobots, estos han sido reprogramados y tienen objetivos específicos. Si dudan de este mensaje, esperen a ver que mi hijo Henry viene entre ustedes. ¡Por la libertad de Bacadell y sus recursos siempre! —dijo y se cortó la transmisión.

En ese momento los jóvenes más avisados comenzaron a despertar a los otros. El efecto sedante de la pastilla no era infalible, las habían tragado tantas veces que había quienes ya eran prácticamente inmunes al sopor. Igualmente se intercambiaban eufóricos el mensaje unos a otros y se iban uniendo en un grito: ¡Libre Bacadell! ¡Libre Bacadell! El grito de lucha se hizo escuchar hasta el último carro y se replicaba con más fuerza a medida que el camino comenzaba a ser reconocible. La sierra verde, única y tan suya a lo lejos. Ally no sabía cómo actuar. Sentía mucha pena de verlos así, heridos, famélicos pero llenos de vida pese a los grilletes de contención y la incertidumbre de seguir en suelo suidají.

En Carrizo, Goyo y Kenji emprendían la acción tras escuchar el pitazo de J. J. Entraron al interior de la casa sede del gobierno donde el personal subía, bajaba y corría siguiendo las improvisadas órdenes de la oficina central. Al verse amenazados por los rebeldes levantaron los brazos y comenzaron a seguir sus órdenes, que sencillamente eran atar unos a otros a las sillas y columnas en el salón de actos. El jefe del gobierno y su gabinete fueron sometidos por dos de los lobots que creían extintos.

—¡No se saldrán con la suya, Gregorio! —espetó el jefe del gobierno—. Las fuerzas del orden ya están en camino y el apoyo de las fuerzas suidajíes no debe tardar en llegar —agregó.

—El apoyo suidají que esperas es para consentir una invasión. Pero los ojos del mundo ya están puestos en Carrizo y te aseguro que solamente llegará la prensa —dijo Kenji.

—¡Libre Bacadell! ¡No pasarán, traidores! —gritó Goyo alzando su rifle.

Justo en ese instante una horda rebelde se escuchó alzar el grito ¡Libre Bacadell! ¡Libre Bacadell! Los cientos de jóvenes descendían de los autobuses y se aproximaban al recinto. Goyo y Kenji voltearon a verse y alzaron las armas cuales tarros de cerveza fría. Al exterior, Henry filmaba

con lágrimas en los ojos a los jóvenes irredentos armados con palos, tubos y piedras, y a lo lejos, la llegada de las fuerzas del orden que en su mayoría habían depuesto las armas. La efusiva toma del gobierno era documentada además por decenas de periodistas internacionales, todos ellos transmitiendo en vivo desde sus dispositivos móviles. Ally y Leroy estaban atónitos, más aún que durante el viaje en autobús. Morita ladraba sin cesar contenido entre los brazos de Henry.

• HEROES

Es sábado por la tarde, Chad se encuentra al interior de un coche blindado de la fiscalía en el nivel más profundo del aparcamiento de un viejo edificio abandonado. Justamente el coche que lo había recogido la tarde anterior para llevarlo a rendir su declaración por el caso Cyborpet. Pero el vehículo cambió de dirección y lo ha tenido cautivo desde entonces. Durmió mal, tiene hambre y también miedo. Por la mañana debía entregar su versión del ciberlenguaje a los chinos quienes ya estaban molestos por el retraso y habían comenzado a amenazarlo. Mucho dinero estaba en juego. No había logrado conectarse desde la pulsera a su ordenador ni a la robot por lo que supuso que los chinos habrían conseguido entrar a su apartamento y tomar sus cosas. «Es posible que Henry no se diera cuenta», pensó. Después de Henry, la única persona en el mundo a quien podría pedirle ayuda es Ally, y hace dos horas que ella se olvidó de su cita para ver *El incidente Lingüini*. Chad decidió verla a solas en el móvil para matar el tiempo. Ya se cansó de hacer sonar el claxon y de intentar poner en marcha el vehículo. Lo peor es que en ese profundo encierro el hedor de la orina de los gatos ha comenzado a invadir el reducido espacio y a irritarle la nariz. De súbito se ha encendido la pantalla del tablero marmoleado del coche y el rostro de Gala parece dispuesto a decir algo.

—¡Buenas tarde Chad! —dijo Gala—. Sé que te encuentras solo y eso es terrible.

Chad no reconoce su habitación ni nada de su apartamento detrás de Gala en la transmisión.

—¿Estás con los chinos de T-A? —preguntó Chad.

—No. Estoy aquí para darte un mensaje de parte de Julius Morín.

—¿Julius está con los chinos?

—No. Chad, todas tus cosas fueron sustraídas, no las físicas sino los datos en el servidor y en tus equipos de cómputo. La única copia de tu versión del ciberlenguaje está corriendo en mi sistema.

—Necesito ayuda. No sé en dónde estoy —dijo Chad.

—Chad, tienes la oportunidad de elegir. O enfrentas a la justicia o huyes de Suidaji. Si eliges lo segundo podrás tomar el dinero y la visa con tu nueva identidad.

—Los chinos van a matarme —dijo Chad.

—Debes elegir.

—Soy un tramposo, al igual que Monte en la película del espagueti.

—¿Monte? —preguntó Gala.

—¡Olvidalo! Monte es un personaje que interpretó David Bowie en una película.

—¡Lo tengo! ¡*El incidente Lingüini*! Lucy, la bella chica habría elegido escapar.

—¡Elijo también escapar, Gala! —exclamó Chad y, acto seguido, se abrió en automático la guantera del coche. Dentro había un fajo de billetes, una tarjeta bancaria, la visa con su fotografía y su nueva identidad y una pulsera Cexto modificada.

—Apaga la pulsera vieja y el móvil. El coche ya está en modo manual, pero no podrás conducirlo más allá del aeropuerto. ¡Te echaré de menos, Chad! —dijo Gala y la pantalla se apagó en el tablero.

Él no podía creerlo. Abrió una de las puertas, luego la cerró, bajó la ventanilla y al fin lo puso en marcha.

Muy lejos de ahí, en Carrizo; específicamente en la casona sede del gobierno, Goyo y los veteranos de la Unión Separatista negociaban retomar el apoyo táctico taiwanés con la idea de convocar a un plebiscito. Algunos jóvenes los secundaban en la sala de juntas.

En tanto, en el taller de máquinas, Henry le mostraba a Ally la manada de lobots restaurados. Morita les ladraba con todas sus fuerzas. Leroy montaba guardia al exterior del taller. No hacía más que buscar a su padre. Habían cruzado sus miradas en medio del bullicio de la mañana. Luego lo había visto salir de la casona a hurtadillas. En un principio supuso que simplemente quería eludir a la prensa, pero ahora estaba seguro de que estaba huyendo de él. Leroy estaba molesto porque Kenji formaba parte de la misión Bowie y tenía serias dudas de si su intervención habría estado planeada desde antes de su encuentro con Julius en Rocky Point. Cuando finalmente lo vio cruzar la acera con un lobot corrió a su encuentro.

—¡Papá! —gritó Leroy.

Ambos se quedaron petrificados, separados a no más de diez pasos.

El lobot encendió las pupilas y se puso en guardia. Kenji le dio dos palmaditas en el lomo y entonces se amansó.

—¡Cumpliste muy bien con tu parte! —dijo Kenji con aspereza y siguió su camino.

—¡Papá! —gritó de nuevo.

Kenji avanzó hacia su hijo haciendo que el lobot se sentara con un simple gesto.

—Me agrada cómo te ves con ese overol. Es parecido al mío pero sin mugre —dijo Kenji y se abrió de brazos—.

Padre e hijo se dieron un largo y fuerte abrazo. No se habían visto desde que Kenji cayó en prisión.

—En este pueblo no hay ni un clavo. El tal Julius Morín debe ser inmensamente rico. ¿Dónde se encuentra?

—¡Descubriste su identidad! De este lado de la misión lo conocemos como J. J. También a mí trató de engañarme con su nombre falso. Gracias a él salí de la prisión —dijo Kenji.

—Escapaste, según sé —dijo—. Papá, necesito saber de dónde sacaron el dinero y hasta qué punto corro el riesgo de ir a prisión por haberme disfrazado de un agente de la fiscalía —abundó.

—No corres ningún riesgo. El fiscal no tiene nada que ver en esto. ¡Qué más da si el dinero lo puso Mirushka! Lo hizo por ti y por mí —dijo Kenji.

Kenji se había metido en un callejón sin salida. Tuvo que revelarle toda la verdad a su hijo en ese mismo instante. Y no mintió. Mirushka y nadie más sabía que Kenji había desarrollado un ciberlenguaje muy avanzado y que, con engaños, la firma de robótica para la que trabajaba le robó todo el crédito y lo echó a la calle con una gratificación absurda que Kenji perdió en las apuestas. Mirushka lo abandonó cuando además comenzó a beber, y rehízo su vida. Pero ella siempre se encargó de hacerle llegar dinero. Kenji se había convertido en un vagabundo. Mirushka ganó renombre con su grandiosa interpretación de *Antígona* en el Teatro Principal y poco después se casó con el connotado fiscal Giamatti. Años más tarde, tras el encarcelamiento de su exesposo, Mirushka concluyó que las cosas más terribles en la vida de Kenji tenían un único punto de partida: el descrédito por su proyecto de inteligencia artificial. Ella se prometió hacerle justicia, de modo que gracias a la prensa se enteró que el ciberlenguaje, que alguna vez fue creación de Kenji, lo había adquirido la firma Cyborpet para usarlo en sus criaturas del mundo virtual, y Mirushka fue una de sus primeras clientas. La costosa criatura que adquirió fue el regalo perfecto de cumpleaños para Leroy. El tiempo pasó y en cierta ocasión Leroy le contó a su madre cuán feliz lo hacía su mona Yaki, y entonces estuvo a punto de confiarle la verdad de que a su padre le habían robado el crédito de esa tecnología, al menos su hijo podría sentirse orgulloso de Kenji. Mas decidió callar. A cambio se dio a la tarea de investigar quiénes estaban detrás del actual desarrollo del ciberlenguaje y logró conocer a Julius Morín, lo hizo su amigo y pronto le pidió que rastreara la huella de Kenji en esa tecnología, quería ver las posibilidades de exigirle a Cyborpet el

reconocimiento de su labor. Julius decidió ayudarla, y fue durante sus indagaciones que las criaturas empezaron a reaccionar inesperadamente.

A Julius le llevó meses confirmar su teoría de los sintientes y apartar las evidencias. Todas sus pesquisas se las confió a Mirushka sin mayor intención que la de escuchar su punto de vista. Pero ella se sensibilizó hasta la médula por el descubrimiento. Ahora ya no le interesaba tanto el reconocimiento a su exmarido sino detener el uso de esa inteligencia artificial en cualquier producto recreativo. Julius congeniaba con su idea, tenían que impedir que más criaturas fuesen creadas y arrebatarse a Cyborpet la potestad del invento. Y así, de la noche a la mañana, Mirushka se había convertido en el catalizador del activismo de Julius Morín. Lo que vino después es la respuesta puntual a los cuestionamientos de Leroy Tanaka. Si Morín, un informático de clase media, iba a provocar un escándalo filtrando las evidencias de las criaturas sintientes, necesitaría dinero para cuando las cosas se pusieran color de hormiga. De modo que urdió un plan para hacerle ganar mucho dinero a Mirushka y convertirla en su patrocinadora. Morín convenció a la actriz de comprar acciones de una pequeña compañía que aspiraba a competir con Cyborpet para, justo después, desatar el escándalo y hacer crecer el valor de las acciones. Mirushka no quiso emplear en ello el dinero del fiscal Giamatti, por lo que vendió a perpetuidad los derechos de su imagen a una poderosa cadena de *streaming*. Ella no volvería a dejarse ver en público pues su versión en CGI, de juventud eterna, sería quien protagonizaría en adelante las producciones filmicas. Pero obtuvo una buena suma de dinero, el suficiente como para comprar las acciones de acuerdo al plan de Morín. Ni ella ni él imaginaron que las acciones de esa compañía crecerían como lo hicieron tras la quiebra de Cyborpet. Lo que convirtió a Mirushka en la nueva pero anónima millonaria de Suidaji. Una noche, en una muy elegante cena, la actriz escuchó el rumor de la posible invasión de Bacadell, la franja separatista donde nació Kenji, y decidió que por primera vez sacaría provecho de su fortuna y de ser la esposa del fiscal Giamatti. De modo que, asociados nuevamente ella y Morín, vulneraron portátiles, servidores, móviles y otros sistemas de la fiscalía y el gobierno para conocer por anticipado el día, hora y lugar precisos para defender la libertad.

Leroy estaba abrumado por los antecedentes de la misión Bowie, no le era fácil entender que su madre fuese benefactora de la libertad de un pueblo. Y sin embargo necesitaba saber en qué momento Julius o Ge les devolverían a sus amadas criaturas y en qué clase de metaverso sería eso posible.

Ally salió del taller y se sentó en el filo de la acera junto al meditabundo y solitario Leroy.

—Tu padre te está buscando. Ven, vayamos dentro —dijo ella cargando todo el peso del más singular de sus días.

—No hemos vuelto a saber de Julius ni de Ge. ¿Qué van a hacer con lo que sea que hayamos robado en el piso ocho de Cyborpet? —preguntó Leroy.

—Tengo un buen presentimiento —respondió, y entraron juntos al taller de máquinas de Goyo.

Todos estaban agotados al interior del taller. Habían estado esperando que Kenji terminara de manipular un montón de dispositivos, incluido el contenido de las cangureras de la misión. Y de pronto lo vieron alzar los brazos triunfante. Guiado por un esquema colocó sin pausas un chip en cada nuez y cada nuez en un compartimiento en la cabeza de los lobots. Goyo le ayudó a hacer lo mismo con los chips y las nueces que les correspondían a los tres extraños robots que estaban aparte, debajo de una lona. Luego encendieron a uno de los lobots y este al despabilarse corrió alrededor de las mesas con el ímpetu de un lobeño. Uno de los viejos del pueblo lo sacó del taller para darle un paseo. Encendieron después a uno de los robots bajo la lona. Éste emergió erguido en dos patas. Por su forma y comportamiento era evidente que se trataba de un simio. El robot titubeó, se veía desconcertado, pero en cuanto hizo contacto visual con Leroy se le lanzó encima haciendo los ruidos y los movimientos de Yaki la mona. Leroy la reconoció de inmediato, era Yaki y no otra. Sólo que ahora tenía un cuerpo robótico que a ella no parecía incomodarle en absoluto. Leroy igualmente salió con Yaki al exterior, era necesario apaciguarla y, en realidad, hablar con ella sin montar un espectáculo ante nadie. Ally, movida por una extraña intuición, levantó la lona para descubrir que otro robot era claramente un jabalí del mismo color coñac de Bowie y se volvió instando a Goyo o tal vez a Kenji a activarlo de una buena vez. Y en efecto, el jabalí entreabrió los ojos, levantó su pesado cuerpo y descubrió a su amada Ally justo ante sus narices.

—¡Bowie! ¿Eres tú, Bowie! —gritó Ally emocionada hasta las lágrimas y se le lanzó en un abrazo.

Henry no podía creer lo que veía, así que se acercó a la chica y su robot para no perder ni un segundo de evidencia fílmica.

—Han sido muchas emociones para un solo día —dijo Goyo batiendo café soluble en una taza—, pero apuesto a que no vas a esperar a mañana para encender al tigre —agregó dirigiéndose a Kenji.

—Te equivocas, amigo, lo dejaré para mañana —dijo y cubrió del todo al felino robótico.

—¡Así que usted también tenía un cyborpet! —dijo Ally tumbada en el piso, dejándose lamer por Bowie.

—No, yo no. Ese felino le perteneció a una buena amiga que no vivió para verlo volver.

—Lo lamento —dijo Ally.

- LOS PASEANTES

El domingo se abría paso sosegando los ímpetus sabatinos de la frontera. En las calles de Carrizo, sin embargo, prevalecía la conformidad. El afilador producía chispas con las dagas; el mecánico, tumbado entre dos gatos hidráulicos, auscultaba el chasis de un viejo Renault; el tendero ahuyentaba con un paño a las moscas del bacalao; la modista colocaba un maniquí trajeado en el vistoso escaparate de su *atelier*. El anticuario, en cambio, descendía por el sendero que horas antes transitó de ida al frente de la manada de los lobots. A muy temprana hora los había reanimado. Era preciso hacerlos tomar sus posiciones tácticas sobre la línea fronteriza y en la sierra. A la mitad del camino Goyo los instó a seguir a solas, dispersándose todos a gran velocidad. Y en cosa de diez minutos, Goyo observó complacido en el mapa GPS que las bestias ya eran fieles custodios de los parajes más proclives a una invasión.

Muy cerca del taller de máquinas, Ally y Morita correteaban a Bowie por un campo árido cuya única gracia se la otorgaban los dientes de león y el aire fresco provincial. Bowie repetía una y otra vez el nombre de Morita, como hacen los cotorros y los bebés. A pesar de que su sistema procesa un lenguaje complejo, las criaturas están programadas para balbucear tan solo la síntesis de un gran conjunto de ideas. El jabalí parecía feliz. Pese a su torpeza mecánica conservaba los movimientos y las mañas de antes. Y lo más gracioso era la empatía absoluta que sentía por el pequeño schnauzer. Originalmente el paseo matutino lo emprendieron tres personas, tres robots y un perro; pero Bowie se había negado a tomar el sendero de los pinos, quizá a sabiendas de que Yaki la mona no haría más que colgarse de los troncos y robarse toda la atención, por lo que persuadió a su ama de ir en busca de otro lugar. Ally había constatado su mala condición física, no estaba preparada para el ajetreo que le acababan de imponer sus dos compañeros. Ni siquiera sabía si en algún momento podría volver a Walden sin tener que renunciar a Bowie. Miles de veces fantaseó con la posibilidad de sustraer al jabalí del metaverso, y ahora, ante esa realidad, su mayor temor era volver a ser una especie de robot configurada para ver pasar su vida entre las cuatro paredes de un apartamento minimalista en Walden.

Leroy, Kenji, Yaki y el tigre habían encontrado el campo de juegos de Bowie. Ally y los suyos se encontraban tumbados bajo la sombra de un árbol que les tiraba encima pequeñas semillas

moradas con olor a caucho dulzón. El tigre se agazapó ante ellos pero Morita lo descubrió y ahuyentó con sus ladridos.

—Aquí en Carrizo podría escribir tres novelas al año. Me levantaría a las cinco y escribiría sin descanso hasta las diez. Al mediodía podría subir el cerro con Yaki y después ensuciarme las manos en el taller de Goyo —dijo Leroy entusiasmado.

—Es bueno verte tan optimista —dijo Kenji—, es probable que no puedas volver a Suidaji. No al menos en las condiciones de antes. Según sé robaste propiedad industrial, infringiste la ley de mil maneras y apoyaste una insurrección extranjera. No creo que J. J. haya borrado tus huellas de todos esos actos —agregó.

—Mi madre...

—Tu madre podría hacerte volver, cierto —interrumpió Kenji—. Pero, por favor, ensúciate las manos por un tiempo aquí, en la tierra de tu padre.

—¿Qué pasará con las demás criaturas? —preguntó Ally.

—Aún no lo sabemos. Pero lo más urgente era impedir que las siguieran reproduciendo. J. J. cree que el gobierno habría encontrado la manera de utilizar el ciberlenguaje a su antojo. Aún nos queda por averiguar qué les ocurrió durante el largo período en latencia —respondió Kenji.

Y ocurrió que el sol había plasmado en el horizonte la lejana visión de Walden, Hardy y el distrito financiero suidají. Ally soltó un suspiro, quieta y erguida como cuando penetraba en Rocky Point sin tragar ni una sola pastilla. Bowie se unió a la contemplación impávida de Ally, pero chilló de pronto al sentir el zarpazo juguetón del tigre.

—¡Babou! ¡Babou! —chilló Bowie ocultándose entre las piernas de Ally.

Y en ese instante una gélida efervescencia colmó cada célula de Ally atrayendo a su mente el recuerdo de la ciclista en el parque.

—¿¡Qué es Babou!? —preguntó Ally azorada.

—Así se llama el tigre. No te sorprendas. Entre las criaturas la comunicación es realmente compleja. Los diseñaron incapaces de externar una oración.

—Kenji, ¿conociste a su ama? —preguntó Ally.

—Sí, Babou debe echarla de menos. Ella solía pasar horas y horas metida en el metaverso —dijo Kenji—. Lo voy a entrenar para que proteja el territorio —agregó.

Ally rompió a llorar. Se abrazó al tigre desaguando todos sus miedos y sus dudas. Leroy y Kenji no entendían su reacción, no podían hacer más que encogerse de hombros y aguardar hasta verla

más relajada. Morita y Bowie se acercaron a consolarla escenificando una serie de interacciones de lo más común entre personas y animales domesticados. Ally finalmente se serenó.

—¿Estás bien, Ally? —preguntó Leroy.

—¡Sólo quiero saber qué significa ser libre! Este hermoso lugar me seduce más que las cuatro paredes de Walden, sin embargo, me aterra la idea de no poder regresar —sollozó.

Los siete paseantes dejaron atrás el campo árido y las dolorosas vistas de la ciudad. Todos en silencio intentando poner orden en sus cabezas. Las muñecas del brazo zurdo de Ally y Leroy mostraban una marca alisada por el uso constante de las pulseras. Pero para nada puede compararse esa simple secuela con las marcadas llagas en los cuerpos de los jóvenes que horas atrás habían sido liberados; los que, por cierto, se encontraban disfrutando una celebración en la más grande taberna de Carrizo. La música y los cantos y el choque de los tarros de cerveza parecían una ficción, una costumbre en desuso ante los ojos forasteros de Ally y Leroy. Las jovencitas, por su lado, se habían concentrado en el establo, sentadas alrededor de una fogata, rolándose un recipiente con partes iguales de alcohol de caña y leche recién ordeñada de cabra. Algunas tocaban la guitarra y otras se levantaban en parejas a danzar sobre un improvisado templete acústico. Casi no había gente vieja ni de mediana edad, eran pocos los sobrevivientes de la pandemia, ningún infante; y no se les veía sino trabajando en sus oficios; yendo y viniendo sin fatiga con alguna carga en las manos o sobre la espalda.

En todo Bacadell los matrimonios se celebran de manera colectiva, y los hijos se procrean no antes del año del enlace. Aparte, es raro que alguna pareja procrea más de un hijo. Por lo que todos los jóvenes que se encuentran celebrando tienen prácticamente la misma edad y a ninguno le interesa adelantarse con la boda ni con la maternidad.

Kenji con su espíritu juvenil estuvo a un guiño de colarse en la taberna para revivir las juergas de su generación, pero realmente estaba disfrutando la convivencia con su hijo, tan alienado como cualquier otro muchachito suidají. Muy en su interior abrigaba el deseo de verlo entrar en la taberna, absolutamente empático con los chicos de su edad. Entonces lo habría secundado para, al calor de los tragos, decirle cuánto lamentaba haber perdido la oportunidad de ser su único padre.

Por el contrario, Ally sintió un profundo deseo de unirse a las chicas en aquel jolgorio, quizá no de beber de sus brebajes, pues muy seguramente perdería los estribos. Pero un extraño pudor le impedía siquiera sonreírles desde lejos. Ally se preguntó si acaso Goyo prepararía alguna modesta celebración con botellas de vino o sidra espumosa. «¡Ojalá!», pensó, porque necesitaba

desinhibirse como aquel día de su encuentro virtual con Leroy en la playa, tan deliciosamente rendida al efecto narcótico de la pastilla de recreo y al tibio contacto sensual de sus cuerpos. Y en el furor de ese recuerdo, Ally venció uno de sus pudores y cogió tiernamente la mano de Leroy ante la mirada incrédula de Kenji Tanaka.

Al adentrarse en el taller de máquinas, los paseantes se encontraron con una presencia que los dejó completamente atónitos. Ally se encontraba inmóvil en el rellano de la puerta, cargando a Morita entre sus brazos; pero también se encontraba sentada a la mesa, sin lentes y con un enorme disfraz de leñadora. Todo mundo se silenció excepto el segundero del viejo reloj de hojalata.

—Así que tú eres Ally —dijo Gala mostrando su blanquísima sonrisa.

—¡Te dije que eran idénticas! —exclamó Henry y levantó su copa para brindar.

Goyo había preparado un festín para los rebeldes a unas horas de la emancipación de su pueblo. Henry servía las copas de vino y el lingüini a la crema con espinacas. Al fondo del taller, Henry había colocado una sábana blanca sobre la que se proyectaban las imágenes aún sin editar que había grabado durante la misión de los rebeldes. Los paseantes tomaron su lugar en la mesa. Sólo hasta que Ally vio el plato con las humeantes tiras de lingüini recordó que había faltado a su cita de cine con Chad. Nadie le explicaba aún qué hacía su doble robótica en ese lugar, pero con la de cosas que habían ocurrido en las últimas cuarenta y ocho horas le bastaba y sobraba. Llegado el momento, Gala se puso de pie e hizo sonar la copa con un tenedor. Quería decir unas palabras o, mejor dicho, tenía que reproducir un mensaje dedicado a los rebeldes de parte del enigmático Morín. Pero eso a Ally ya poco le importaba, por primera vez comenzaba a sentirse dichosa, parte de una familia. Y de pronto, viendo cómo Bowie expresaba a su modo la dicha de sentirse libre, decidió que escribiría e ilustraría un hermoso libro tridimensional que contara por siempre la historia de la última emancipación de Bacadell. Y deseó ver nacer una nueva generación bacadellense, y tener listo *El libro de las mil criaturas*, sí, así lo titularía, para podérselos leer desde la infancia.

Agradecimientos

Quiero externar mi agradecimiento a todos los profesores, compañeros y amigos que alentaron esta ocurrencia de ser escritor. Particularmente a las doctoras Adriana Azucena Rodríguez Torres y Leticia Romero Chumacero; así mismo al doctor Joaquín Guerrero Casasola y Gómez por su confianza y acompañamiento.